

THEY FINALLY

NOW WHAT WILL

CAUGHT

THEY DO

HER.

WITH HER?



A REVERSE HAREM NOVEL

SCARS

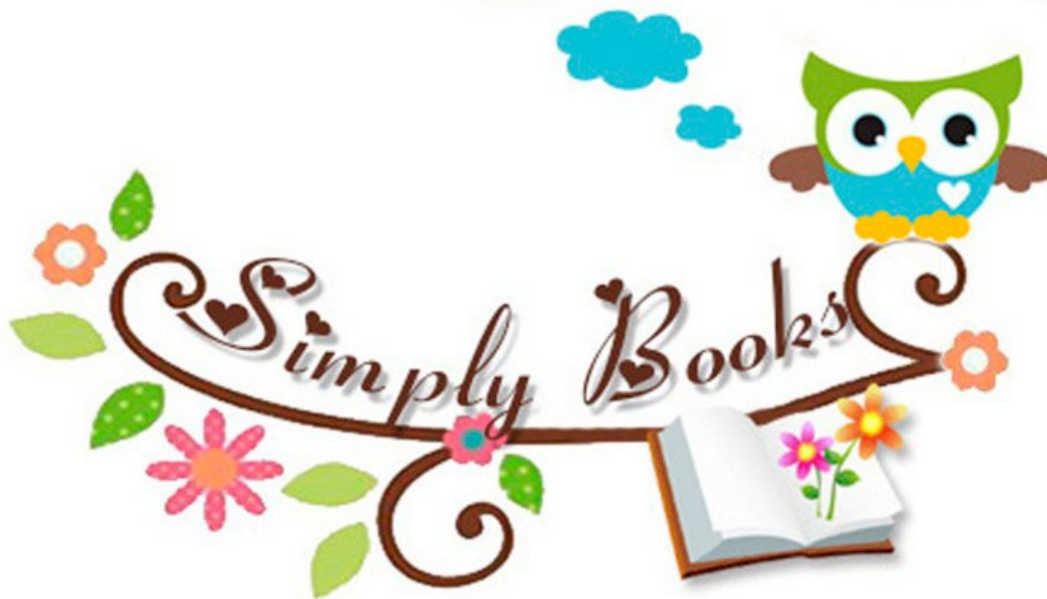
BOOK ONE IN THE TRIAD SERIES

DANA ISALY

SCARS

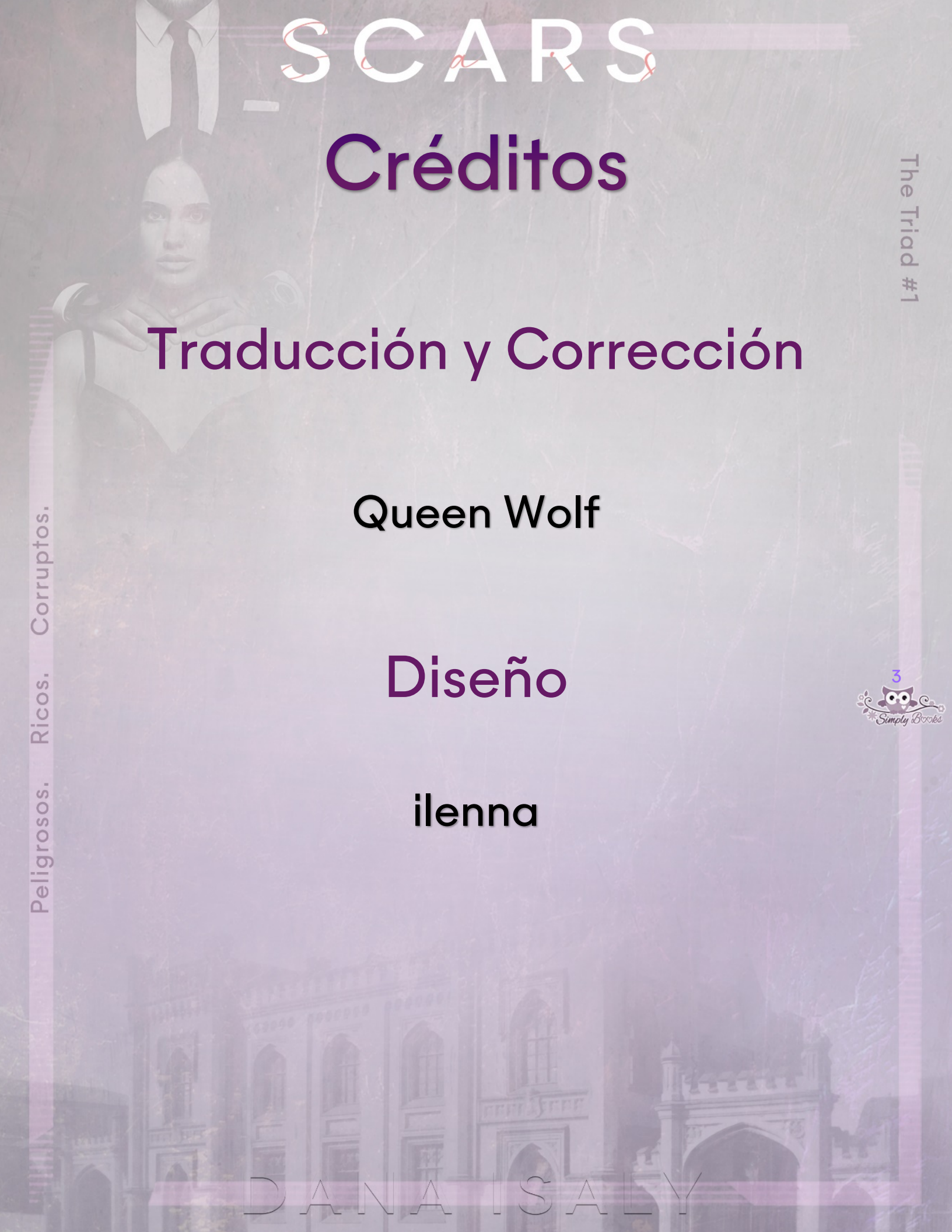
The Triad #1

Este libro llega a ti
gracias a



¡Descubre tu próxima aventura!

DANA ISALY



SCARS

Créditos

Traducción y Corrección

Queen Wolf

Diseño

ilenna

Peligrosos. Ricos. Corruptos.

The Triad #1



DANA ISALY

SCARS

índice

Sinopsis	5
NOTA DE LA AUTORA	6
Uno	7
Dos	13
Tres	18
Cuatro	24
Cinco	29
Seis	34
Siete	39
Ocho	45
Nueve	50
Diez	56
Once	62
Doce	68
Trece	73
Catorce	78
Quince	84
Dieciséis	89
Diecisiete	95
Dieciocho	96
Diecinueve	97
Veinte	98
Veintiuno	103
Veintidós	108
Veintitrés	113
Veinticuatro	118
Veinticinco	123
Veintiséis	125
Veintisiete	127
Veintiocho	128
Veintinueve	131
Treinta	133
Treinta y uno	136
Treinta y dos	138
Próximo Libro	140
Dana Isaly	141

SCARS

Sinopsis

Mi familia contrató a alguien para matarme.

Un día era la única heredera de la fortuna de mi familia, y al siguiente, salté por la ventana de mi habitación, dejándolo todo atrás.

Me escondí durante años, escapando con éxito de mis demonios.

Estaba saliendo adelante, haciendo mi propia vida.

Hasta que la Tríada vino por mí.

Peligrosos. Ricos. Corruptos.

La Tríada dirige esta ciudad.

Y creen que soy la clave para sacar a mi familia de su camino.

El plan es intercambiar me por una tregua.

Pero si vuelvo, estoy muerta.

Convencerlos de que se queden conmigo es mi única oportunidad.

No tienen idea de lo valiosa que puedo ser.

Soy mucho más de lo que esperaban.

SCARS

NOTA DE LA AUTORA

Una breve nota para que sepas lo que este libro puede desencadenar en ti. Hay muchas palabrotas, bastante violencia y mucho sexo. Hay una escena que representa una agresión sexual.

Peligrosos. Ricos. Corruptos.

The Triad #1



DANA ISALY

SCARS

Uno

Scarlet

The Triad #1

Se llamaba la Casa del Infierno por una razón. Supuestamente, una familia entera fue asesinada dentro de sus paredes como nuestra propia versión de *The Amityville Horror*. Sinceramente, no tenía ni idea de si eso era cierto. No estaba allí por los fantasmas; estaba allí por la fiesta. La gente traía generadores y suficiente alcohol y drogas para atender a un pueblo entero.

No es que yo participara en la mierda dura. Podía parecer ruda, pero no iba a recibir una condena por una noche de diversión. La hierba era lo más lejos que podía llegar.

Tiré el porro al suelo y lo aplasté bajo mis Doc Martens negras. Al soplar los últimos restos de humo en el aire frío, sonreí mirando la fiesta que se estaba celebrando frente a mí. La gente se desperdigaba por el patio delantero, tropezando y gritando, algunos prácticamente con sus ropas.

—He oído que *vienen* esta noche —dijo Kenna a mi lado.

—¿Crees que van a venir hasta este lado de la ciudad solo para una pequeña fiesta de mierda? —Levanté una ceja oscura hacia ella y negué—. *Ei cācat*¹. —A veces prefería maldecir en rumano. Se me escapaba de la lengua con más fuerza que el inglés.

Bebió un trago de su cerveza y se encogió de hombros.

—Se rumorea que tienen algunos asuntos que atender.

Me recorrió un poco de emoción al pensar en la violencia que eso prometía. Si tenían asuntos de los que ocuparse, eso probablemente significaba que iban a dar una paliza a alguna pobre alma que se les hubiera cruzado.

—Bueno, eso sí que sería una noche divertida.

Kenna se rió y se bebió el resto de su cerveza.

—Eres una jodida enferma, Scarlet.

Me encogí de hombros.

¹ La traducción literal de la expresión es “tu cagas”, en el contexto de la frase se interpretaría como: ¡Sí, hombre!, ¡Venga ya! O ¡Y una mierda!

—Al crecer como lo hice, te acostumbras a ese tipo de violencia.

Me miró de reojo, pero no hizo las preguntas que siempre se moría por hacer. Kenna y yo éramos amigas desde hacía un año, pero no sabía nada de mi pasado, aparte de que no había tenido una infancia normal y corriente. Y tenía la intención de dejarlo así. Mantenerla sin idea, mantenerla a salvo.

—Mira, esta es mi única noche libre esta semana —dije, pasando mi brazo por sus hombros—. ¿Podemos entrar, ponernos absolutamente ciegas de alcohol, y encontrar algún pobre hombre o mujer desprevenido con el que revolcarse?

Ella sonrió y sus ojos marrones se iluminaron. Su mano agarró la mía en su hombro, haciendo que mis anillos se clavaran en mis dedos dolorosamente, pero le devolví el apretón.

Atravesamos el césped, esquivando a los borrachos y desorientados. El brazo de Kenna se deslizó alrededor de mi cintura y nuestras caderas se balancearon al ritmo de la otra mientras nos dirigíamos al interior. “*Bodies*” de Drowning Pool empezó a sonar mientras nos dirigíamos a lo que solía ser un enorme comedor. Se formó rápidamente un mosh pit², y arrastré a Kenna conmigo hasta el centro.

Una de las ventajas de ser bajita era que normalmente podía pasar entre la multitud con mi centro de gravedad más bajo y no ser empujada al suelo. Cuando llegamos al punto muerto, nos encontramos en una maraña de puños, brazos y torsos. Grité la letra de la canción, lanzando mi propio cuerpo como si fuera una muñeca, con mi cabello negro azotando mi rostro.

Esta era la razón por la que llevaba vaquero y no un vestido. No se puede llevar poca ropa cuando se va a estar en medio de un mosh pit con otras treinta personas. El rostro de Kenna estaba rojo y acalorado por el esfuerzo cuando la miré, estaba rozándose con algún metalero detrás de ella. Su cabello oscuro caía salvajemente alrededor de sus hombros tatuados. Las yemas de sus dedos se clavaban en su cintura mientras se movían juntos. Me lamí los labios.

Agarré su rostro y llevé mi boca a su oído.

—¡Perra hermosa! —Oí su risa, y la silencié con mi boca, nuestros labios se encontraron con una fuerza contundente. Nos separamos y grité la canción con el resto del público.

Cuando terminó, mi voz estaba en carne viva y mi cuerpo bien magullado. Nunca me había sentido más viva. Kenna despidió al tipo con un gesto de la mano y yo sonreí mientras me acercaba. A veces me asombraba de verdad la suerte que tenía de haberme topado con ella.

² Círculo que se forma, generalmente frente al escenario de los conciertos de rock, donde la gente sale a bailar diferentes estilos alternativos.

SCARS

—Vamos a tomar algo. Si me quedo aquí mucho tiempo, me voy a casa con los huesos rotos. Estos idiotas están locos. —La agarré de la mano y nos dirigimos a la vieja cocina. La música seguía sonando a todo volumen, pero estaba un poco más tranquilo en ese lado de la casa. Algunas personas se besaban en los rincones oscuros, pero en su mayoría todo el mundo estaba bebiendo y hablando. Kenna se agachó y rebuscó en los estantes inferiores. Entonces, la mitad de su cuerpo desapareció bajo el mostrador.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—La última vez que estuvimos aquí —dijo, con la voz apagada—. Rompí uno de estos para esconder una botella de... —Salió, con la botella en la mano—. ¡Whisky! —La abrió y dio un largo trago antes de pasármela. El familiar ardor reconfortó mi ya dolorido cuerpo. Las dos nos subimos a la barra, bebiendo en silencio y observando a la pareja de la esquina.

—¿Crees que van a follar ahí mismo, contra la pared? —Kenna se lamió una gota de alcohol del labio inferior, y pude sentir cómo se me tensaba el estómago ante el gesto. Aparté los ojos de su boca y miré a la pareja de la esquina. El chico tenía a la chica apretada contra la pared, con las piernas alrededor de su cintura. Su vestido estaba completamente levantado alrededor de sus caderas—. No me follaría a nadie en esta casa ni aunque me pagaran. Este lugar es asqueroso.

—No seas tan esnob. A veces es bueno ensuciarse un poco. —Moví las cejas y ella se limitó a poner los ojos en blanco.

—Scarlet, te follas todo lo que se mueve. No me sorprendería encontrarte un día contra una de estas paredes. —Cualquier otra persona podría haberse ofendido por las palabras de Kenna, pero no se equivocaba. Desde que era una niña, sabía que tanto los chicos como las chicas me parecían atractivos. Y creciendo en el tipo de familia que tenía, aprendías a excitarte mientras podías, con quien podías. Nunca sabía qué día sería el último. Instintivamente levanté la mano y golpeé con los dedos la cicatriz dentada a lo largo de mi mandíbula.

Antes que pudiera responder con un comentario sarcástico, se armó un revuelo en la parte delantera de la casa. La mano de Kenna se dirigió a mi muslo, y traté de luchar contra lo que eso provocaba en mi cuerpo. Esta mujer iba a ser mi muerte. Kenna era tan recta que bien podría haber sido una regla. Por mucho que quisiera convencerla de que experimentara, nunca la empujaría a hacer algo con lo que no se sintiera cómoda. Me conformaba con ser su amiga, con algunos besos robados aquí y allá.

Pero eso no significaba que mi cuerpo me escuchara.

—Estoy segura de que no es nada, Kenna —dije, quitando su mano de mi muslo—. Relájate aquí. Iré a comprobarlo.

—No me vas a dejar sola en esta sucia cocina, Scarlet.

SCARS

Puse los ojos en blanco mientras ella saltaba de la encimera y me seguía. Todo el lugar estaba horriblemente iluminado, ya que los generadores no podían hacer mucho por una casa tan grande. Nos escabullimos por los pasillos, acercándonos a las paredes y apartándonos del camino los que iban exactamente en dirección contraria a la nuestra. Exactamente en dirección opuesta a la conmoción.

Eso era emocionante.

—¿Crees que están aquí? ¿A quién crees que vienen a buscar? —La voz de Kenna era un susurro y apenas pude distinguirla bajo todo el ruido.

—Algún desgraciado que les haya hecho daño, a su negocio, o que no les haya pagado... generosamente. —La mano de Kenna volvió a encontrar la mía y apretó contra el metal que me cubría—. Todo irá bien, Kenna. No vendrán a por nosotras. —Me volví hacia ella, deteniéndome junto a las escaleras—. A menos que haya algún tipo de cártel de drogas clandestino del que formes parte y yo no conozca.

Me dio un rápido empujón y me reí, pero seguimos avanzando por la casa. Todo el mundo nos empujaba para quitarse de en medio o se agolpaba alrededor de lo que hace unos momentos era la pista de baile. Me acerqué al primer chico de la multitud que vi y le di una palmada en la espalda.

—¿Ayudas a una chica? —pregunté, haciéndole un gesto para que me alzara. Me dedicó una estúpida sonrisa torcida.

—Cualquier cosa por ti, nena.

Sonreí, conteniendo mi reflejo nauseoso. Odiaba que me llamaran nena. No era una niña. Extendió las manos en forma de copa y agradecí a los dioses que fueran por haber sido animadora y saber cómo levantarme. Mi pesada bota aterrizó en sus manos, y giré mi otra pierna hacia arriba sobre su hombro.

A mi lado, Kenna se puso en una posición similar sobre otro tipo. La sala se había despejado por completo, excepto por ellos. La Tríada. Allí estaban en toda su gloria musculosa y tatuada, acechando, esperando que alguien apagara la música. Su líder, no sabía ninguno de sus nombres, estaba sentado contra el alféizar de una ventana, haciendo girar los anillos de sus dedos. Su cabello era rubio platino, casi blanco. Un asiático voluminoso con su largo y sedoso cabello recogido en un moño en la cabeza estaba de pie junto al rubio con los brazos cruzados. El moreno con el anillo en la nariz se paseaba en círculo, como si tuviera mejores lugares en los que estar, con sus pesadas botas chocando con el suelo de madera.

—Joder, son hermosos —me susurró Kenna. Puse los ojos en blanco. No se equivocaba. Pero yo había crecido con este tipo de idiotas.

—No babeas la cabeza de ese pobre hombre, Ken. —Le guiñé un ojo, y el tipo que estaba bajo ella levantó la mirada como si realmente le preocupara que estuviera babeando por esos idiotas.

SCARS

La música se cortó y toda la casa se quedó en silencio. El tipo que estaba paseando se detuvo, y toda la atención se posó en Blondie³ mientras se levantaba y se dirigía al centro del círculo que todos habíamos formado.

—Estamos buscando a alguien que creemos que está aquí esta noche. Si alguien lo conoce, esperamos que nos dé información. Le pagaremos generosamente. —Dios, su voz era áspera como la grava. Fui absorbida contra mi voluntad. No podía dejar de mirar cómo se movían sus músculos bajo la camiseta negra ajustada que llevaba—. Si estás aquí, princesa —dijo, haciendo una pausa para mirar la habitación—. Te agradeceríamos que te presentaras sin problemas.

—¿Están aquí por una chica? —dijo Kenna. Se me cayó el estómago. No podía ser.

—Pero nos gusta una buena persecución —murmuró Man Bun⁴ en voz baja. Mi respiración entraba y salía demasiado rápido. Podía sentir cómo se me iba el color del rostro.

Joder. Joder. Joder.

—Señorita Scarlet —dijo. Pero antes que mi nombre saliera de su boca, me había soltado de los hombros del chico y había caído directamente al suelo. El aire se fue de mis pulmones, pero sabía que tenía que irme. Kenna saltó al suelo.

—¿Estás bien? —preguntó en voz demasiado alta.

—Ahí está. —Oí canturrear a uno de los chicos. Agarré la mano de Kenna.

—Corre, Kenna —dije, y la arrastré detrás de mí. Sentí que el mar de gente detrás nuestra se separaba, pero ya había salido por la puerta. Saqué la navaja del bolsillo trasero y la abrí de un tirón. Correr con objetos afilados no era inteligente, pero cuando tenías a tres parcas siguiéndote, y rápido, era un riesgo que había que correr.

Salimos al jardín delantero y tiré de Kenna hacia la derecha para dirigirnos al bosque. Si nos adentrábamos lo suficiente, podríamos perderlos.

—¡Qué mierda, Scarlet! ¿Tienes una recompensa por tu cabeza o algo así? —susurró Kenna entre dientes apretados. Nuestras respiraciones eran rápidas y cortas. Las botas que había elegido no eran buenas para correr. Esencialmente estaba corriendo con bloques de hormigón.

—Una larga historia. Te la contaré cuando salgamos vivas de esto, ¿de acuerdo? —Asintió.

³ Rubio.

⁴ Hombre moño.

SCARS

Podía sentir que se acercaban a nosotras. No es de extrañar, ya que yo mido un metro y medio en un buen día, ellos casi dos, y son máquinas de matar entrenadas.

—¡No tiene sentido correr, preciosa! —dijo uno de ellos demasiado cerca de mi oído. Ni siquiera estaba sin aliento. La adrenalina se disparó y empujé con todas mis fuerzas. Extendí el brazo, tratando de cortarlo con la navaja para frenarlo—. ¡Eso no ha estado bien! —Me reí, pero él no se inmutó. Extendió la mano y me agarró el brazo, retorciéndolo dolorosamente hasta que solté el arma y caí—. ¡Te tengo!

Agarró la parte trasera de mi endeble camiseta, y sentí cómo se rasgaba al caer. Joder, era uno de mis tops favoritos.

El chico del piercing estaba sobre mí, con los brazos a la espalda. Levanté la vista y vi a Man Bun encima de Kenna y la oí gemir. Luché contra mi agarre.

—Déjala ir. Ella no tiene nada que ver con esto.

Oí el crujido de las hojas y, de repente, el rubio se agachó frente a mí. Me agarró la mandíbula, mucho más fuerte de lo necesario. Definitivamente, eso iba a causar un moretón.

—Sí, te pareces mucho a ella. Con cicatriz y todo.

—Porque soy ella, imbécil. Deja que mi amiga se vaya. Ella no tiene nada que ver con mi familia.

Se encogió de hombros y miró a Man Bun. Asintió hacia él y se apartó de Kenna. El alivio inundó mi sistema.

—Kenna, vete —gruñí—. *O sã fiu bine*⁵. —Le había enseñado algo de rumano. Facilitaba la conversación cuando estábamos en público, ya que nadie lo entendía.

—Pero... —empezó a protestar, pero el rubio la cortó.

—*Pleacă sau vei fi ucisă*⁶, Kenna. —Casi podía sentir que sonreía mientras lo decía. Se me revolvió el estómago. Si él podía hablar y entender el rumano, lo más probable es que hayan sido enviados por mi familia.

Me miró brevemente, con los ojos llenos de lágrimas. Pero asentí una vez y se marchó hacia la casa.

—Muy bien, bastardos —dije ahora que estábamos los cuatro solos—. ¿Qué es lo siguiente?

⁵ Estaré bien.

⁶ Vete o te mataré.

SCARS

Dos

Scarlet

The Triad #1

—Muy bien, amor. ¿Vas a venir amablemente, o vamos a pelear todo el camino al auto?

Miré al rostro de Blondie y sonreí antes de escupirle justo en medio de sus ojos muy verdes. Me reí y luego me pusieron de pie de un tirón. Mis hombros ardieron y me sentí muy orgullosa de no haber gritado.

—Menuda boca tienes, pequeña.

Volví a tirar de mis brazos, intentando que la sangre se moviera en ellos, pero eso solo hizo que el que estaba detrás de mí me apretara más contra él. La gran cantidad de músculos que tenía este tipo era exasperante.

—¿Cuánto te pagan? —Blondie se limpió mi saliva del rostro con la parte inferior de su camisa, y Jesús lloró. Todo su estómago estaba cubierto de oscuros e intrincados tatuajes que se extendían por sus caderas y se sumergían en esa deliciosa V y en su vaquero. Cuando volví a mirar su rostro, me sostuvo la mirada con una sonrisa. Sin avergonzarme de encontrar a un hombre atractivo, sostuve su mirada con mi propia sonrisa. No es que tuviera que lidiar con ellos mucho más. No me iban a entregar como una vaca preciada. Solo tenía que averiguar cómo escapar primero.

—Nada todavía, princesa. —Eso me pilló desprevenida, y mi rostro mostró al instante mi confusión—. ¿No es lo que esperabas? Estamos llenos de sorpresas. —El tipo detrás de mí me ató las muñecas, suavemente, me di cuenta, mientras me quedaba mirando fijamente Blondie—. Seb —dijo con una sonrisa—. ¿Quieres los honores, ya que ha sacado tu sangre?

Miré su brazo y vi que le había hecho un buen corte. La sangre goteaba por la parte exterior de su antebrazo y por los dedos. Resoplé y volví a mirarle al rostro.

—Uy.

Sus ojos oscuros se iluminaron con diversión mientras se reía de mí. De acuerdo, puede que estos tipos estén llenos de sorpresas. Tampoco era la reacción que esperaba. Su mano ensangrentada se acercó y marcó mi mejilla. Luché contra los sentimientos encontrados que me provocaba. No podía decidir si me repugnaba que la sangre de un desconocido cubriera mi mejilla o si me excitaba.

SCARS

Sí, estaba jodida. Y él lo vio. Esos ojos oscuros sostuvieron los míos por un momento demasiado largo.

—Vamos, pequeña. —Se agachó y me echó por encima de su hombro como un saco de patatas, haciendo que mi rostro rebotara en su cadera. Luego me dio una palmada en el trasero. Con fuerza.

—Hijo de puta —maldije contra el dolor agudo en mi nariz.

—Hijo de puta suena muy dulce saliendo de tu boca, pero mi nombre es Sebastian, cariño. —Gruñí mientras caminábamos hacia la casa.

—¿Y Man Bun y Blondie vienen detrás? —No podía verlos desde mi posición actual, pero podía oírlos murmurar entre ellos.

—Elliot y Tristán. Respectivamente.

—Es un placer conocerlos. —Sebastián se rió de nuevo, y vibró a través de mí—. ¿Dónde vamos? Si mi familia no les está pagando para que me lleven, entonces, ¿por qué están aquí?

—Haces muchas preguntas para alguien de tu posición —dijo uno de los chicos detrás de nosotros. Alguien estaba malhumorado.

—Tendrás que disculpar a Elliot, cariño. Siempre ha sido un poco malhumorado. —Elliot se burló, y Tristán se acercó a mí para que pudiera girar la cabeza y mirarle. La sangre se me subía a la cabeza, y eso mezclado con el alcohol ya me estaba dando dolor de cabeza—. Verás, Scarlet, cuando nos enteramos de que te escondías en nuestra ciudad, pensamos que sería inteligente aprovechar la oportunidad.

El movimiento de mi cabeza oscilando y mi cuerpo moviéndose con los pasos de Sebastian me iba a poner enferma. Volví a mirar al suelo y cerré los ojos.

—Entonces, ¿no han hablado con mi familia? ¿No saben dónde estoy?

—Todavía no. Pero hemos oído que te han estado buscando. Llevas bastante tiempo escondida, ¿no? Desapareciste en tu vigésimo primer cumpleaños y tienes, ¿qué? ¿Veintitrés ahora?

—Veinticuatro.

—Has tenido una buena racha. Pero preferiría que no te encontraran en nuestra ciudad. Podría parecer que ocultamos a un fugitivo y provocar una guerra de bandas entre nosotros y tu familia. Así que vamos a entregarte felizmente. Y apuesto a que estarán dispuestos a pagar un buen dinero por ti.

—Oh, estoy segura de que lo harán. O eso, o simplemente me tomarán. —Sebastian se detuvo y me bajó al suelo. Me balanceé un momento antes de recuperar el equilibrio. No estábamos frente a la casa. Estábamos en el viejo camino de tierra que conducía a ella. Habían parado y escondido el auto entre los árboles.

SCARS

Sebastian abrió la puerta trasera, me levantó fácilmente y me puso en el asiento. Había un hombre mayor sentado en el asiento del conductor, con la mirada fija al frente, como si no le estuviera permitido mirarme.

—Muévete al medio para mí, amor.

—Ugh —me quejé mientras cambiaba de lugar—. Basta de nombres de mascotas.

Sebastian se rió y se quitó la camiseta para vendarse el antebrazo mientras se deslizaba en el auto. Joder, este iba a ser un largo viaje si tenía que sentarme junto a esos abdominales todo el tiempo.

Elliot, el gruñón, abrió la otra puerta y se sentó a mi otro lado. Mientras Sebastian dejaba que nuestros cuerpos se tocaran y se sentaba un poco demasiado cerca para su comodidad, Elliot se aseguró de que su cuerpo estuviera firmemente presionado contra la puerta. Una vez que Tristan estuvo en el asiento delantero, nos pusimos en marcha.

Desvié mi atención hacia Sebastian, ya que parecía ser el más simpático del grupo, y no era difícil mirarlo en su actual estado de desnudez. Me miró y sonrió, rodeando con su brazo el asiento detrás de mí. Sus dedos encontraron mechones de mi cabello y los retorció una y otra vez.

—¿Sí, amor?

Puse los ojos en blanco.

—¿Puedes decirme dónde vamos?

—No puede —gruñó Elliot.

—No te he preguntado a ti, grandullón. Le pregunté a Sebastian. No hables si no te hablan. Primera regla de los buenos modales. —De repente, mi garganta estaba envuelta en su mano, con fuerza. La agarró y me clavó los dedos en el cuello, y el dolor inmediato y la falta de oxígeno me hicieron llorar.

—Escucha, pequeña. Me como a las zorras como tú para desayunar. Cierra la boca y siéntate ahí como la linda princesita que eres. —Me soltó y me empujó hacia atrás. Caí sobre Sebastian, su brazo se posó alrededor de mis hombros y se quedó allí.

—Si querías llevarme a la cama, Man Bun, solo tenías que pedirlo. Me gusta que sea un poco duro. —Rodé el cuello mientras Elliot juraba en voz baja y volvía su mirada hacia la ventana, hundiéndose más en la puerta de lo que creía posible. La mano de Sebastian me rodeó la garganta y me quedé helada, pensando que iba a magullarla aún más.

—¿Estás bien, pequeña? —murmuró en mi oído para que solo yo pudiera oírlo. Sí, Sebastian era definitivamente el rollo de canela del grupo. Pasó suavemente las yemas de sus dedos por mi piel, y me maldije por la piel de gallina que me provocó. Mi cuerpo de mierda estaba constantemente

SCARS

actuando cuando no lo necesitaba. Apreté los muslos y recé para que no se diera cuenta.

Asentí una vez, temiendo cómo podría sonar mi voz si hablaba. Sus dedos bajaron hasta mi clavícula y trazaron los oscuros contornos del tatuaje de mi pecho. Y luego más abajo.

—Seb, deja de jugar con el juguete nuevo, por favor. —La voz de Tristan fue como un balde de agua fría. Me acababan de secuestrar, literalmente. Y aquí estaba, como una perra en celo por unos suaves toques en mi magullado cuello.

—Pero es tan luchadora... y su cuerpo responde muy bien —dijo Sebastian en mi cabello—. Mira ese rubor.

—Independientemente, manos fuera. —El rostro de Tristan era de piedra—. Está fuera de los límites.

—Si te preocupa la mercancía dañada, te puedo asegurar que ese barco zarpó hace mucho tiempo.

Tristan se limitó a mirarme y luego se dio la vuelta.

—Te vamos a llevar a uno de nuestros pisos francos —dijo Sebastian mientras me quitaba el brazo de los hombros.

—¡Qué demonios, Seb! —Elliot giró su rostro. Su expresión era casi caricaturesca en su ira. Esperaba que su cabeza explotara en cualquier momento.

—Oh, por favor, Elliot. Que le diga que la llevamos a un piso franco no le dice literalmente nada. Le vamos a vendar los ojos cuando lleguemos a la carretera principal.

—Dejen de discutir como un matrimonio o les separaré —dijo Tristan desde el asiento delantero.

—Bien, de acuerdo. ¿Podemos al menos parar y conseguir algo de comida en el camino? Estoy lidiando con una barriga llena de licor y no mucho más, amigos. Una chica tiene que comer.

Tristan suspiró y recostó la cabeza contra el reposacabezas. Él y los otros dos chicos discutieron las opciones de comida como si yo no estuviera allí. Cuando llegamos a la carretera principal, Tristan sacó una venda que Sebastian me puso alrededor de los ojos.

—¿Puedes ver algo, cariño?

Gemí. Este chico y sus pequeños nombres.

—No. Todo oscuro, sin estrellas, sin sol.

Su risa baja vibró a través de mí de una manera que no estaba mentalmente bien.

—De acuerdo, entonces vamos a llevarte a casa y a conseguirte algo de comida. —Me besó la mejilla.

SCARS

Supuse que ya había presionado lo suficiente durante el viaje en auto y me senté en silencio. Y escuché. Les escuché hablar de la comida, de la fiesta, de los vagos detalles de su día de mañana y de lo que iban a hacer conmigo. Porque al crecer en una familia como la mía, aprendías a estar siempre escuchando. Los detalles más pequeños podían llegar a ser los más importantes más adelante.

Y si iba a escapar de esos tres para poder alejarme de mi familia de nuevo, cada pequeño detalle importaba.

Peligrosos. Ricos. Corruptos.

The Triad #1

SCARS

Tres Scarlet

The Triad #1

Me quedé dormida en algún momento porque me desperté al ser empujada de un hombro mientras caía en otro. Y cuando abrí los ojos, pude ver. Por suerte, me habían quitado la venda de los ojos. Me senté y miré a mi alrededor. Estábamos entrando en un largo camino de grava que estaba rodeado a ambos lados por un espeso bosque.

—Roncas —dijo Elliot.

Giré la cabeza hacia él.

—No lo hago. Y no tenías que apartarme de ti con tanta violencia.

Me dedicó una sonrisa de satisfacción.

—Sí, tenía que hacerlo —dijo Tristan desde el asiento delantero, todavía escribiendo en su teléfono.

—Está bien, preciosa. Algo tan fuerte saliendo de algo tan pequeño era absolutamente adorable. —Me moví como si fuera a golpear a Sebastian, pero el agudo escozor de los músculos que habían estado atados durante demasiado tiempo me recordó mi estado actual.

—No tengo ningún arma. ¿Podemos, por favor, cortar estas malditas cosas de mis muñecas antes de que pierda las manos?

Nos detuvimos ante una verja de hierro forjado, el conductor bajó la ventanilla y habló con alguien al otro lado del altavoz.

—Adelante, Seb. —Tristan me miró por el espejo retrovisor y me guiñó un ojo—. Se ha portado bien. —Le saqué la lengua, el peor gesto que podía hacer con las manos aún atadas a la espalda—. Ten cuidado, Scarlet. Vuelve a sacar la lengua y puede que encuentre algo que pueda lamer. Sobre todo, con ese piercing que llevas. Qué agradable sorpresa es esa.

Cerré la boca con tanta fuerza que sentí el sabor de la sangre. Las puertas se abrieron y avanzamos por el camino.

—Vete a la mierda. Te arrancaría la polla de un mordisco si la pusieras cerca de mi boca.

DANA ISALY

SCARS

Sebastian me liberó las manos y me masajeeé lentamente los brazos para que la sangre se moviera. Joder, eso sí que era doloroso. Tristan se pasó una mano por el cabello rubio y se rió.

—No hagas promesas que no puedas cumplir.

Puse los ojos en blanco y me mordí otro comentario sarcástico. Necesitaba que confiaran en mí, no que me odiaran.

Observé cómo el piso franco se acercaba a la vista. El exterior estaba todavía muy oscuro, por lo que no creía que lleváramos mucho tiempo viajando. Una mansión que podría haber pertenecido a algo como "*Orgullo y Prejuicio*" apareció a la vista. No me malinterpreten, mi familia era rica, muy rica, así que siempre estuve en mansiones y áticos. Los ricos y su deseo de mostrar a todo el mundo su riqueza era una tendencia universal.

Pero no pensé que una casa de seguridad sería tan lujosa. Y definitivamente no creí que me permitirían un tipo de comodidad como esta.

—Cristo —suspiré, sin hablar realmente con ninguno de ellos.

—Espera a ver tu habitación, pequeña —murmuró Sebastian en mi oreja. Este tipo no tenía ni idea de lo que era el espacio personal.

—Aunque me estoy replanteando si te pondremos cerca de nosotros después de oírte roncar como una motosierra durante la última hora. —Estando liberada, pude sonreír y empujar a Tristan con ambas manos, pero se limitó a sonreír.

—Yo no ronco —murmuré.

Nos detuvimos frente a la casa y todos bajaron, pero yo me quedé sentada mirando el edificio. Sebastian sonrió cuando se dio cuenta de que no me movía y volvió a asomarse por la puerta. Se lamió los labios y me miró de arriba abajo. Todo mi cuerpo se calentó bajo su mirada. Hacía demasiado tiempo que no tenía sexo si mi secuestrador me excitaba tanto.

—¿Quieres que te eche por encima de mi hombro otra vez, amor? —Dios, era demasiado hermoso para su propio bien. Y ese acento de Yorkshire estaba a punto de acabar conmigo. Mis ojos recorrieron sus pómulos y la barba incipiente de su mandíbula. Me di una patada mental y volví a encontrarme con sus ojos. Los suyos estaban llenos de pura picardía.

—No, gracias. Puedo caminar perfectamente. —Salté del todoterreno y aterricé dolorosamente sobre mis pies. Iba a tener muchas ampollas por correr con botas nuevas.

—Seb, Elliot, vallan a comprobar el perímetro, y cuando entren, quiero que cada salida sea revisada personalmente por los dos. Hace demasiado tiempo que los cabezas de chorlito que tenemos dirigiendo este lugar no tienen una visita tan importante.

Sebastian gimió.

SCARS

—¡Pero yo quería ser el que le enseñara su habitación a nuestra mascota! —se quejó. Dejó escapar una maldición cuando Elliot lo agarró por la nuca como una perra que agarra a su cachorro. El rostro de Sebastian se frunció, y maldita sea, nunca había sentido tanta agresividad rodar de alguien. De repente, el rollo de canela había desaparecido, y en su lugar había un depredador—. Quítame las manos de encima, Elliot, o haré una escena delante de la señora.

Elliot puso los ojos en blanco y le dio un empujón hacia el lado de la casa.

Un gruñido bajo salió del pecho de Sebastian mientras se acercaba a mí y me agarraba el rostro con las manos. Me apretó demasiado, y mi cuerpo se congeló. Podía sentir que apenas contenía su ira. Me lamió el labio inferior y mis entrañas se volvieron gelatinosas. Intenté apartarme, pero me sujetó con demasiada fuerza.

—Mañana vendré a darte un paseo, cariño —dijo en mi boca antes de soltarme y marcharse en otra dirección. Se me cerraron los ojos y respiré hondo para controlarme mientras se alejaba. Mi cuerpo tenía que dejar de responder así a la violencia.

—¡Infórmenme cuando hayan terminado! —gritó Tristan tras ellos, y Elliot levantó el brazo en señal de confirmación.

Empecé a temblar y a saltar sobre los dedos de los pies. Hacía demasiado maldito frío para estar de pie en el exterior de charla. Tristan me miró, luego bajó a mi pecho que probablemente estaba bien levantado por mis brazos cruzados, y luego volvió a mi rostro. No podía ver bien su expresión en la penumbra, pero podía sentir el cambio de humor en él.

—¿Podemos entrar, por favor? —pregunté, tratando de cambiar de tema y hacer que nos moviéramos—. Todavía estoy en un pedazo de tela endeble rasgado aquí. —Soltó una pequeña carcajada y me hizo un gesto para que le siguiera. Se metió el teléfono en el bolsillo trasero del vaquero y abrió las puertas delanteras.

—¿No hay mayordomos? —pregunté, asegurándome de que podía oír el sarcasmo que goteaba de mi boca.

—Son las tres de la mañana, Scarlet. ¿Qué clase de jefe sería si hiciera que mi mayordomo se quedara despierto hasta tan tarde solo para dejarnos entrar?

—¿Un gánster sin corazón que secuestra mujeres inocentes?

Todo lo que obtuve fue una mirada de soslayo como respuesta. Era más difícil de irritar que Elliot. Tendría que esforzarme más en el futuro. Cuando entramos, me recibió un calor muy dulce. Incluso para ser una casa tan grande, el interior era agradable y cálido. Las puertas delanteras se abrían a un gran vestíbulo con doble escalera. A la izquierda parecía haber una especie de sala de estar. Los restos de un fuego aún brillaban. Las

SCARS

demás puertas que podía ver estaban cerradas. Tiró sus llaves en el soporte junto a la pared a nuestra derecha y luego se quitó las botas.

—Quítate los zapatos —dijo, señalando mis botas.

Sujetando mi camisa por delante mientras me agachaba, me las desabroché y me las quité. Las recogí para llevarlas arriba conmigo, pero él negó.

—Estas cuestan más dinero del que podía gastar, idiota. No las voy a dejar tiradas en una casa extraña.

—Scarlet, en serio. Estamos pidiendo un rescate por ti, ¿y crees que vamos a joder con tus zapatos? —Me encogí de hombros y las abracé más fuerte contra mi pecho. Él suspiró—. Bien. Pero que no caiga nada de suciedad a la alfombra. Es nueva.

Le seguí por las escaleras y se desvió hacia la derecha. Recorrimos demasiados pasillos antes de llegar a la habitación que se suponía que era mía. Iba a tener que salir de allí y explorar si quería aprender a orientarme y escapar de este lugar.

—Todos estamos en este piso, en este pasillo, en realidad, y uno de nosotros siempre estará aquí. —Reconocía una amenaza cuando la oía, aunque la dijera con cierta cortesía.

Abrió la pesada puerta de madera y entró primero, encendiendo las luces y revisando en los armarios, debajo de la cama y detrás de las cortinas. Entró en el baño adjunto mientras yo accedía al dormitorio. Todas las ventanas estaban cubiertas por gruesas cortinas de terciopelo y la habitación estaba pintada de negro. El resto era mínimo, con madera expuesta y algunas plantas repartidas por la habitación.

Era sorprendentemente acogedor. Esperaba una habitación oscura y con corrientes de aire, sin mucha comodidad, pero esa enorme cama me llamaba como un canto de sirena.

Tristan salió del baño.

—Apestas a hierba y a alcohol. Date una ducha antes de meterte en la cama. Mientras dormías, los chicos decidieron que cenaríamos pizza. Te traeré un poco para que puedas comer antes de irte a dormir. Toda tu ropa está aquí, y todo lo que necesites debería estar ya en el baño. Si hay algo que falte, dilo, y el ama de llaves se asegurará de que esté allí mañana.

—¿Perdón? —dije—. ¿Toda mi ropa está aquí?

Sonrió y sus ojos verdes se iluminaron.

—Así es, cariño. Fui a buscarla yo mismo antes de ir a buscarte a la fiesta. Creo que esta habitación debería servir para mejorar el tugurio en el que vivías. —Y con eso, me dejó sola. No le oí cerrar la puerta con llave, así que debía tener permiso para moverme por la casa todo lo que quisiera. Por ahora.

Me acerqué y abrí el armario. Efectivamente, toda mi ropa estaba allí. Todos mis zapatos estaban organizados en el suelo, y toda mi ropa estaba colgada. Abrí la cómoda y allí estaban todos mis sujetadores y mi ropa interior. Qué bien. Habían revisado toda mi habitación. Hice una nota mental para soltar mi mierda sobre ellos por esto más tarde.

El baño también era todo negro y de madera. La ducha era enorme y tenía chorros que salían por todos lados. Fue, literalmente, la mejor ducha de toda mi vida. Si no fuera por el hecho de estar retenida contra mi voluntad, podría haberme acostumbrado fácilmente a este tipo de vida. Cuando me sequé, me puse una camisa de gran tamaño y me peiné suavemente el cabello.

Dios, me veía mal. Tenía una huella de mano en la garganta, rasguños en el rostro por la caída y marcas rojas en las muñecas. Mis ojos azules parecían enrojecidos y más que cansados. Aunque, teniendo en cuenta que eran más de las tres de la mañana, no me sorprendió.

—Vas a tener que usar ropa en la casa. —Di un salto y me golpeé la cadera contra el tocador.

—Joder. Necesitas una maldita campana alrededor del cuello. —Me froté el hueso de la cadera—. Otro moratón que añadir a la lista.

Tristan me ignoró, dejó la bandeja de pizza en la cama y me barrió las piernas con la mirada.

—No puedes andar con una camisa y nada más en una casa llena de hombres. Especialmente en una en la que está Sebastian. Perderá la cabeza. —Se acercó a mí, y yo retrocedí hasta que mi espalda golpeó la ducha. Se limitó a sonreír como si algo que hubiera hecho fuera gracioso antes de rebuscar en los cajones—. Toma —dijo—. Dame tus muñecas.

Me acerqué y le di mis manos de mala gana. Sus dedos tatuados frotaron la crema en mi piel dolorida. El alivio fue instantáneo. No me había dado cuenta de lo mucho que me habían picado hasta entonces. Su mano encontró mi barbilla y la empujó hacia arriba para exponer mi cuello. Por costumbre, volví a bajar la barbilla, consciente de la cicatriz irregular que había allí. Odiaba sentirme acomplexada por ella. Era la prueba de que había sobrevivido, pero también un vínculo con mi pasado. Y me lo recordaba cada vez que la veía.

—Bien —suspiró y dejó la crema sobre el lavabo—. Ponte eso en el cuello. Te ayudará con el dolor.

—Gracias.

—Que duermas bien, Scarlet. —Lo seguí y lo vi irse. Bueno, vi su trasero irse—. Oh, y hay un ventilador para el ruido en el fondo del armario. Sabíamos que no podrías dormir sin él. —Levanté los ojos hacia su rostro, esperando que no me hubiera pillado embobada. Sentí que mis mejillas se sonrojaban.

SCARS

Me guiñó un ojo y cerró la puerta tras de sí. Y entonces oí el clic de la cerradura. Imaginaba que eso iba a pasar.

Después de comerme todos trozos de pizza que me trajo y de beberme la botella de agua, encontré el ventilador y lo encendí. Realmente no quería saber cómo sabían ese pequeño dato curioso sobre mí. Nunca había sido capaz de dormir en silencio. Desde que era una niña, había dormido con un ventilador para ayudar a ahogar el ruido de las peleas de mis padres, y era un hábito que me había seguido hasta la edad adulta.

Tumbada en la cama, me desmayé antes de que mi cabeza tocara la almohada.

SCARS

Cuatro Scarlet

The Triad #1

Los sueños han vuelto. Tacha eso. Las *pesadillas* habían vuelto. No debería haberme sorprendido, ya que había estado a salvo durante tres años y, de repente, me habían devuelto al mundo del que había huido. De vuelta al mundo en el que alguien intentó matarme.

En mi familia, cuando cumplías veintiún años, heredabas tu dinero. Tu fondo fiduciario, si quieres. Y no solo conseguías tu fondo fiduciario, sino que empezabas a conseguir trabajo. No me malinterpreten, aprendí a una edad temprana lo que era ser parte de una familia del crimen organizado. Aprendí que la violencia era siempre la respuesta. Aprendí a mantener la boca cerrada. Y a encubrir tu dinero ilegal con negocios legales.

Pero cuando cumples veintiún años, las responsabilidades entran en juego. Tenías tu propio negocio que dirigir, tus propias acciones que cuidar, y se te permitía entrar en el mundo de una manera que no se te había permitido antes. Al menos así era con los Dalca. Mi jodida familia. Y en la noche de mi vigésimo primer cumpleaños, alguien intentó matarme. Pero la cosa es que no fue un ataque externo como el que siempre creímos, como el que siempre esperamos. Este tuvo que ser un trabajo interno, porque ocurrió en mi propia maldita casa.

La mansión de mi familia. La mansión que estaba fuertemente vigilada en todo momento por hombres con rifles de asalto, años de entrenamiento y una supuesta lealtad a la familia Dalca. Pero quienquiera que fuera el que se coló en mi habitación aquella noche, se encontró con una mujer que había sido entrenada con la misma intensidad que los hombres. Luché contra ese idiota. Pero cuando sentí la cuchilla atravesar mi garganta, pensé que ese sería el final.

Todavía recuerdo la sensación de la sangre que rezumaba en mis dedos mientras caía al suelo de mi habitación. Supuse que me quedaría allí tumbada y desangrada, o que él terminaría el trabajo rápidamente para hacerme callar. Pero se arrodilló a mi lado y me miró a los ojos. Dios, nunca olvidaré sus ojos. Tenía el rostro cubierto con un pasamontañas, pero esos malditos ojos me miraban fijamente.

—Creo que me gustaría probar la mercancía antes de que se te enfríe el cuerpo —dijo en un susurro—. Y grita todo lo que quieras, nena. Nadie vendrá para salvarte. Me gusta que mis mujeres luchen.

Peligrosos. Ricos. Corruptos.

SCARS

La adrenalina inundó mi cuerpo cuando agarró el pantalón corto de mi pijama y me lo arrancó del cuerpo de un fuerte tirón que me quemó la piel. La mandíbula me sangraba mientras usaba cada gramo de fuerza que me quedaba para luchar. Subestimó lo pequeña que era, y pude girar en su agarre y meterle un buen gancho de derecha. Retrocedió lo suficiente como para que liberara una pierna y le diera una fuerte patada en la entrepierna.

Se dobló sobre la alfombra y corrí hacia mi ventana, con las manos temblando por un miedo que nunca había sentido. Lágrimas calientes caían por mis mejillas, mezclándose con la sangre de mi cuello. Había gritado mucho en esos pocos minutos que estuvimos peleando, y nadie vino corriendo. Estaba desprotegida. Tenía que salir.

—¡Joder, joder, joder, vamos! —Finalmente, conseguí desbloquear la ventana y salí por ella, sujetándome con las manos a la cornisa y estirando el cuerpo para aminorar la caída desde el segundo piso. Aterricé en los arbustos y rodé hasta el frío suelo. Me quedé sin aliento y todo mi cuerpo gritó por el impacto. Pero sabía que tenía que llegar al garaje, tomar un auto y salir de esa casa.

Corrí por la hierba resbaladiza, semidesnuda y descalza. No podía dejar de llorar, pero tampoco podía dejar de correr. No había lugar para la debilidad en este mundo, y estaba perdiendo demasiada sangre. Necesitaba conseguir un auto y llegar a un hospital y luego salir de esta ciudad antes de que me encontraran y terminaran el trabajo. Subí al primer auto del que pude encontrar las llaves y me dirigí a toda velocidad al hospital, llorando y agarrándome el cuello.

—Sigue viva, perra. Sigue viva. —Puse la música a todo volumen y el aire a tope. Solo tenía que llegar al hospital. Cuando por fin lo hice, entré a trompicones en zona de urgencias y dejé el auto en el estacionamiento. Mi familia era tan rica que ni siquiera lo echaría de menos. Robé algo de ropa de objetos perdidos y me escapé una vez que los médicos me cosieron. Si me hubiera quedado más tiempo, alguien habría denunciado el incidente y podrían haberme encontrado.

Nunca dejes un rastro. El lema de la familia. Así que me escabullí en la noche e hice un plan.

Lo hice durante tres años. Tres años enteros de trabajar en cuatro empleos diferentes para sobrevivir. Tres años de vivir en apartamentos de mierda con compañeros de mierda. Pero al menos era mi vida la que había hecho para mí, y nadie estaba acechando en las esquinas tratando de matarme. Tres años enteros de pura y dichosa paz.

Así que cuando me desperté en la mansión desconocida, con la garganta en carne viva por los gritos y dando un violento puñetazo a lo que parecía una pared de ladrillos, me sentí instantáneamente transportada de vuelta allí. A esa noche con un hombre sobre mí, arrancándome el pantalón.

—¡Scarlet Izabela Dulca! Despierta de una maldita vez.

SCARS

Mis ojos se abrieron de golpe y se encontraron con unos oscuros y furiosos. Sebastian. Estaba sobre mis caderas, sus manos intentaban sujetar mis brazos al colchón, y su cabello estaba despeinado por el sueño. Y probablemente de luchar contra mí.

—¡Quítate de encima! —grité tan fuerte como para despertar a los muertos. Las manos de Sebastian volaron en señal de rendición mientras se apartaba de mí y se sentaba al otro lado de la cama. Intentaba controlar mi respiración porque iba a hiperventilar si no me calmaba de una jodida vez. Todo mi cuerpo estaba congelado. Tuve que decirme que estaba bien. No había nadie intentando violarme. No había nadie tratando de matarme.

—¿Mascota? —La voz de Sebastian era poco más que un susurro. Extendió la mano lentamente para ponerla en la mía. La apreté tan fuerte que pensé que podría romperle los huesos, pero ni siquiera se inmutó.

—Siento haberte golpeado —dije con los dientes apretados—. Esta vez no te lo merecías.

Se rió y se tumbó a mi lado, dejando que siguiera aplastando su mano. El colchón se movió cuando se acurrucó a mi lado, su pecho desnudo rozando mi brazo antes de pasar una de sus piernas sobre las mías. La presión que ejercía sobre mi cuerpo era tranquilizadora.

—No pasa nada. Un poco de dolor nunca hace daño a nadie.

Sentí su sonrisa, aunque no me atreviera a mirarlo todavía. Había trabajado mucho para no tener miedo de mis pesadillas, para no avergonzarme de lo que me había pasado. Su otra mano se acercó a mi rostro y pasó su dedo ligeramente por la cicatriz. Me estremecí, pero le dejé continuar.

—¿Quién te hizo eso, pequeña?

—Alguien que definitivamente no recibió su merecido.

—Hmmm —murmuró, sosteniendo mi mandíbula con la mano y pasando el pulgar por la línea irregular. Acarició su rostro en mi cabello—. Puedo remediarlo. —Respiré profundamente—. ¿Quieres oír lo que les haría, princesa? —Antes que pudiera detenerme, asentí ligeramente. A pesar de todo, sentía curiosidad por saber cuál sería su particular forma de tortura.

—Sí —susurré.

—Cortaría todos y cada uno de los dedos que te han tocado, nudillo a nudillo. —Su aliento era caliente contra mi oreja cuando la tomó entre sus dientes—. Los ensartaría y los cortaría por todo el cuerpo igual que te hicieron a ti. Cauterizando cada herida para que no se desangraran y murieran demasiado rápido. Me gusta jugar con mi comida. —Apreté los muslos ante el dolor que crecía allí. Su mano viajó por mi garganta y bailó a lo largo de los tatuajes que cruzaban mi pecho—. Te dejaría mirar —dijo mientras lamía mi cicatriz.

SCARS

Dios, esto no debería hacer cosas en mi cuerpo.

—Creí que Tristan te había dicho que estaba fuera de los límites — dije, volviéndome finalmente para mirarlo. Su mano se detuvo y me miró con una pequeña sonrisa. Estábamos tan cerca que nuestras narices podían tocarse si alguno de los dos se movía lo más mínimo. Me mordí el piercing de la lengua para no hacer ninguna tontería. Su mano volvió a subir para posarse alrededor de mi cuello, apretando suavemente.

—Tristan no me controla, cariño. Siempre consigo lo que quiero.

Me costaba controlar la respiración. Mis pezones se tensaban contra la tela de mi pecho, y mi núcleo palpitaba de necesidad. Mis labios se separaron ligeramente mientras intentaba calmarme, y se acercó para agarrar mi labio inferior con sus dientes.

—Pero esta noche no —dijo mientras lo dejaba salir de su boca.

Volví a mirar hacia el techo, respirando con dificultad. Sabía que podía sentir lo excitada que estaba. No hacía falta ser un genio para ver la forma en que mi cuerpo respondía al suyo y a la violencia que prometía. Me besó el costado de la cabeza.

—Ya puedes dormir, pequeña. —Se bajó de la cama y se puso de pie de un salto—. Duerme bien, sabiendo que castraré personalmente a cualquiera que intente poner sus sucias manos sobre ti. —Y con eso, salió por la puerta, cerrándola rápidamente tras él.

Miré el reloj junto a la cama. Las 5:00 a.m. Realmente no debería, pero saber que Sebastian estaba lo suficientemente cerca como para oírme tener una pesadilla me calmó los nervios. Ignoré el dolor entre las piernas y me di la vuelta, tapándome completamente con las sábanas. Realmente necesitaba tener una discusión seria con mi cuerpo. Estos hombres acababan de sacarme de mi vida perfectamente segura no hacía ni unas horas y planeaban venderme de nuevo a la familia que me hizo así. Y aquí estaba yo, jadeando como una adolescente hambrienta de sexo.

No me habían traído aquí para unas vacaciones, y no me iba a dejar absorber de nuevo por esta vida. Tenía que averiguar cómo salir de este lugar antes de acabar de nuevo en manos de alguien que me quería muerta. Quienquiera que fuera.

Maldije y golpeé el colchón varias veces antes de volver a girar sobre mi espalda y pasarme las manos por el rostro. Intenté ponerme cómoda y controlar mi respiración. Contar hasta cinco al inhalar, contar hasta cinco al exhalar. Dejé la mente absolutamente en blanco. No quería quedarme tumbada y preocupada por lo que iba a pasar más tarde ese día, más tarde en la semana, cuando fuera que me fueran a vender.

Y no había manera de que fuera capaz de hacer toda la mierda que tenía que hacer con una hora y media de sueño. Necesitaba estar bien descansada y en mi sano juicio para poder salir de esta situación. Tenía que

SCARS

aprender a desenvolverme en este lugar, escuchar todas las conversaciones que pudiera, e intentar que confiaran en mí.

Que confiaran en mí iba a ser primordial para poder salir de allí. Si me mantenían encerrada en esta habitación todo el día, todos los días, sería un blanco fácil. Me dejé llevar por todas las posibilidades de escape. Mi mente repasó tantos escenarios diferentes que empecé a perder la cuenta. Finalmente, mi respiración empezó a estabilizarse y mis ojos se cerraron.

SCARS

Cinco Scarlet

The Triad #1

Estiré los brazos por encima de la cabeza y me giré, encontrándome de frente con el cabello rubio y los ojos verdes.

—¡Buenos días!

Puse los ojos en blanco y gemí.

—Estás demasiado alegre. Además, ¿por qué demonios estás en mi cama? —Me pasé las manos por el rostro.

—Oh, ¿es Sebastian el único que puede adornar tu cama? —Volví mi rostro hacia él, tratando de evitar que mis mejillas ardieran, pero su sonrisa me dijo que lo veía de todos modos. Tristan dejó escapar una profunda risa y se bajó de la cama—. Vístete. —Llevaba una camiseta blanca y un vaquero negro ajustado que le colgaba de las caderas.

—¿Hoy es un día informal? —pregunté mientras salía de la cama y entraba en el baño para lavarme los dientes.

—Estamos solos tú y yo por el resto de la mañana —dijo desde el dormitorio—. Tuve que enviar a los chicos a hacer algunos recados en la ciudad. Pensé en darte una vuelta por la casa y los terrenos.

Terminé y salí pasándome un cepillo por el cabello.

—¿Vas a enseñar a tu prisionera su prisión? —Busqué en los cajones y saqué un sujetador, unas bragas y un vaquero negro roto.

—Eres muy pesimista.

Me burlé y me di la vuelta para ponerme las bragas. Tuvo una visión clara de mi trasero cuando me subí el tanga de encaje con un suave chasquido. Pero no iba a cambiarme en el baño cuando era él quien estaba en mi habitación. El vaquero era mi favorito y me quedaba como una segunda piel. Me acerqué al armario, dándole la espalda, y tiré la camiseta al suelo mientras enganchaba el sujetador.

—¿Hace frío fuera?

Se rió en voz baja y recogió la camisa del suelo para dejarla sobre la cama.

—Sí, definitivamente es invierno en Inglaterra, Scarlet. Ponte un jersey.

DANA ISALY

SCARS

Me puse un suéter negro holgado y volví al baño para hacerme dos trenzas y maquillarme. Sabía que no iba a ver a nadie más que a ellos y quizá al personal, pero tenía la costumbre de ocultar mi cicatriz lo mejor posible. No es que fuera vanidosa, simplemente no quería que me recordaran mi pasado cada vez que me veía en el espejo.

Cuando terminé, volví a salir al dormitorio, y él se había vuelto a tumbar en la cama, con los pies colgando por un lado.

—¿Podemos desayunar primero? Y, por favor, dime que tienen café en este sitio.

Se sentó sobre los codos y sonrió. Joder, quería besar esa estúpida mirada de su rostro.

Una bofetada. Quería *quitarle* esa estúpida mirada de su rostro.

—Claro que sí. —Se puso de pie hasta su máxima altura y me pasó el brazo por los hombros—. Vamos a buscarle un café a nuestra chica, ¿quieres?

El paseo hasta la cocina fue largo. Tristan dijo que la cocina original de la casa se había convertido en una gran cocina de tipo comercial para fiestas y, sorprendentemente, bodas para las que alquilaban el lugar en primavera y verano. Había una más pequeña y moderna un poco más adelante, donde se guardaba la comida de todos los días. Tenía grandes ventanas en una de las paredes y puertas francesas en el centro que daban a un amplio patio con vistas a los jardines traseros.

Me indicó que me sentara en la barra y se dirigió a una cafetera de aspecto muy elegante que yo no habría tenido ni idea de cómo funciona. Estaba segura de que teníamos una similar en mi antigua casa, pero había crecido siendo atendida de pies a cabeza y nunca había necesitado trabajar en la cocina. Sí, eso me hace parecer mimada, pero la verdad es que lo era. Y cuando creces así, no ves nada malo en ello. Luego, cuando me fui y tuve que hacerlo por mi cuenta, quemé todo lo que intenté cocinar durante meses antes de, finalmente, tomarle el tranquillo.

—¿Nata y azúcar o negro? —preguntó, sacándome de mis pensamientos.

—Negro, exactamente como mi alma manchada, por favor.

—¿Los panqueques te parecen bien?

Me incliné hacia delante en el mostrador y lo miré.

—¿Sabes cocinar?

Puso los ojos en blanco y empezó a rebuscar en la nevera. Observé los músculos de su espalda mientras sacaba todos los ingredientes y los colocaba sobre la encimera.

—No crecimos con una cuchara de plata en la boca como tú, Scarlet. Tuvimos que trabajar para llegar donde estamos.

SCARS

—Trabajar. Interesante palabra para chantaje y fuerza bruta.

—Oh, ¿porque tu familia lo hizo todo según las normas? —Me encogí de hombros. El olor a café llenó el aire, y volví a centrar mi atención en las ventanas mientras él se ponía a trabajar. Cuando las tortitas se cocinaron, colocó una taza de café frente a mí y dio un sorbo a la suya. Había puesto una tonelada de azúcar y crema en el suyo, lo que me hizo fruncir la nariz.

—Así se tapa completamente el sabor del café, ya sabes.

Me ignoró.

—Entonces —dijo con una pausa. Levanté la vista hacia él—. ¿Cuál es la historia de la cicatriz de malota?

Suspiré y bajé mi café. No me gustaba hablar de lo que había pasado, pero una parte de mí se preguntaba si me ganaría alguna simpatía al contárselo. Si supieran por lo que había pasado a manos de mi familia, ¿me dejarían ir? Las posibilidades eran escasas, y no quería entrar en materia con un completo desconocido. Al menos no la parte del intento de violación. Esa parte se quedaría conmigo, por ahora.

—Alguien intentó matarme.

Me miró un momento antes de darle la vuelta a las tortitas. Se volvió hacia mí y se cruzó de brazos, haciendo resaltar aún más los músculos de sus bíceps tatuados.

—¿Cuándo? ¿Quién?

—La noche que me escapé. Y no lo sé.

Asintió una vez y luego apiló unas tortitas en un plato y las colocó frente a mí con un poco de mantequilla y sirope. Olían tan bien que se me hizo la boca agua. Las unté con mantequilla y sirope antes de darles un gran bocado.

Cerré los ojos y suspiré por lo buenas que estaban. Hacía años que no comía comida casera de verdad. Sí, aprendí a no quemar la comida cuando la cocinaba, pero eso no significaba que supiera mejor. Si no cocinaba, pedía comida para llevar. La comida casera simplemente pegaba diferente. Un pequeño gemido se escapó de mis labios, y cuando abrí los ojos, Tristan me estaba mirando la boca. Me lamí los labios.

—¿Qué? ¿Tengo jarabe en el rostro? —pregunté con la boca llena. Tragué y me limpié el rostro, pero no sentí nada. Él tomó otro trago de café y comenzó a armar su propio plato, ignorando por completo mi pregunta. Lo que sea. Volví a meterme un bocado tras otro en la boca hasta que se acabaron por completo y quedé embarazada de dos bebés de comida.

—Nunca he visto a alguien tan pequeño comer tanto —dijo mientras se bebía el resto de su café. Me encogí de hombros y le miré al otro lado de la barra.

SCARS

—Entonces, ¿cuál es el asunto, Tristan? Estoy aquí, en una casa muy, muy bonita, me preparas el desayuno y me llevas a recorrer los terrenos. ¿Cuál es tu gran plan? ¿Dónde entra en juego el venderme a mi familia?

—Eso es algo que hay que saber, y tú, Scarlet, no necesitas saberlo. —Recogió nuestros platos y los puso en el fregadero.

—Eres un idiota. Puede que no necesite saberlo, pero seguro que me gustaría. Es mi futuro, mi vida. ¿Alguna vez pensaste que tal vez me fui por una buena razón? ¿Alguna vez pensaste que tal vez vas a tratar de venderme de nuevo a gente que no me quiere? ¿O tal vez me quieren muerta? Demonios, puede que te digan que me mates tú mismo. ¿Y entonces qué?

—¿Por qué tu propia familia te querría muerta, Scarlet? —Se apoyó de nuevo en el mostrador, con los brazos cruzados.

—No lo sé. —Me tiré de las puntas de las trenzas y me quedé mirando detrás de él a la nada, desconectada—. No sé quién intentó matarme, pero sí sé que tuvo que ser un trabajo interno. Lo hicieron en mi casa, en mi habitación, y yo grité. Dios, grité. Pero nadie vino a por mí. —Mis ojos encontraron los suyos—. Nadie, en una mansión llena de familia y guardias, vino a ayudar al supuesto heredero del trono Dalca.

—Bueno, definitivamente alguien gana algo contigo fuera de escena, entonces.

—No me digas, Sherlock.

—¿Alguna idea de quién podría ser?

—No —dije y volví a bajar mi taza de café vacía—. Y ya que ustedes tres no están haciendo nada para ayudarme, más bien lo contrario, dejemos de echar mierda y acabemos con esto para que pueda dejar de mirar tu bonito rostro. —Y en el momento en que eso salió de mi boca, me mordí la lengua. Él sonrió ampliamente, mostrando esos dientes perfectamente blancos.

—¿Crees que soy bonito, Scarlet? Me siento halagado.

Puse los ojos en blanco y bajé de un salto del taburete.

—Que no se te suba a la cabeza, guapo. —No se movió, solo siguió mirándome y sonriendo—. ¿Y bien? Guíame —dije, haciendo un gesto hacia la puerta.

Me condujo a la parte delantera de la casa, sacando unos pesados abrigos del armario y lanzándome uno.

—Ponte eso. —Pasé los brazos por él y le vi rebuscar entre las botas de agua—. Toma —dijo mientras me entregaba unas que llegaban hasta la rodilla—. Son de tu talla. Habrá mucho barro ahí fuera. —Después de ponernos las botas, se puso su propia chaqueta, subió su cremallera y luego la mía. Sacó mis trenzas de la chaqueta y dio un tirón a cada una. Le agarré de las muñecas y le aparté.

SCARS

—No me tires del cabello. No estamos en la escuela primaria y no me gustas. —Se rió, volvió a pasarme el brazo por los hombros y me sacó por la puerta principal.

—Podría tirarte del cabello como si estuviéramos en la cama —dijo mientras agarraba las dos trenzas con una mano y tiraba de mi cabeza hacia atrás. Su rostro estaba a centímetros del mío, y todo mi cuerpo estaba apretado contra el suyo. El calor se extendió por mi vientre.

—Nunca me iré a la cama contigo —dije una vez que pude encontrar mis palabras. Un lado de su boca se levantó y soltó mi cabello. Pero no pude dejar de mirarlo. Su brazo volvió a rodear mis hombros.

—Sigue diciéndote eso, Scar —dijo, pasando sus dedos por la cicatriz de mi mandíbula. El nuevo apodo no me gustaba.

—No me llames Scar. No necesito un apodo que me recuerde la fea marca que tengo en el rostro.

Sus cejas se juntaron y retiró su mano de mi rostro.

—Tu cicatriz no es fea, Scarlet. Es hermosa. Es poderosa. Es una marca de supervivencia, no de debilidad. Así que cuando te llame Scar, es un maldito cumplido. Tómallo como tal.

Abrí y cerré la boca varias veces, sin saber muy bien cómo responder a eso. Había intentado durante años no avergonzarme de lo que me había pasado, pero ni una sola vez me había dicho que mi cicatriz era bonita. Y tampoco lo había hecho nadie más.

—Vamos —dijo, y empezó a llevarnos a un granero que estaba al lado de la propiedad.

Desbloqueó y abrió las pesadas puertas y se dirigió a uno de los muchos quads dentro. Con un giro de la llave, la cosa rugió a la vida bajo él. Acarició el asiento mientras yo me acercaba.

—¿No tengo el mío? —dije en voz alta por encima del ruido del motor.

—¿Y darte la oportunidad de huir? Nunca, princesa. Súbete y agárrate. —Suspiré, pero pasé la pierna por encima del asiento y me puse detrás—. Agárrate —dijo de nuevo mientras aceleraba. Gemí, pero rodeé su torso con mis brazos. Su torso duro como una roca que podía sentir incluso a través del grueso material de su abrigo. Se echó hacia atrás y me agarró por las caderas, apretándome contra él.

—Mucho mejor.

Los fantasmas de las yemas de sus dedos se quedaron en mis caderas mientras me aferraba más de lo necesario.

Sí, pensé mientras salíamos del granero, *este iba a ser un día muy largo.*

Seis

Tristan

Fue la mañana más larga de mi vida. Dejé a Scarlet y a sus constantes preguntas en el estudio con una niñera para que vieran la televisión mientras yo iba a buscar a los chicos para informarles de los acontecimientos de la mañana. Todavía podía sentir sus muslos apretando mis caderas y la suave curva de sus tetas en mi espalda. Era un maldito gran problema en un paquete pequeño. La necesitaba fuera de esta casa y de vuelta con su familia antes de que se metiera en nuestra piel.

En cuanto me enteré de que estaba en mi ciudad, supe que era la oportunidad perfecta para agarrar a su familia por las pelotas. No podía imaginar por qué pensó que era inteligente esconderse a una ciudad de distancia, pero realmente no era mi preocupación en este momento. Mi principal preocupación era tener a su familia bajo nuestro control. Quería que nos dejaran a nosotros y a nuestra ciudad en paz de ahora en adelante.

—¿Cómo estaba todo esta mañana? —pregunté al entrar en mi despacho. Los chicos estaban sentados en el sofá, bebiendo de mi reserva personal. Me senté frente a ellos.

—Sin problemas —dijo Elliot—. Todos los negocios pagaron sus impuestos y nos dieron las gracias al salir. —Los impuestos que cobrábamos eran independientes de lo que exigía el gobierno. Nuestros impuestos se recaudaban para mantener a nuestros hombres en esos negocios, asegurándose de que no fueran jodidos por nadie más.

—¿Cómo fue tu mañana con nuestra princesa? —Sebastian ya estaba demasiado apegado a la pequeña y bonita cosa y, la verdad, debería haberlo visto venir. Puede que sea el ejecutor del grupo, pero también es el más necesitado. El más hambriento de afecto.

—Ella está bien. La llevé en uno de los quads por la propiedad para sacarla de la casa un poco. Garret la está cuidando en el estudio ahora mismo. —Sebastian se puso de pie y comenzó a salir—. ¿A dónde crees que vas?

—A cuidar a nuestra chica —dijo como si fuera lo más obvio del mundo.

—Tenemos mierda que discutir, Seb. Siéntate de una maldita vez. Puedes besar el suelo que pisa después. —Dios, Elliot era un bastardo malhumorado. Volviendo su atención hacia mí, levantó las cejas en forma de pregunta—. ¿Cuál es el plan para ella? ¿Cuándo podemos *deshacernos* de ella?

Sebastian gruñó como un niño petulante ante eso. Suspiré.

—Tenemos que ir con cuidado. No quiero restregárselo. Eso solo los enojará. —Sebastian se dejó caer de nuevo en el sofá con un resoplido—. Y no me importa el dinero... y ella no tiene por qué saberlo. —Los miré a los dos de forma mordaz—. Por lo que me importa, ella puede pensar que solo es un modo de ganar dinero para mí. Pero todo esto es para que nos dejen en paz.

—Algo pasó con ella —dijo Sebastian—. No la viste anoche. Estaba jodidamente aterrorizada. ¿Realmente quieres enviarla de nuevo a eso?

Elliot gimió.

—Seb, exactamente, ¿por qué sería nuestro problema? Literalmente torturas y matas a la gente por capricho, ¿pero te preocupa enviar a la chica de vuelta con su familia?

—Hoy me dijo que está bastante segura de que fue su familia la que atacó. Ocurrió en su habitación, y nadie fue a buscarla a pesar de que estaba gritando hasta el cansancio. Y con una familia así, sabes que tiene que haber guardias por todas partes. Así que... —Tomé aire—. Yo creo que sí.

—Hicieron algo más que intentar matarla. —Sebastian se mordió los lados de las uñas.

—¿Cómo sabes eso? —se burló Elliot.

—Me di cuenta por la forma en que reaccionó cuando estaba sobre ella intentando despertarla. Y se estremeció cuando la toqué. —Se quedó mirando a Elliot durante un minuto—. Pusieron sus malditas manos sobre ella.

—¿Y por qué diablos te importa, Seb? Ni siquiera la has probado y ya estás azotado. —A Elliot le encantaba presionar sus botones y sabía exactamente qué decir para hacerlo. Los ojos de Sebastian se encendieron de ira. Estaba a minutos de tener que separar una pelea a puñetazos.

—Muy bien, basta, los dos. —Suspiré y me pasé las manos por el rostro—. Dios mío, quién iba a decir que ese pedacito de fuego infernal iba a ser tan complicado.

—Yo. Lo hice. —Elliot parecía presumido.

—¿Por qué no la usamos como palanca en lugar de entregarla de nuevo y confiar en que cumplan su palabra?

SCARS

—¿Qué tipo de palanca? —pregunté. Se limitó a sonreír—. Te refieres a quedarte con ella, ¿no es así? —Asintió.

—Piénsalo. Si realmente la quisieran muerta, les estaríamos haciendo un favor al conservarla. La mantenemos en secreto, solo entre ellos y nosotros. Su familia puede hacer lo que quiera sin ella, empujar a quien quiera al frente de la familia. Mientras tanto la mantenemos aquí, a salvo, y los tenemos a raya. Porque si se exceden, la tenemos a ella en nuestro bolsillo para sacudir su mierda.

Prácticamente podía sentir el calor que salía de Elliot. Esto era lo último que quería. Ni siquiera le había convencido la idea de ir a por ella. Pero Sebastian tenía un buen punto.

—Sebastian, puede que tengas algo de razón. Eso podría ser mejor idea que simplemente entregarla y tomar su palabra de que se comportarán. Aunque no creo que a tu pequeña mascota le guste.

Sonrió y volvió a levantarse del sofá.

—Mi mascota. —Se rió y empezó a salir de la habitación—. Es toda *nuestra*. Solo hay que darle un poco más de tiempo. Tendrá todas nuestras pollas envueltas alrededor de sus bonitos deditos.

Elliot soltó una sonora carcajada al oír eso y tomó su bebida de un trago.

Vi a Sebastian salir del despacho. Sus palabras me llegaron demasiado cerca. Todavía podía sentir el fantasma de su cuerpo apretado contra el mío. Y esa boca. Joder, la boca que tenía. No aceptaba nada de nuestra mierda, y yo solo podía hacer entrar en razón a mi polla durante un tiempo.

—Tú también no —gimió Eliot, sacándome de mis pensamientos.

—No puedes decirme que no es sexy como el infierno.

—Su boca lo arruina.

Gemí, pensando en lo bien que se vería esa boca alrededor de mi polla.

—Su boca ciertamente no lo arruina.

Puso los ojos en blanco y dejó su vaso en el soporte junto a él. Aproveché la oportunidad para ajustarme.

—Tenemos la fiesta mañana por la noche. ¿Qué vamos a hacer con ella?

Me había olvidado por completo de esa fiesta. Definitivamente no se podía cancelar algo tan importante. Era una noche para toda la gente que dirigía la ciudad. Bueno, los testaferros a los que permitimos dirigir la ciudad. Todos ellos estaban en nuestros bolsillos, y esperaban que diéramos la cara.

SCARS

Pensé en lo bien que se vería de mi brazo con un vestidito sexy, su cabello negro alrededor de los hombros, los tatuajes a la vista. Los dejaría a todos con el trasero al aire y haría que sus esposas se pusieran verdes de envidia. Eso podría ser entretenido.

—La llevaremos.

—¿Nosotros qué?

Me encogí al ver cómo su voz reverberaba en la habitación.

—Baja la maldita voz, Elliot. Eres como un hermano para mí, pero no voy a sentarme aquí y dejar que me grites o cuestiones mis decisiones.

—Tomamos decisiones como un maldito equipo, no como una dictadura.

—Bien —dije porque tenía razón—. Lo votaremos.

—Joder —gimió y se puso en pie—. Sé cuál es la respuesta de Seb, así que bien. Nos la llevamos. Pero quiero que conste en acta que, si esto nos explota en el rostro, no fue mi idea y estuve en contra.

—Sí, sí —dije mientras salía de la oficina. Probablemente para hacer ejercicio. Era el más voluminoso de los tres porque tenía problemas de ira y le gustaba ejercitarse con las pesas en vez de con la gente. Tal vez Scarlet podría ayudarlo con ese problema también. Saqué mi teléfono del bolsillo y marqué.

—¿En qué puedo ayudar? —Emily era una de nuestras asistentes personales, y supuse que sería la más cualificada para el trabajo de vestir a Scarlet para la fiesta.

—Emily, estamos en la Finca Wheaton por un tiempo, y necesito que nos consigas algunas cosas.

—Adelante.

—Necesito que traigas una buena selección de ropa de mujer para el evento de mañana en el club nocturno, talla ocho. Zapatos, talla cinco del Reino Unido. También necesitaremos que nos traigan la mayor parte de nuestro vestuario; en realidad, solo guardamos aquí lo suficiente para un fin de semana largo.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—No por el momento. Gracias, Emily. —Colgué y me dirigí a donde había dejado a Scarlet y la encontré dormida en el sofá, roncando. Sebastian le frotaba los pies mientras ponía John Wick en la televisión. Seb levantó la vista y me dedicó una sonrisa de oreja a oreja. Una punzada de celos me atravesó el pecho y me obligué a bajarla. Lo último que necesitábamos era pelearnos por un pedazo de trasero.

—Va a venir con nosotros a la fiesta de mañana —dije en voz baja para no despertarla—. Emily le va a traer una selección de ropa y el resto de

SCARS

nuestras cosas aquí. Voy a arreglarlo para que alguien se encargue de la comida.

—¿Realmente crees que es una buena idea traer a Emily aquí para vestir a otra mujer? —Se refería a nuestro pasado con Emily y a cómo se había abierto paso entre todos nosotros en un momento dado. Pero eso era historia antigua, y ella era condenadamente buena en su trabajo. Me encogí de hombros.

—Emily ya no está en el menú. No cagamos donde comemos, ¿recuerdas?

—Oh, lo recuerdo perfectamente. Y no la quiero, de todos modos. Pero eso no significa que no vaya a ponerse celosa como la mierda cuando la vea.

—Bien. Vigíla la mientras esté aquí. Nadie jode a Scarlet.

Siguió trabajando sus pies, pero sonrió lentamente. Podía parecer siniestro como el infierno cuando quería.

—Confía en mí, nadie le pondrá un dedo encima.

Con eso, me fui a hacer más llamadas telefónicas. Si íbamos a intentar quedarnos con ella, teníamos que estar preparados para estar aquí durante un tiempo. Al menos hasta que pudiéramos confiar en ella. Dios sabía cuánto tiempo iba a llevar eso.

SCARS

Siete Scarlet

The Triad #1

Me tumbé en la cama y observé cómo Emily metía un perchero tras otro de ropa. Habían traído varios autos para que cupieran las cosas de todos en un solo viaje. Los chicos también eran muy exigentes con su ropa, al parecer. Emily me miraba de reojo constantemente. Sonreí y salté de la cama cuando vi que entraba un vestido de seda rojo.

Lo saqué del perchero antes de que pudiera arrastrarlo hasta la habitación. Tenía unos tirantes finísimos, un cuello cuadrado muy bajo y una abertura en un lado que me llegaba hasta la cadera. Iba a abrazar cada una de mis curvas y dejar muy poco a la imaginación. No podría llevar nada debajo, lo que, con suerte, distraería a los chicos. Bueno, al menos a dos de ellos.

Hacía años que no podía permitirme ropa tan bonita, y me sentí muy bien al pasar las manos por las delicadas telas. Sabía que los chicos iban a estar muy elegantes para la fiesta, y yo estaba decidida a eclipsarlos. Emily me miraba desde la esquina de la habitación mientras yo sostenía el vestido frente al espejo y apreciaba la tela brillante y suave.

—Me pondré este esta noche —dije en voz alta a nadie en particular. No sabía por qué, pero la presencia de Emily me molestaba y prácticamente la había ignorado todo el tiempo. Nunca me gustaron mucho las chicas como amigas. Eran demasiado zorras, demasiado mocosas. Y Emily parecía una perra de grado A. Mi amistad con Kenna había sido algo raro.

Suspiré. *Kenna*. Realmente necesitaba hablar con los chicos y ver si podían asegurarse de que supiera que estaba bien. Conocía a Kenna, y definitivamente habría estado enloqueciendo desde que me llevaron. Necesitaba hacerle saber que estaba bien y conseguir que siguiera adelante y no se metiera en este mundo.

—¿Y el resto? —preguntó Emily, sonando increíblemente aburrida—. ¿Algo más que te llame la atención? —Se apoyó en la pared y me observó con los brazos cruzados.

—Todos.

Los ojos casi se le salieron de la cabeza y ahogó una tos.

—¿Todos?

DANA ISALY

SCARS

Miré a mi alrededor. Tenía que haber al menos cien mil dólares en ropa y zapatos en la habitación. Y eso no incluía todas las joyas y la lencería que ya había puesto en mi armario.

—¿Algún problema? —le pregunté mientras colgaba el vestido en la parte trasera de la puerta de mi armario. Si estos tipos iban a retenerme contra mi voluntad, estaba segura de que no se lo iba a poner fácil a sus carteras. Y quién sabía cuánto tiempo me quedaba de vida si pensaban enviarme de vuelta.

—Es imposible que necesites toda esta ropa. Es una cantidad ridícula de dinero, y no hay manera de que los chicos estén de acuerdo con que gastes tanto.

Los chicos, ¿eh? Interesante que estuviera en términos tan relajados con ellos. La miré, y pude ver cómo los celos se reflejaban en su piel. *Oh, pensé. Por eso la zorra me ha estado mirando de reojo.* Seguro que se había follado al menos a uno de ellos, sino a todos.

—Llámalos, entonces —dije con un suspiro mientras me dejaba caer de nuevo en la cama.

—Escucha, perra... —susurró, pero fue rápidamente cortada.

—¿Llamar a quién, princesa? —preguntó Sebastian apareciendo por la puerta como si lo hubiera invocado.

—Seb, quiere toda la ropa —dijo Emily, moviendo las caderas mientras avanzaba hacia él por la habitación. Una rabia que no sabía que podía sentir rugió en mi estómago. Pasó sus ojos de mí a ella y luego de nuevo a mí como si no pudiera soportar mirar a nadie más. El calor de mi ira se convirtió rápidamente en otro tipo de calor—. Es imposible que Tristan quiera que *esta* chica... —escupió—. Gaste tanto de su dinero.

Su mano se deslizó por el costado de su bíceps desnudo, y esa pequeña cantidad de su piel en contacto con la de él me hizo arder los nervios. Mis ojos se habían fijado en los suyos, pero parpadearon hacia su tacto durante un breve instante. El tiempo suficiente para que él lo viera y sonriera. En un abrir y cerrar de ojos, tomó su mano, retorciéndola detrás de la espalda en un ángulo doloroso. Ella gritó y yo me senté un poco más erguida.

Mantuvo sus ojos oscuros en los míos mientras le hablaba en voz baja al oído. Me relamí los labios.

—Te lo voy a decir una vez, y solo una, Emily. Y si quieres conservar tu trabajo, escucharás. Mi pequeña mascota consigue lo que quiere, cueste lo que cueste. No la cuestiones. Nunca. Y si quieres conservar tu vida, guarda tus malditas manos para ti. No quiero volver a sentir tus manos en mi cuerpo, o las romperé.

SCARS

Me froté las piernas ante el calor que se acumulaba en mi interior. Sus ojos se arrastraron perezosamente por mi cuerpo y se posaron en mis muslos mientras se movían el uno contra el otro. Ella gimió contra su agarre.

La apartó de un empujón y le dijo que saliera. Nunca había visto a alguien salir corriendo de una habitación tan rápido.

—A alguien le gustan las cosas bonitas —dijo mientras se ajustaba y se dirigía a los percheros, ojeando toda la ropa que había guardado.

—Si me van a tener aquí contra mi voluntad, también puedo divertirme un poco. —Le observé desde la cama mientras sus ojos encontraban el vestido rojo brillante que había elegido para la fiesta. Su sonrisa era absolutamente feroz mientras me miraba. Juro por Dios que la habitación se puso a cincuenta grados con esa mirada.

—Seb —dijo Elliot desde la puerta, rompiendo por completo la tensión que había estado creciendo como un globo.

—Hola, Gruñón —dije con dulzura, atrayendo su atención hacia mí. Me miró con un ceño. Tenía un aspecto extra divino con su ropa de gimnasia sudada y el cabello recogido en un moño.

—Emily se fue de aquí con bastante prisa. Parecía un poco alterada. ¿Alguna idea de lo que pasó?

Jugué con mis uñas como si fueran la cosa más interesante del mundo.

—Ni idea —dije en un suspiro y miré a Sebastian—. ¿Alguna idea de lo que le pasaba a Emily, Seb?

Se tumbó a mi lado en la cama y sonrió ampliamente por el uso de su apodo.

—Ni idea, muñeca. —Sus dedos bailaron por mis muslos desnudos.

—No tengo ni idea —dije, encogiéndome de hombros y mirando a Elliot. Él se pellizcó el puente de la nariz y respiró profundamente un par de veces. El pantalón de chándal gris que llevaba le sentaba de maravilla en el sur. Me mordí el labio y Sebastian me sorprendió sacándolo con el pulgar, con los ojos encapuchados de lujuria.

—Manos. Fuera. —La voz de Elliot era profunda y enfadada, pero Sebastian se limitó a reírse y me dio un rápido beso en los labios antes de saltar de la cama. Me quedé mirando detrás de él, sorprendida. Se giró al llegar a la puerta y me guiñó un ojo antes de desaparecer y dejarme a solas con Elliot—. No sé a qué estás jugando. Pero déjales en paz, joder.

Me levanté y me acerqué a él, lo suficiente como para sentir el calor que desprendía. Su respiración se volvió superficial, y el ya impresionante bulto que sus pantalones de deporte no ocultaban muy bien empezó a crecer. Me incliné hacia él, presionando mi pecho contra el duro plano de su estómago y rodeando su cintura con mis brazos. Demonios, era alto.

SCARS

—No estoy jugando a nada, guapo —dije con dulzura. Sus manos agarraron mi cuello con fuerza y me mantuvieron en el sitio. Su rostro se acercó tanto al mío que pude sentir su aliento jugando con mis labios. Su polla, ahora muy dura, estaba presionada contra mi estómago. Ya estaba mojada por él, mi coño palpitaba ante la idea de que me llevara contra la pared. Gemí. Hacía demasiado tiempo que no echaba un polvo, y su rabia y violencia me llamaban de una manera que no podía evitar.

—A diferencia de los otros dos, tengo la capacidad de no pensar con la polla, pequeña. —Se pegó más a mí para enfatizar, y yo empujé mis caderas contra las suyas. Mis ojos se pusieron en blanco por el placer que me produjo ese pequeño contacto. Siseó entre dientes—. Puede que mi polla quiera castigarte hasta que grites mi nombre entre gruñidos de dolor y placer, pero soy más inteligente que eso. Me soltó, y me tambaleé hacia atrás sorprendida antes de que la ira se apoderara de mí.

—No vas a tratarme como basura, Elliot. —Volví a colocarme en su espacio y me empujé contra su pecho. Aunque no cedió, me sentí bien al hacerlo—. No pedí estar aquí. Si no me querías cerca, deberías haberme dejado en paz. —Le di otro empujón y se limitó a sonreír.

—Nos vamos en dos horas. Dúchate, vístete y prepárate para cuando vengamos por ti. —Con eso, cerró la puerta y escuché el cerrojo deslizarse en su lugar.

—¡Palabrería! —grité a través de la puerta. Solté un pequeño bufido ante mi propia broma antes de darme la vuelta para admirar toda la ropa recién adquirida. Me pregunté si me dejarían conservarla toda cuando se deshicieran de mí.

Encendí la ducha lo más caliente posible y me metí bajo el chorro. Cerré los ojos y me pasé las manos por el cuerpo. Estos chicos estaban volviendo mi cuerpo loco. Mis pezones se endurecieron bajo mi contacto. Joder, iba a tener que ocuparme de esto para poder tener la cabeza en su sitio.

Una mano jugaba con mis pezones mientras la otra agarraba el cabezal de la ducha desmontable y lo ponía en la posición pulsante. De verdad, si pones a una chica en una habitación con un cabezal de ducha desmontable, ¿qué demonios esperas que haga? Apoyé la frente en las frías baldosas mientras mi coño se apretaba con anticipación. Imaginé los dedos de Sebastian en mis pezones, la boca de Tristan en mi clítoris y las fuertes manos de Elliot alrededor de mi garganta.

El agua encontró mi pequeño manojito de nervios y grité antes de taparme la boca con la mano. Gemí ante el intenso placer que ya recorría mi vientre. Esto no iba a durar nada; me tenían muy excitada. La boca de Sebastian se cerró alrededor de uno de mis pezones en mi mente, y volví a gemir. Las manos de Elliot me rodearon la garganta hasta el punto de que apenas podía respirar, y su polla rígida me provocó mientras se movía contra

mi trasero. Abrí más el agua mientras imaginaba la lengua de Tristan acariciando mi clitoris y luego moviéndose dentro de mí como si fuera lo mejor que había probado.

Los tres, adorando mi cuerpo como si yo fuera el único aire que necesitaban respirar. El calor crecía y crecía dentro de mí, los dedos de mis pies se curvaban y mi respiración era caliente y rápida. En algún lugar de mi mente, sabía que estaba siendo demasiado ruidosa. Mis gemidos eran los de una mujer hambrienta de sexo al borde del abismo, y no pude evitarlo. Cuando llegué a la cresta y volé sobre el borde, grité y caí de rodillas, mis paredes se apretaron en torno a nada más que el aire mientras me imaginaba cabalgando sobre los dedos de Tristan. Dejé caer el cabezal de la ducha, demasiado sensible ahora para sentirlo contra mi piel.

Me tomé un momento en el suelo de la ducha para recomponerme y recuperar el aliento. Una vez que mis piernas se sintieron lo suficientemente firmes como para mantenerme en pie, volví a colocar la ducha y me tomé mi tiempo para exfoliarme, afeitarme y acondicionarme. Si iba a ser un caramelo para el brazo, estaba claro que iba a tener el aspecto, el olor y el sabor adecuados. La ducha estaba repleta de todo lo que una chica podía necesitar en diferentes y deliciosos aromas.

Tardé el resto del tiempo en peinarme con ondas suaves y maquillarme de forma oscura y abundante, como de costumbre. Olfateé el surtido de perfumes caros que me habían dejado y me eché detrás de las orejas y en las muñecas. La seda del vestido se asentaba sobre mi suave piel como si estuviera hecha especialmente para mí. Caía a la altura de mis pechos y la abertura se detenía justo en el pliegue de mi cadera. El dobladillo me llegaba justo por debajo de las rodillas y, justo cuando me puse los tacones, Tristan abrió la puerta y entró sin llamar.

—¿Te mataría llamar a la puerta?

Iba vestido de pies a cabeza de negro. Ese traje le quedaba como un guante. Podía ver cada músculo definido. Tenía sus anillos en esos dedos tatuados, y los tatuajes de su cuello destacaban muy bien sobre el cuello negro de su camisa. Este tipo era sexo con un lazo. Llevaba el cabello rubio hacia atrás, fuera de sus ojos, mostrando cada ángulo duro de su hermoso rostro.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo, y cuando su boca se curvó en una sonrisa, me llevó de vuelta a lo que había imaginado que sentiría teniéndolo en mi coño. Sentí que el calor se extendía por mi vientre y por mi pecho. Avanzó hacia mí y, por un momento, pensé que mi fantasía estaba a punto de realizarse. En cambio, me tendió una gargantilla de diamantes negros.

—¿Puedo?

Asentí mientras se colocaba detrás de mí. Me recogió el cabello y sus dedos rozaron mi piel mientras sujetaba el collar contra mi garganta.

SCARS

—¿Qué tal la ducha, Scar? —Su aliento era caliente contra mi oreja—. ¿Algo que decir? —Prácticamente podía oír la sonrisa en su voz. Me había oído, joder. Sabía que había hecho demasiado ruido.

En lugar de avergonzarme, me giré hacia él y sonreí mientras le agarraba las trabillas del cinturón y lo acercaba a mí.

—Ha sido una ducha fantástica, gracias por preguntar. Me gusta especialmente la función del cabezal desmontable.

Gimió, y su cabeza cayó hacia atrás mientras se frotaba las manos por el rostro.

—Me estás matando.

Me reí y me dirigí hacia la puerta.

—Vamos, guapo. El grandote prometió el infierno si lo hacía esperar.

Ocho

Sebastian

Me aseguré de pisarle los talones cuando subió a la limusina. Dios, su trasero era perfecto. Si ese vestido fuera más ajustado, se le desgarraría. Se ceñía a cada centímetro de sus deliciosas curvas, y tuve que esforzarme para no arrojarla sobre mi hombro y llevarla arriba para follarla sin sentido. Fuera cual fuera el material, lo llevaría a partir de ahora.

Prácticamente me lancé al asiento a su lado, y sus labios rojos y brillantes se movieron hacia un lado mientras me aceptaba. Mi mano encontró su muslo y apretó la carne allí mientras Tristan se acomodaba en su otro lado. Elliot era el único que no parecía sentir la atracción gravitacional que tenía a su alrededor.

—Así que, ¿quién se queda con el trabajo de cuidar de mí esta noche? —preguntó.

Sentí que la rabia me recorría. Le dije a Tristan que quería ser yo. No es que no confiara en Elliot, pero no quería separarme de ella. Quería tenerla vigilada en todo momento. Esta noche no iba a escapar de nosotros. Elliot se abrió la chaqueta del traje, mostrando las múltiples armas que llevaba. Una sonrisa cruel se dibujó en su rostro. Ella gimió, y ese ruido fue directo a mi polla.

—Sebastian confía demasiado en ti, y tú solo lo distraerías —respondió Tristan. Apreté su muslo y dejé que mi mano se paseara un poco más arriba de la raja de su vestido. Dios, llegaba hasta la dulce hendidura de su cadera. No podía llevar nada debajo de ese vestido. Mi polla se agitó de nuevo, y me ajusté no muy discretamente—. Y tengo demasiada gente con la que hablar como para llevarte del brazo toda la noche.

Aunque trató de mirar a Elliot con ojos duros y agresivos, pude ver cómo la inquietud se deslizaba en ellos. Le tenía miedo, y con razón. Todos estábamos en forma, pero Elliot lo llevaba al siguiente nivel. El tipo era una absoluta bestia y no aceptaba mierda de nadie. Y mi pequeña mascota seguía en su lista de mierdas. Bueno, tal vez *nuestra* pequeña mascota. Tristan parecía estar haciéndose un poco más amigable con ella también.

Estuvo extrañamente tranquila durante todo el trayecto hasta el club. Lo único que me decía que estaba viva era cómo su respiración se agitaba

cada vez que mi mano apretaba su muslo o se deslizaba un poco más por esa abertura en su vestido. Quería sacar uno de mis cuchillos y rajar el resto para ver cómo se le caía. Me miró cuando llegamos al club y sonrió como si pudiera leer mi mente.

—Lo que piensas está escrito en tu rostro —dijo, con su boca a un centímetro de la mía, y luego siguió a Tristan y Elliot fuera del auto.

Maldita broma.

Tristan y Elliot caminaron delante, guiándonos hasta el portero, dejándome seguir detrás de Scarlet y dando gracias a Dios porque su trasero estaba esculpido solo para mí. Verlo moverse bajo ese vestido y no poder tocarlo iba a ser un maldito infierno el resto de la noche. Se dio la vuelta y me guiñó un ojo antes de mover un poco más las caderas mientras agarraba el brazo de Elliot y entraba como si fuera la dueña del lugar.

El club era mucho más oscuro de lo que esperábamos. Era más bien una rave y menos una fiesta de *negocios*. Me acerqué a Scarlet y le agarré la nuca. Ella se inclinó hacia mí sin dudarlo, como si fuera una reacción subconsciente.

—No voy a dejarla aquí con solo uno de nosotros para vigilarla —dije al oído de Tristan—. ¿Desde cuándo esta pequeña velada se convirtió en una rave?

—Lo sé. El plan ha cambiado, claramente. Nos quedamos todos con ella. Sería demasiado fácil para ella escabullirse en un lugar como este. —Lo dijo lo suficientemente alto, por encima de la música, como para que Elliot y Scarlet lo oyeran. Ella se limitó a poner los ojos en blanco y a soltar el brazo de Elliot para acercarse a mí. Mi mano dejó su cuello y mi brazo cayó sobre sus hombros—. Esto no me gusta. No podemos vigilar nuestros alrededores. Elliot, llama a algunos de los chicos que están cerca y diles que vengan aquí. Quiero ojos adicionales.

—¿Al menos podemos conseguirme un trago? —preguntó Scarlet por encima de la música.

—Seb y yo la llevaremos a nuestra mesa. Mueve el trasero allí tan pronto como termines de hacer las llamadas.

Elliot asintió y caminamos entre la multitud hasta el nivel superior. Mi mano volvió a colocarse en el cuello de Scarlet, manteniéndola con una correa corta, y Tristan la sujetaba de la mano. Parecía que los dos queríamos mantener una mano sobre ella en todo momento. Sonreí para mis adentros.

Estaba seguro de que a Tristan le preocupaba que se escapara y le hiciera perder el trato con su familia, pero yo aún no había terminado de estar cerca de ella, de mirarla, de tocarla. Incluso su olor era embriagador.

Tristan dio un paso fuera de las escaleras y se detuvo en seco, haciendo que Scarlet se estrellara contra su espalda. Me puse a su lado al instante, bloqueando a Scarlet de la vista mientras cinco miembros de una

SCARS

banda rival se levantaban de nuestra mesa. Tenían malditas ganas de morir si habían venido a nuestro lado de la ciudad, a nuestro club, y a nuestra mesa.

Ty, uno de los altos cargos, se adelantó, con su diente de oro brillando mientras sonreía junto a nosotros y descubriendo a Scarlet. Me hirvió la sangre, y mis dedos tenían ganas de lanzar uno de mis cuchillos directamente a uno de sus ojos solo por mirarla, demonios. Ella se agarró a la espalda de mi chaqueta e intentó mirar lo que pasaba, pero ninguno de los dos se movió.

—¿Qué estás haciendo aquí, Ty?

—Hemos oído que tienes un nuevo juguete. —Casi gritó por encima de la música. La mano de Scarlet se apretó más—. Pensamos en venir a ver si los rumores eran ciertos. Si realmente la encontraron, echémosle un vistazo.

—Por encima de tu maldito cadáver vas a mirarla como un trozo de carne. —No debería haber salido de mi boca. Pero lo hizo. Los despellejaría vivos a los cinco antes de que pudieran mirar a nuestra chica. Sentí que Tristan se ponía rígido a mi derecha.

—No está aquí para ser el entretenimiento, chicos. Estamos aquí para hacer negocios, y ustedes no son bienvenidos. Tienen que salir de este club antes de que se convierta en un problema.

Vi a Tristan mover su mano a la pistola en su cadera, y me moví en sincronía con él. Dondequiera que estuviera Elliot, tenía que subir las escaleras rápidamente.

Todos se movieron al unísono hacia nosotros, o hacia las escaleras, realmente no podría decirlo. Tristan y yo empujamos a Scarlet hacia el lateral, enjaulándola entre nuestras espaldas y la pared que había detrás.

—¿Alguien puede explicar qué demonios está pasando? —Como es lógico, su voz salió mucho más fuerte de lo que debería. Debería estar aterrorizada. Pero ahí estaba, tratando de escabullirse por detrás de nosotros para ver mejor la situación.

—¿Quieres parar? —la regañó Tristan por encima del hombro. Si tuviera que adivinar, su rostro probablemente se puso rojo por la vergüenza y el enfado por la forma en que le había hablado. Casi me reí a carcajadas ante la imagen de ella haciendo pucheros detrás nuestra.

Se acercaron, Ty se colocó frente a frete con Tristan y sonrió. Miró por encima de su hombro a Scarlet, que, una vez más, debería haberse acobardado, pero, en lugar de eso, se quedó de pie con los brazos cruzados, examinándose las uñas como si le importara una mierda toda la situación.

Sentí que Elliot se acercaba, imponiéndose sobre los cinco chicos como la maldita parca. La tensión en ese momento fue suficiente para ponerme un poco de los nervios. Mi cuerpo zumbaba, listo para la pelea,

rogando por ella. Hacía demasiado tiempo que no tenía una pelea en condiciones. Y lucirme delante de mi mascota no sería malo.

—¿Quieres venir con nosotros, amor? Cinco hombres follando sin sentido es mucho mejor que tres.

Y antes de que pudiera darme cuenta, Scarlet salió por detrás del hombro de Tristan y golpeó a Ty justo en el maldito rostro. Me reí a carcajadas y vi cómo Ty se limpiaba la sangre de la boca.

—*Maldita zorra*⁷.

—¿Acabas de llamarla zorra? —pregunté.

Vi todo rojo.

—Joder —gimió Elliot desde algún lugar detrás de mí cuando terminé el trabajo que había empezado Scarlet. Le golpeé tan fuerte que vi su diente de oro salir volando. Tristan y Elliot saltaron a la refriega de puños. A mi derecha, Scarlet se apoyaba en la pared y dejaba salir una carcajada de su preciosa y follable boca.

Vi a uno de los matones de Ty agarrar su pistola, pero fui más rápido. Apunté y disparé entre sus ojos justo cuando se preparaba para apuntar a Tristan. Los gritos estallaron a nuestro alrededor y el club se convirtió rápidamente en un manicomio. Los tres teníamos nuestras armas apuntando a los tres últimos en pie. Ty seguía noqueado en el suelo, y los otros tres estaban ensangrentados y magullados.

—¡Suficiente! Déjanos coger a Ty y nos iremos, hombre.

Tararéé y miré por encima del hombro a Scarlet. Estaba apoyada en la pared, con los ojos brillantes de emoción. Se mordió el labio inferior y me miró.

—¿Dejamos que se vayan, cariño? Es a ti a quien han ofendido. Tú decides. —Sabía que Elliot me echaría la bronca por eso, y tal vez incluso Tristan, pero nunca mostrarían ningún desacuerdo entre los tres en público. Y esta era la oportunidad perfecta para que ella les mostrara que podía ser una de nosotros. Podríamos mantenerla.

Mantenerla. Se me hizo la boca agua al pensarlo.

Scarlet se apartó de la pared y se paseó entre Tristan y yo. Se acercó, me agarró la mano con la pistola, y la empujó lentamente hacia abajo para apuntar a Ty.

Joder, me iba a casar con esta mujer.

—Él es el que me llamó zorra y sugirió que todos me follaran sin sentido. —Me miró con esos grandes ojos azules—. ¿Hay alguien por encima de él, o ese lamentable imbécil es el líder de toda la banda?

⁷ En español.

SCARS

—Hay muchos por encima de él —respondió Tristan por mí.

—Entonces disparémosle y enviémosle de vuelta como mensaje para que no vuelva a entrar en su territorio. Y lo más importante... —Hizo una pausa—. Esto les dirá que no vuelvan a joderme.

Mi polla iba a explotar. Apretó su frente contra mi costado y colocó su mano sobre la mía. Su dedo se deslizó sobre el mío en el gatillo. Sus tetas se apretaban contra mí con cada respiración. Su rostro estaba sonrojado y sus labios ligeramente separados. Estaba excitada.

—¿Estás mojada, princesa? —susurré para que solo ella pudiera oírlo. Sonrió y se lamió los labios. Eso fue respuesta suficiente para mí. No podía creer la suerte que teníamos de encontrar a esta chica cuyo cuerpo ronroneaba por la violencia.

—¿Lo matamos o lo mutilamos? —pregunté mientras mirábamos a los otros tipos prácticamente cagados.

—Hermano, vamos. Déjanos cogerlo y llevarlo a casa.

Esa súplica cayó en saco roto. Ty empezaba a removerse en el suelo. En sus tacones, Scarlet casi pudo apoyar la barbilla en mi hombro. La miré y sonrió. Su otra mano se enrolló alrededor de mi cuello y me atrajo. Me besó y mordió mi labio inferior mientras apretaba el gatillo. Su boca sabía a caramelo, y dejé que mi mente se preguntara a qué sabría el resto de ella.

—¡Joder! —Por el rabillo del ojo, vi que recogían el cadáver de Ty y bajaban las escaleras, dejando al otro al que había disparado sangrando materia cerebral en los escalones. Eso fue molesto. Dejarnos a nosotros la limpieza. Scarlet me dio otro beso rápido y luego se apartó de mí.

—Ha sido divertido, chicos —dijo mientras daba una palmada en el hombro a Tristan. Pasó por encima del chico de la escalera. Al igual que yo, ambos la miraban como si le hubiera crecido otra cabeza. O como si fuera la cosa más sexy que hubiéramos visto en nuestras vidas. Incluso Elliot parecía un poco enamorado de ella en ese momento. Se dirigió a nuestra mesa y se sentó en una de las sillas, tomando una de las bebidas que habían dejado en la mesa.

—Parece que el club se ha vaciado. ¿Significa eso que podemos quedarnos y divertirnos por nuestra cuenta? —Tomó otra copa y se la terminó también. Nos miró y sonrió—. No nos hemos arreglado para que unos imbéciles nos arruinen la noche, ¿verdad?

SCARS

Nueve

Scarlet

The Triad #1

¿Debería estar enloqueciendo ahora mismo? Acabo de disparar y matar a alguien.

Estaba sentada en la mesa, bebiendo tan rápido como podían servirme. Todo el club se había vaciado excepto el personal del bar y los refuerzos que Elliot había pedido. Todos ellos se quedaron abajo para darnos privacidad mientras el camarero se limitaba a dejarnos varias botellas de varios licores para compartir entre nosotros y cuatro vasos. Los chicos de refuerzo habían limpiado el cuerpo, y aunque solo hacía treinta minutos que había explotado la materia cerebral allí, nadie podría decirlo.

Creo que nunca me había sentido tan tranquila en mi vida. Había estado en muchas peleas. Y en muchas de ellas me habían apuntado con pistolas al rostro o con cuchillos al cuello. Pero nunca había matado a una persona. No sabía qué me había pasado. Estaba excitada, absolutamente fuera de sí por la lujuria, viendo cómo les daban una paliza a esos tipos solo porque me habían faltado al respeto. Todavía podía sentir la evidencia de esa lujuria en el interior de mis muslos. Una desventaja de no llevar bragas.

Y cuando Sebastian me miró y me dio a elegir, me sentí liberada. Toda mi vida había sido dictada por los hombres que mandaban. Los jefes de familia. Incluso los chicos que eran más jóvenes que yo tenían más peso en la vida hasta que cumplí los veintiún años. Y, en realidad, ni siquiera entonces habría podido tomar las decisiones. Habrían encontrado la manera de poner un tipo sobre mi cabeza, sin importar que fuera la única hija de mi padre.

Pero los imbéciles que se sentaban frente a mí, riendo e intercambiando historias de sus primeros asesinatos, me habían dado poder. Miré la mano de Seb, que descansaba posesivamente sobre mi muslo, siguiendo las líneas de puntos tatuadas que llegaban hasta la punta de sus dedos. Me pregunté si podría encajar con ellos. De todos modos, mi familia no me quería viva. ¿Y qué pasa si se quedan conmigo? Sin duda sería una forma de mantenerme al margen de cualquier asunto del que mi familia no quisiera que formara parte. Sería el fin de mi escondite y huida. Podría ser relativamente seguro. Podría estar en un lugar. Podría tener un hogar.

Respiré hondo y tomé otro trago. El vaso traqueteó en la mesa cuando lo dejé.

DANA ISALY

SCARS

—Manténganme.

Tres pares de ojos se volvieron hacia mí mientras todos se callaban al mismo tiempo.

—Princesa, ya... —dijo Sebastian, pero Tristan levantó la mano para detenerlo.

—Sé lo que han decidido. —Tristan enarcó una ceja—. Sé que han decidido entregarme para pedir un rescate, pero Escúchenme, ¿de acuerdo?

Elliot gimió, pero Tristan asintió, y yo me incliné hacia delante, con los antebrazos apoyándome ligeramente en la mesa.

—Yo no sería una cosita a la que tuvieran que proteger. Sé cómo luchar. Me enseñaron desde muy joven a disparar un arma y a usar un cuchillo. Mi combate cuerpo a cuerpo puede estar un poco oxidado, pero puedo trabajar en ello. Déjenme ganarme su confianza. Denme un trabajo para que pueda ganarme el sustento. Soy muy hábil con los ordenadores. Como, jodidamente hábil. Déjenme ayudarlos de alguna manera. Déjenme contribuir.

—¿Y qué hay de tu familia? —interrumpió Tristan.

Suspiré.

—De todos modos, no me quieren viva. Al menos algunos de ellos. No sé por qué, pero es evidente que no me quieren cerca. Así que la única razón por la que pagarían un rescate sería para poder matarme ellos. Pero tal vez podrías hacer un trato. Di que me vigilarán y que me mantendrán fuera de su camino. Y como pago por eso, pueden quedarse fuera de tu territorio y dejar de hacer movimientos por aquí.

Sebastian se recostó en su silla y sonrió sobre su vaso. Podía sentir que Elliot se estaba molestando desde su sitio, pero sabía que había hecho algunos buenos puntos. Podía ver en el rostro de Tristan que estaba de acuerdo conmigo. Jugó un momento con los anillos de sus dedos antes de mirarme a los ojos.

—De acuerdo —dijo Tristan y se encogió de hombros. Mis ojos debieron convertirse en platillos. Esperaba que lo hiciera mucho más difícil.

—¿De acuerdo?

Sonrió y Seb me apretó el muslo. Miré a los tres a mi alrededor. Me puse de pie y estiré la mano hacia Tristan. Me impresioné a mí misma al ver que no temblaba.

—Estrecha la mano —dije—. Estrecha mi mano y dime que te quedarás conmigo y que no me enviarás de vuelta. Sería firmar mi sentencia de muerte, y realmente, *realmente*, no tengo ganas de morir. —Mi voz puede haber flaqueado un poco al final, pero, honestamente, ¿quién no lo haría? Estaba tratando de salvar mi vida.

SCARS

—¿Y no crees que quedarte con nosotros es firmar otro tipo de sentencia de muerte? —intervino Elliot.

—Si te mantenemos, te reclamamos como nuestra, la gente de nuestra nómina te dejará en paz, pero tendrás un tipo diferente de objetivo en tu espalda. —La mano de Seb se había retirado de mi muslo cuando me levanté, pero encontró el pliegue de mi brazo mientras hablaba, como si intentara asegurarse de que le estaba escuchando.

—Nunca habíamos reclamado a una chica como nuestra —dijo Tristan, inclinándose. Dejé caer la mano y suspiré—. Hemos compartido mucho, pero nunca hemos ofrecido a nadie nuestra protección.

—No estoy pidiendo protección —dije, ignorando los feos celos que rugían por mis venas ante la mención de que compartían a otra persona. El bonito rostro de Emily pasó por delante de mis ojos—. Estoy pidiendo ser útil. Pido formar parte de algo que realmente me quiera en lugar de ser enviada a una familia que no lo hace.

—Bueno, no te quiero.

Me volví hacia Elliot y sonreí.

—Tu erección cuando disparé a Ty cuenta una historia diferente, Gruñón.

—Que quiera follar contigo no significa que quiera tenerte cerca. Eres un montón de problemas en un pequeño paquete.

—Oye —dijo Seb hacia Elliot mientras me tiraba a su regazo, justo sobre la enorme erección que lucía—. No hables así a nuestra chica. Ahora es parte de la jodida familia. —Me apartó el cabello del hombro y me plantó un dulce beso en el cuello.

—No hasta que nos demos un maldito apretón de manos —dije, empujando mi mano hacia Tristan de nuevo—. Estrecha la mano y prométeme que no me enviarás de vuelta.

Tristan se rió y me agarró la mano.

—Muy bien, cariño. Trato hecho. Ahora eres nuestra. —Un escalofrío recorrió mi columna vertebral al ver su mirada.

—Ahora que eso está hecho, ¿podemos ir a comer? Me muero de hambre —gimió Sebastian.

—Oh, sí, por favor. Me encantarían unas patatas fritas y salsa para absorber este alcohol.

Tristan se levantó, abotonando su chaqueta mientras tomaba un último trago.

—Probablemente hemos estado sentados aquí demasiado tiempo de todos modos. Si van a tomar represalias, saben dónde estamos. Así que vayámonos, consigamos algo de comida y volvamos a Wheaton. —Estaba

absolutamente hambrienta. No había comido nada desde el almuerzo, y si no me metía algo en el estómago pronto, iba a vaciar todo el licor que acababa de beber.

Salimos del club y los refuerzos nos siguieron por la puerta. En lugar de ir en dirección al auto, comenzaron a caminar hacia el grupo de camiones de comida en el centro de la ciudad. El olor era jodidamente fantástico mientras nos dirigíamos hacia allí. Había unos cuantos grupos de amigos en varias filas, riendo y charlando, el alcohol evidentemente les adormecía el frío.

Sebastian me agarró de la mano y me llevó al que, según él, tenía las mejores patatas fritas con salsa de todos. Les pedí que le pusieran queso y vi, con gran deleite borracho, cómo empapaban todo el plato de patatas fritas con una espesa salsa marrón y lo cubrían con queso rallado. Se me hizo la boca agua ante el sabroso olor. Cuando Sebastian me entregó el plato humeante, me metí en la boca todas las que pude.

—¿Crees que vas a terminar todo eso? ¿Debería conseguir la mía?

Le fruncí el ceño.

—Por encima de mi cadáver compartiré mi comida.

Levantó las manos en señal de rendición y pidió lo mismo. Tristan y Elliot se acercaron con hamburguesas extremadamente grasientas en las manos. Yo casi había terminado mi plato entero de patatas fritas, pero mi estómago seguía gruñendo ante la idea de comer una.

—Dios mío, ¿de dónde sacaron esas? Quiero una.

—Acabo de verte destruir, literalmente, un plato entero de patatas fritas y salsa, ¿y quieres meterte una hamburguesa por la garganta?

—No avergüences a la chica, Elliot —dijo Tristan mientras agitaba otra hamburguesa delante de mi rostro—. Me imaginé que querías una en cuanto vieras que teníamos. Así que, siendo el gánster bondadoso que soy, me aseguré de traerte una.

Me metí el último par de patatas fritas en la boca y tiré el plato antes de arrancar la hamburguesa de la mano de Tristan.

—Sinceramente, podría reventar el maldito vestido si me como esto, pero ni siquiera me importa. Huele muy bien.

Elliot puso los ojos en blanco, pero Sebastian se limitó a reír y me pasó el brazo por los hombros.

—Ninguno de nosotros, ni siquiera Elliot, se va a enfadar porque ese vestido se caiga de tu cuerpo, nena. Y esos gemidos que haces cuando comes... joder.

—Volvamos al auto antes de que nos golpee otra tormenta de mierda, por favor —refunfuñó Elliot, tratando de arrastrarnos a todos por donde vinimos. Al menos el conductor había acercado el auto un poco a donde nos

habíamos desplazado, así que no tuve que caminar mucho con los tacones. Los otros chicos fueron despedidos por Tristan mientras nos acercábamos al auto.

—Juro por Dios que tengo una barriga de gemelos por tanta comida. Creo que voy a explotar. —Estaba tan llena que me sentía mal. Tristan me abrió la puerta y Seb llegó justo detrás de mí, con sus manos apoyadas en mi cuello.

—Sinceramente, no sé dónde pones todo lo que comes.

Me pasé la mano por la barriga llena, dejando que sobresaliera y mostrando mi bonita barriguita. El vestido de satén se estiraba demasiado sobre ella. Pensé que la próxima vez me pondría algo con un poco más de holgura. Me dio un suave empujón y gemí. Necesitaba llegar a casa y quitarme este estúpido vestido.

Me agaché y subí al auto. Seb y Tristan me dieron un fuerte golpe en el trasero y oí a Elliot suspirar.

—Están azotados por el coño y ni siquiera han probado la mercancía.

Me senté, totalmente preparada para lanzar una réplica descarada en su dirección, cuando el inconfundible sonido de la tela rasgándose llenó el silencio. Miré mi vestido y vi que la abertura que antes se detenía en mi cadera ahora llegaba hasta la parte inferior de mi pecho. Volví a mirar a los chicos y los vi a todos mirando mi piel desnuda, babeando como perros por comida.

Me puse a reír. Esa risa incontrolable que se apodera de todo tu cuerpo salió de mí. Una parte era por el alcohol, y la otra porque me pareció jodidamente divertido que el vestido me quedara tan apretado que fuera capaz de rasgarlo solo por comer. Las lágrimas empezaron a salir de mis ojos y me dolía el estómago de tanto reír. Me tumbé en el asiento, intentando, sin conseguirlo, mantener el vestido cerrado, mientras Seb se arrastraba para sentarse y apoyaba mi cabeza en su regazo.

—Alguien tiene la risa floja —dijo mientras me apartaba el cabello del rostro—. Pero diré que soy fan del nuevo vestido. Es mucho más accesible que antes.

Le agarré del brazo y lo metí bajo mi barbilla. Su mano me sostuvo por el hombro y cerré los ojos, saliendo por fin de mi ataque de risa. Respiré profundamente.

—Esta noche he matado a alguien.

En ese momento podría haber cortado la tensión en el auto con un cuchillo. Nadie dijo nada, pero Seb siguió trazando círculos en mi hombro con su pulgar.

—Si te quedas con nosotros, no será la última vez. —La profunda voz de Elliot me tomó por sorpresa, y me giré para mirarlo—. Tienes buena

SCARS

puntería —dijo en un suspiro, como si le doliera físicamente hacerme un cumplido.

—No le tembló la mano. No dudó. Fue un tiro increíble justo entre sus ojos saltones —dijo Seb.

Los ojos de Tristan estaban pegados de nuevo a la pantalla de su teléfono, pero se tomó un segundo para mirar hacia mí y hacerme un guiño.

—Lo has hecho bien.

Seb me agarró la mandíbula y me obligó a mirarle a continuación.

—Si hubieras optado por solo mutilar al bastardo, no le habría dejado salir vivo de ese club.

—Lo sé, maldito loco. —Me reí y apoyé mi mano en el brazo que mantenía bajo mi barbilla.

Empezaron a hablar entre ellos, y entre las enormes cantidades de comida y el alcohol en mi organismo, el reconfortante zumbido del auto empezó a adormecerme. No sé qué decía de mí o de ellos que me estuviera lo suficientemente cómoda como para dormir todo el tiempo, pero no me sentía amenazada.

Bueno, tal vez un poco por Elliot. Pero los otros dos eran rollos de canela. Me sentía protegida y, en cierto modo, acogida. Sobre todo, después de lo que había pasado en el club. Así que no lo cuestioné. Acepté mis circunstancias y me permití dormir a pierna suelta por primera vez desde que me había escapado de casa, sabiendo que nadie iba a venir a matarme en mitad de la noche.

SCARS

Diez Scarlet

The Triad #1

Sentí que uno de ellos me sacaba del auto y me llevaba por la puerta. Yo era muy capaz de caminar, pero matar a alguien realmente te saca de tus casillas. Así que en lugar de despertarme y hacer que quienquiera que fuera me bajara, decidí acurrucarme en su pecho y rodear su cuello con mis brazos. Mi vestido se había abierto de par en par cuando me había levantado, pero estaba demasiado agotada para que me importara.

Cuando por fin llegamos a mi dormitorio, abrí los ojos perezosamente y vi que era Sebastian quien me había llevado arriba. No fue una sorpresa.

—Hola, preciosa —murmuró en mi cabello. Me tumbó en la cama y no intenté taparme mientras el vestido se abría. Todavía sentía los efectos de haber visto cómo los chicos les daban una paliza a esos otros hombres antes. Especialmente a Sebastian, que en última instancia me había dado el poder. ¿Qué mejor manera de agradecerse lo que dejar que se le moje la polla? Y eso que solo era humano. Estos hombres eran jodidamente divinos, con sus tatuajes y piercings y músculos enormes.

Mientras Seb rebuscaba en mis cajones algo parecido a un pijama, me recosté en la cama, apoyada en los codos, y subí una pierna para darle un espectáculo cuando se diera la vuelta. Cuando finalmente lo hizo, no me decepcionó. Echó la cabeza hacia atrás y gimió. Me reí para mis adentros.

—Oh, cariño —dijo, volviendo a acercar sus ojos a los míos. Sonreí y abrí un poco más para él. Ya estaba tan mojada que probablemente podría ver la evidencia de ello en la oscuridad.

—He pensado que tal vez podrías ayudarme a quitarme los nervios.

Se pasó las manos por el cabello oscuro y me miró por un momento, como si estuviera tratando de decidir qué tan mala era la idea. Para ser honesta, probablemente era una muy mala idea. Pero Dios, era jodidamente hermoso. Los tatuajes cubrían cada centímetro de piel que podía ver; incluso los del cuello llegaban hasta la línea de la mandíbula, y me volvían loca.

Se quitó la chaqueta un momento después, y vi cómo sus manos empezaban a desabrochar la camisa, revelando los abdominales duros como piedras y la deliciosa vena que se deslizaba por debajo de los pantalones. Cada parte de su torso estaba cubierta por el mismo estilo de tatuajes de

SCARS

colores llamativos. Desaparecieron bajo la cintura de sus pantalones, e incluso en esta luz tenue, pude ver el inconfundible contorno de su polla suplicando que la dejara salir.

Se acercó y apoyó una rodilla entre mis muslos mientras se inclinaba sobre mí. Su cuerpo se cernía sobre mí, sus manos a ambos lados de mi cabeza, sus ojos oscuros sosteniendo los míos. Lo respiré, saboreando su olor a colonia y tequila.

—Si hacemos esto, princesa, vas a ser mía, y no voy a dejarte ir.

Me reí y me recosté en la cama mientras le rodeaba el cuello con mis brazos, tirando efectivamente de todo su cuerpo sobre el mío.

—Ya soy tuya, Seb. Os pertenezco a todos después del trato de antes, ¿recuerdas? Así que podemos divertirnos mientras estoy aquí. —Empujé mis caderas hacia arriba y me pegué a él, provocando un gemido desde lo más profundo de su pecho que fue directo a mi núcleo.

—Voy a follarte hasta que te corras tantas veces que me suplicarás que pare. E incluso entonces, voy a seguir follándote. Voy a follarte tan fuerte que cada vez que te muevas mañana, recordarás lo que se siente al tenerme dentro de ti.

Mierda. Gemí y empujé mis caderas contra las suyas de nuevo. Todo su cuerpo estaba pegado al mío y no me cansaba de sentirlo.

—Voy a poseer tu cuerpo esta noche, pequeña mascota. Este coño... —me dijo mientras me agarraba y presionaba el talón de su mano sobre mi clitoris palpitante. Su mano encendió mi sangre, y gemí mientras intentaba empujar hacia él. Su rostro se acercó al mío—. Esto es mío por esta noche —susurró contra mis labios antes de hundir un dedo en mi ya resbaladizo calor. Esta vez, cuando gemí, lo atrapó con su boca. Su beso fue urgente y contundente. Era una guerra de dientes y lenguas.

Su boca recorrió mi mandíbula y bajó por mi garganta, mordiendo tan fuerte en lugares que sabía que dejaría marcas. Pero me gustaba que el dolor acompañara al placer. Añadió otro dedo y giré las caderas cuando su pulgar encontró mi clitoris.

—Joder, Sebastian, por favor —supliqué, intentando apartar su cabeza de mis pezones y bajarla hasta donde lo necesitaba.

—Tan sensible —dijo después de soltar mi pezón con un chasquido—. Estás empapada para mí, princesa. —Retiró sus dedos y los acercó a mi boca—. Abre. —El tono de su voz me provocó un escalofrío de lujuria. Obedecí y me llevé los dedos a la boca, lamiendo mi propia excitación con entusiasmo, deseando complacerle con cada fibra de mi ser. No quería dejar de ver esa mirada de deseo en su rostro. Esa mirada era toda para mí.

Sacó sus dedos de mi boca con una sonrisa de satisfacción y se situó entre mis muslos. Su boca bajó por un muslo, deteniéndose justo donde más lo necesitaba antes de pasar al otro.

SCARS

—Si sigues burlándote de mí, te echaré a patadas de mi habitación con las pelotas azules, Sebastian.

Soltó una carcajada profunda y masculina que hizo todo tipo de cosas en mi cuerpo. Me agarró de las caderas y me puso boca abajo, rasgando el resto del vestido como si fuera papel de seda. Me levantó las caderas e inmediatamente enterró su rostro en mí. Grité cuando pasó de mordirme el clítoris a lamerme y chuparme y meterme la lengua tan adentro que creí que iba a explotar.

Volvió a introducir los dedos en mi coño, masajeando mis paredes internas mientras su lengua hacía círculos alrededor de mi clítoris. Apoyé el rostro en la cama y mordí con fuerza las mantas. Estaba a punto de correrme en su rostro cuando, de repente, volvió a retirar los dedos. Antes que pudiera protestar, uno de sus dedos encontró mi trasero y empezó a empujar muy, muy lentamente. Me aparté ligeramente, nerviosa por la presión que se estaba generando allí. Me dio un fuerte golpe en el trasero y grité contra la cama. Una nueva oleada de calor me inundó al sentir el escozor en el trasero.

—Quédate. Quieta. —Me frotó la zona donde me había azotado, calmando el escozor—. Te lo dije, princesa. Este cuerpo es mío, y tomaré la parte de ti que quiera. —Escupió entre mis mejillas y frotó su pulgar en mi clítoris, haciéndome empujar hacia él mientras introducía un dedo en mi apretado agujero. Parte de su dedo se deslizó dentro mientras continuaba con sus lentos y medidos círculos en mi clítoris.

Estaba ávida de él, empujando hacia atrás, tratando de conseguir más dentro de mí. Mi respiración era corta y rápida. Agarraba las sábanas con los puños y entre los dientes, gimiendo por el intenso placer que me provocaba. El calor aumentaba hasta un nivel insostenible mientras movía su dedo y su pulgar con movimientos uniformes.

—Por favor, no pares. Justo ahí —susurré en el colchón.

—Scarlet. —Mi nombre salió de su lengua de la manera más deliciosa—. Córrete. —La autoridad de su voz hizo que una onda de placer recorriera todo mi cuerpo. Estaba tan cerca que vibraba de necesidad. Se inclinó sobre mí, sin romper su ritmo, y me mordió el hombro... con fuerza—. Córrete para mí, cariño.

Mi cuerpo se hizo añicos y sentí vagamente que gritaba por el puro gozo que sacudía mi cuerpo. Sacó su dedo de mi interior y empezó a lamerme con largas y suaves caricias desde mi clítoris hacia arriba, mientras yo intentaba volver a la tierra y recuperar el sentido.

—Sabes como el jodido cielo, cariño. La próxima vez quiero que te sientes en mi rostro y te corras en mi boca para no perder ni una gota. —Sopló aire fresco en mi coño, y gemí mientras trataba de empujar de nuevo en su rostro—. Pero ahora mismo, nena —dijo mientras sentía que la cama

se movía y oía el sonido de sus pantalones cayendo al suelo—. Necesito estar dentro de ti.

Me apoyé en los codos y le miré mientras se desnudaba. *Que me jodan.* Incluso sus piernas estaban cubiertas de tatuajes. Se quitó el calzoncillo negro ajustado y jadeé al verlo. No pude evitarlo. Estaba injustamente bendecido tanto en longitud como en grosor, y ese piercing plateado justo bajo la punta tenía mi coño apretado con anticipación.

Me miró fijamente durante un largo momento, frotándose de la base a la punta. Podía ver la gota de precum, y mi boca ansiaba lamerla. Quería saborearlo, sentir cómo se estremecía y se ponía rígido cuando mi lengua recorriera su carne. Empecé a moverme para hacerlo cuando puso una mano firme en mi cadera.

—Date la vuelta. —Sonreí para mis adentros. Mi dulce y sádico rollo de canela quería que jugara a la sumisión. Impulsada puramente por la lujuria del momento, me giré inmediatamente y lo miré—. Quiero ver la expresión de tu rostro cuando esté dentro de ti por primera vez.

—¿Seguro que será una mirada de pura felicidad y no de decepción? —Puede que quisiera complacerle, pero nunca dije que no sería una mocosa.

Me sonrió, una sonrisa oscura que me recordó a la forma en que un animal mira a su presa, y me agarró la mandíbula, sus dedos se clavaron en mis mejillas dolorosamente. Me quejé. ¿Qué diablos me pasaba que esto era lo que me excitaba? Agarró con más fuerza, obligando a mi mandíbula a moverse y a mi boca a abrirse. Se acercó más y escupió en mi boca.

Mi coño se convulsionó y el calor se disparó en mi abdomen. Aflojó el agarre lo suficiente como para permitirme cerrar la boca, y tragué con avidez.

—Buena chica —ronroneó en mi oreja mientras su mano bajaba alrededor de mi garganta. Apretó y se deslizó lentamente dentro de mí, estirándome hasta el punto de que me preocupó que no fuera a caber. El frío metal de su piercing me rozaba de la manera más increíble. Sus ojos no se apartaban de los míos, absorbiendo con avidez cada una de mis reacciones. La forma en que me llenaba y estiraba era angustiosamente lenta. Uno de sus brazos rodeó mis caderas y las levantó ligeramente para poder introducir toda su longitud dentro de mí.

—Esa no es una mirada de decepción —dijo mientras sonreía contra mi boca. Le abrí la mía y dejé que su lengua pasara por mi piercing. Comenzó a moverse con un ritmo lento y suave mientras me reclamaba con su boca. Sabía a mí y a pecado, y yo lo absorbí todo. Rodeé su cintura con las piernas y subí las caderas para apretarle mientras me llenaba una y otra vez.

—Pensé que ibas a follarme hasta que no pudiera caminar.

Con otra sonrisa perversa, se retiró por completo de mí, provocando mi entrada con la punta de su polla. Pasó su piercing por mi clítoris y se me

SCARS

escapó otro gemido. Se sentó sobre sus talones y, con un rápido tirón, me atrajo hacia él y se rodeó la cintura con mis piernas. En un movimiento brusco, volvió a estar dentro de mí en un ángulo que me hizo ver a Dios.

Grité y me cubrió la boca con la mano de forma tan brusca que pude saborear la sangre, pero me deleité con ello. Lo quería más fuerte, más rápido, más duro, y él estaba dispuesto a hacer todo eso. Me folló sin piedad. Mi cuerpo ya pedía otra descarga. Cuando utilizó su otra mano para pellizcarme el clítoris, grité en su palma y monté cada ola que pasaba por mi cuerpo. No bajó el ritmo ni se relajó, sino que se limitó a follarme al mismo ritmo, sin dejar de frotar círculos suaves con el pulgar.

Estaba demasiado sensible, era demasiado. Era todo lo que podía hacer para aferrarme a su cintura con las piernas mientras introducía su polla en mí una y otra vez. Los ojos se me pusieron en blanco cuando me llegó otro clímax que me empujó violentamente al borde de la cascada. Disminuyó sus embestidas mientras me retorció y gemía bajo él. Su mano abandonó mi boca y bajó por mi pecho, pellizcando cada pezón y retorciéndolo hasta que me sacó un grito.

—Eres la maldita criatura más hermosa que he visto nunca. —Se apartó y me puso boca abajo. Yo era de trapo para hacer lo que él quería. Volvió a golpear mi trasero y luego lo amasó bruscamente con ambas manos. Levanté las caderas y empujé hacia atrás, buscándolo, obviamente una glotona de castigo. Se rió separando mis mejillas mientras se deslizaba de nuevo dentro de mí.

—Tengo un DIU —dije. Le miré por encima del hombro—. Quiero sentir cómo te corres dentro de mí.

—Joder, nena —dijo entre empujones—. ¿Quieres que me corra dentro de ti, cariño? —Asentí—. Dilo. Suplicámelos. —Aumentó la velocidad, llevándome contra el colchón.

—Por favor, Seb —le supliqué. No me importaba lo patética que pudiera sonar. Necesitaba a este hombre. Necesitaba sentir cómo me reclamaba—. Termina dentro de mí, por favor. Necesito sentir cómo te derramas dentro de mí, marcándome como tuya. Por favor.

Me agarró un puñado de cabello y tiró con fuerza hacia atrás, dándole un mejor ángulo. Volvió a golpear mi trasero y la presión empezó a aumentar. Me alimenté de esta tortuosa mezcla de dolor y placer.

La punta de su pulgar encontró mi trasero y lo introdujo rápidamente. Entre la repentina intrusión de dolor y la plenitud que sentí, me corrí de nuevo, apretando su polla con todas mis fuerzas. Se aceleró a través de mi orgasmo y luego se detuvo, completamente enfundado dentro de mí mientras sentía cómo se derramaba. Le apreté y giré mis caderas, ordeñándole todo lo que podía. Me besó a lo largo de la columna vertebral y se retiró lentamente.

SCARS

—Quédate ahí, cariño. Deja que te limpie. —Volvió con un paño caliente y húmedo y me limpió suavemente antes de ayudarme a ponerme una camisa de gran tamaño que había encontrado en un cajón. Bajó las sábanas y me ayudó a entrar. Volvió a besarme, esta vez suavemente, y luego murmuró en mi cabello lo hermosa que era.

—Quédate conmigo —dije entre un bostezo.

Lo hizo.

The Triad #1

Peligrosos. Ricos. Corruptos.

SCARS

Once Scarlet

The Triad #1

Sebastian fue fiel a su palabra. Tuvimos sexo tres veces más esa noche y, al final, le estaba rogando que parara. Nunca había tenido tantos orgasmos en tan poco tiempo, y estaba segura de que mi coño iba a sufrir un cortocircuito. Cuando me desperté, fue con una resaca y un cuerpo muy dolorido. El brazo de Sebastian me cubría el torso y su respiración era uniforme.

Me zafé de él y me puse una camiseta antes de salir a hurtadillas de la habitación y bajar a la cocina. Cada paso era un poco doloroso, enviando recuerdos muy claros de todo el increíble sexo que había tenido en las últimas horas. Sebastian tenía razón: estaría recordando lo que sentía todo el día. Recordé el camino a la cocina con bastante facilidad, y por suerte, sentado en la mesa, estaba Elliot, con el aspecto de un Li Shang tatuado con ese moño y esos músculos. Estaba, por supuesto, sin camiseta, porque a todos estos tipos parecía gustarles torturarme.

—¡Buenos días, rayito de sol!

Levantó la vista ante mi alegre saludo y levantó las cejas al ver mis piernas desnudas.

—Parece que tú y Sebastian tuvieron una noche divertida. —Me dirigí a la despensa y rebusqué hasta encontrar los cereales más azucarados que tenían—. A juzgar por los moretones, diría que te sientes un poco dolorida.

—Tú —dije, apuntando la caja de cereales en su dirección mientras me dirigía a la nevera a por la leche—. Pareces celoso. —Se burló y volvió a leer el periódico—. ¿Quién lee ya el periódico? Creía que solo los padres de mediana edad se sentaban por la mañana a leer la sección de deportes.

Me ignoró, así que seguí preparando mi tazón de cereales. Me subí a la encimera y le observé leer mientras comía. Miré hacia el microondas. Las diez de la mañana. No recordaba la última vez que había dormido hasta tan tarde.

—Oye, ¿dónde está Tristan?

—¿Por qué?

—Porque quiero hablar con él sobre mi papel.

Elliot suspiró y dejó el periódico sobre la mesa, cruzando los brazos.

DANA ISALY

SCARS

—Saca tu sucio y desnudo trasero de nuestro limpio mostrador y quizá te lo cuente.

—No está sucio —dije mientras me bajaba de un salto y ponía mi cuenco en el fregadero—. Sebastian se ocupó muy bien de limpiarme anoche. —Le guiñé un ojo y recibí una mirada de reojo a cambio.

—Está en la sala de música —dijo mientras recogía de nuevo su periódico.

—¿Hay una sala de música?

Echó la cabeza hacia atrás y se frotó los ojos.

—Eres jodidamente insufrible. Sí, hay una sala de música. Hay muchas salas. Está al otro lado de la casa, en la planta baja, al fondo a la derecha. Sigue los pasillos y al final le oirás tocar la batería. Ahora, por favor, déjame en paz.

Levanté las manos en señal de rendición y salí de la cocina.

No fue tan difícil orientarme por la casa como pensé que sería. Como me indicaron la dirección general, solo tardé un par de minutos en encontrarlo. Cuanto más me acercaba, más fuerte era el sonido. No tenía ni idea de que Tristan fuera baterista, y no podía saber si era bueno o no porque, sinceramente, todos los sonaban como si estuvieran golpeando la mierda.

Pero cuando abrí la puerta un poco y lo vi sin camiseta, con su cabello rubio volando en todas direcciones mientras giraba las baquetas y golpeaba la mierda de esos tambores, decidí que realmente no importaba si era bueno. Porque se veía muy bien haciéndolo.

Abrí la puerta hasta el final y entré, echando un vistazo. Había cuadros de insonorización repartidos por todas las paredes, cómodos sofás y sillones, y todo tipo de instrumentos repartidos por la habitación. Me miró y sonrió cuando me senté en uno de los sillones relativamente cerca de su batería. Se detuvo y se volvió hacia mí, haciendo girar y agitando las baquetas en sus manos como un hábito nervioso.

—¿En qué puedo ayudarte hoy, Scarlet? —Estaba sin aliento, su pecho musculoso se movía con el esfuerzo. Le eché una larga mirada antes de responder, mis ojos se engancharon en las barras de sus pezones.

—Me preguntaba si podrían ponerme a trabajar pronto. Me voy a aburrir por aquí si todo lo que hay que hacer es ver la televisión.

—Es lindo que pienses que voy a confiar en ti tan pronto para darte acceso a nuestros archivos privados.

Gemí y puse los ojos en blanco.

—¿Qué voy a hacer con todos tus preciosos archivos? No es que tenga a nadie a quien vender esa mierda. —Se limitó a lanzarme una mirada mordaz—. Bien. Lo entiendo. Lo primero en la lista: ganarme tu confianza.

SCARS

¿Qué se supone que debo hacer hasta entonces? —Sonrió e hizo rodar una de las baquetas entre los nudillos. Sentí mucha curiosidad por saber qué podían hacer esos dedos en otros lugares.

—Estaba pensando que podríamos recuperar tus habilidades de lucha. Elliot es un gran entrenador. Estoy seguro de que te pondrá en forma rápidamente.

—Oh, joder, Tristan —gemí.

—Creo que necesitas un descanso después de Seb, nena. Tal vez la próxima vez. —Me guiñó un ojo, y lo rechacé a pesar de que mi muy dolorido coño se apretó al pensarlo. Necesitaba calmarse y tomarse un respiro antes de intentar convencerme de que volviera a saltar a la cama con uno de esos tipos, si no con los tres.

—Corta el rollo, idiota. Lo siento si no estoy súper entusiasmada por entrenar con el grandote. Realmente no me tiene mucho aprecio, y estoy bastante segura de que le va a encantar darme una paliza en el tatami.

Tristan se rió y se puso de pie para cernirse sobre mí. Me tendió la mano y me ayudó a levantarme.

—Vamos, pequeña Scar —dijo mientras pasaba un dedo por la cicatriz de mi mandíbula—. Vamos a buscarlo y a enseñarte dónde está el gimnasio. Después de que entrenes un poco con él, podemos almorzar y llevarte a practicar tiro al blanco. Te alegrará saber que será Seb. Todos somos buenos tiradores, pero él se lleva la palma. Es un excelente tirador.

—Y tú estás demasiado ocupado ocupado dirigiendo todos tus “negocios” para ayudar a tu pequeña amiga, ¿verdad?

—Correcto —se rió.

Tristan no me soltó la mano mientras recorriamos los pasillos, señalando las distintas habitaciones mientras volvíamos a la entrada de la casa. Me mandó a cambiarme mientras buscaba a Elliot. Me imaginé que con toda la ropa que habían traído de mi antigua casa, habrían agarrado todo, incluyendo mi equipo de entrenamiento. Sebastian no estaba por ninguna parte cuando volví a mi habitación, así que me cambié rápidamente, me recogí el cabello en un moño y volví a bajar.

—Vamos, Elliot. Es hora de poner esta cosita en forma —dijo Tristan mientras me agarraba la mano de nuevo. Elliot siguió el movimiento y se frotó las manos por el rostro. Estaba muy segura de que estaba a punto de descargar un montón de frustraciones en mí. Esto no iba a ser agradable.

—Me gustaría señalar que no estoy fuera de forma —dije mientras nos alejábamos—. Solo estoy fuera de práctica. Hay una diferencia. Seguí haciendo ejercicio mientras estaba huyendo.

SCARS

—Comparado con lo que te voy a hacer pasar —dijo Elliot mientras abría la puerta de un impresionante gimnasio en casa—. Estás fuera de forma.

Entré y miré a mi alrededor. Una de las paredes estaba hecha completamente de espejos con pesas libres alineadas en un lateral. Había un par de elípticas y cintas de correr, una máquina de remo y un rack de sentadillas. Elliot se subió a las colchonetas del centro de la sala y me hizo un gesto para que me acercara. Tristan me soltó la mano y me dio un golpe en el trasero.

—Dale una paliza, chica. Tengo algunos asuntos que atender. Volveré a por ti.

—¿Cuándo? —pregunté, mirando el reloj de la pared.

—Ohhh. —Elliot arrulló desde el otro lado de la habitación—. Creo que tiene miedo de estar a solas conmigo, T.

—Nunca —dije antes de acercarme y golpear a Tristan con un beso contundente, obligando a su boca a abrirse a la mía. Se inclinó y tomé su labio entre mis dientes y lo mordí con fuerza antes de soltarlo y volver a mirar a Elliot—. Solo quería saber cuándo volvería Tristan, eso es todo. —Si hubiera sido un dibujo animado, le habría salido humo de las orejas.

—De acuerdo entonces —dijo Tristan con una palmada. Miré por encima del hombro y le sonreí—. Diviértanse, los dos. —Con eso, la puerta se cerró con un clic detrás de él, y Elliot señaló la esterilla.

—Ven aquí y estira.

Sonreí, pero hice lo que me dijo. Se acercó al equipo de música de la pared y en los altavoces empezó a sonar “*Coming Undone*” de Korn. Me observó mientras estiraba durante los siguientes minutos, y sentí el calor de mi cuerpo bajo su mirada. El tipo iba a tener que dejar de mirarme así, o habría algo más que entrenamiento en esta colchoneta.

—Muy bien, entonces, escupe-fuego. Vamos a ver lo que tienes. Me lo tomaré con calma.

—Qué noble de tu parte.



No se lo tomó con calma. A mis moretones les salieron moretones. Cada centímetro de mi cuerpo había recibido una paliza. Recibí patadas, puñetazos, bofetadas y zancadas ocho millones de veces diferentes en el lapso de dos horas. Cuando Tristan regresó hacia el mediodía, me derrumbé en el suelo de la forma más dramática que pude conseguir.

SCARS

—De acuerdo —dije entre respiraciones—. Tal vez, *solo* tal vez, estoy un poco fuera de forma.

—¿Tú crees? —preguntó Elliot al mismo tiempo que Tristan se reía y me ayudaba a levantarme.

—¿Por qué no vas a asearte y yo prepararé algo de comer antes de que nuestro francotirador residente te lleve fuera a hacer prácticas de tiro?

Asentí y me fui cojeando al dormitorio. Una ducha nunca me había sentado tan bien. Una vez limpia, inspeccioné los moratones que me habían aparecido en las costillas, la cadera, los muslos, e incluso el vago contorno de una mano en el cuello. Estaba cubierta de pinceladas de color púrpura y amarillo.

Me puse un vaquero y una camiseta antes de bajar a la cocina. Los tres chicos estaban allí. Tristan estaba cocinando, Sebastian recostado en la mesa, y Elliot de pie junto a la isla, tecleando en su portátil. Sebastian se dio unas palmaditas en las piernas y yo me instalé en su regazo.

—¿Cómo ha ido el entrenamiento, cariño?

—Creo que casi se muere —dijo Tristan desde la estufa—. Cuando volví a por ella, cayó dramáticamente al suelo.

—El grandullón de ahí me puso en apuros sin tener en cuenta lo cansada y dolorida que ya estaba.

Sebastian apretó su agarre alrededor de mi cintura.

—¿Quieres que le dé una patada en la polla por ti? —murmuró en mi oreja lo suficientemente alto como para que Elliot pudiera oírlo. Elliot se burló, pero por el tono de voz de Seb me di cuenta de que lo haría si lo quería. Sonreí y me recosté en su pecho, muy contenta de saber que tenía al menos una persona de mi lado. Miré a Tristan, que estaba sonriendo para sí mientras daba la vuelta al sándwich en la sartén. Bueno, tal vez tenía dos.

—No, cariño. Si alguien va a acabar con él, seré yo.

Después de comer, yo sentada en el regazo de Sebastian todo el tiempo porque se negaba a dejarme ir, nos dirigimos al campo de tiro que habían instalado en los jardines traseros. Tristan se quedó conmigo esta vez, pero Elliot murmuró que tenía trabajo que hacer y se marchó con su portátil bajo el brazo.

—No lo tomes demasiado en serio —dijo Sebastian mientras salíamos—. Ha pasado por verdaderas mierdas en su vida, y eso hace que sea mucho menos confiado que Tristan y yo. Dale tiempo. Ahora eres uno de nosotros —dijo, deslizando su brazo sobre mis hombros—. No se te ocurriría traicionarnos, ¿verdad? —Había algo en los bordes de su tono que normalmente no estaba allí, y me hizo sentir un escalofrío. Me recordó que Sebastian podía actuar como el chico de la masa de Pillsbury, pero, en realidad, era un gánster y un asesino. Haría bien en recordarlo.

SCARS

Le sonreí y negué.

—Nunca, mi dulce chico del rollo de canela.

Tristan soltó una sonora carcajada y recibió una mirada furiosa de Seb.

—Chico del rollo de canela —dijo Tristan, esbozando otra sonrisa—. Es lo mejor que he oído llamarte, Seb. Lo mejor, joder.

—Solo nuestra chica puede llamarme así. No te hagas ilusiones, T. —Tristan se limitó a meterse las manos en los bolsillos y sonreír.

Sebastian estaba cargado de armas, y yo deslicé mi mano sobre la escopeta, la quité de su brazo y me escabullí de su alcance.

—Voy a empezar con esta. Me encanta cómo explotan estas balas. Hay muchas menos posibilidades de sobrevivir. —La miré con aprecio, y entonces Tristan deslizó su brazo alrededor de mis hombros y me acercó.

—Sí, creo que vas a encajar muy bien.

Doce

Elliot

Había sido una semana muy larga desde que Scarlet se hizo cargo de la maldita casa. Se pavoneaba como si fuera la dueña del lugar con largas camisetas que apenas le cubrían el trasero y nada más. Sebastian la seguía por todos lados con ojos de cachorro perdido. Tristan tampoco era mejor, pero al menos no le había metido la polla... todavía.

Cada vez que entraba en la habitación, con una sonrisa en el rostro y un tazón de cereales en las manos, sus ojos revoloteaban hacia cada uno de nosotros mientras sonreía y decidía junto a quién se sentaría. Era como si nos tuviera en rotación, y cada vez que me tocaba su atención, apretaba los dientes e intentaba ignorar que olía a lilas y a gasolina. No paraba de dar vueltas por el recinto con los quads, y ese olor la seguía durante el resto del día.

No es que tuviera nada en contra de Scarlet o que no me atrajera. Pero esa chica era pólvora y plomo, y yo solo estaba esperando a que se metiera bajo nuestra piel y nos explotara en el rostro.

Estábamos en el despacho de Tristan y ella seguía durmiendo. Esa chica dormiría todo el día si la dejáramos. Por otra parte, con Sebastian en su cama cada maldita noche, probablemente lo necesitaba.

—Elliot —dijo Tristan, haciéndome volver a la habitación.

—¿Sí?

—Tenemos que hacer un movimiento con su familia. Tenemos que decidir cómo vamos a manejar esto.

Suspiré y me pasé las manos por el rostro.

—¿Estamos seguros de que queremos mantenerla cerca en lugar de entregarla para mantener sus dedos fuera de nuestros pasteles?

—¡Ja! Palabrería. —Seb rió. Puse los ojos en blanco.

—Sinceramente —dijo Tristan, apoyándose en sus antebrazos—. Creo que es la mejor manera de garantizar que se mantengan bajo nuestro control. Es como tener un rehén permanente. Una moneda de cambio constante en nuestras manos. Sabrán que si meten la pata podemos usarla.

—Bien. Entonces, ¿cómo quieres hacerlo?

SCARS

—Vamos a organizar una reunión.

—Van a querer pruebas de que la tenemos —dijo Seb.

—Entonces, la llevamos con nosotros —dije, recostándome en mi silla.

—De ninguna manera la llevaremos y la pondremos en la línea de fuego —dijo Seb, saltando al instante. Bastardo protector. Tristan suspiró y negó.

—Estoy de acuerdo con Seb. Llevarla les daría la oportunidad perfecta para dispararle en el acto. O llevársela. Vamos a tener que dejarla aquí con algunas de nuestras personas de mayor confianza. Podemos darles una prueba en forma de vídeo en directo o algo así.

Gemí para mis adentros. No veía que este plan funcionara. No confiaba en ella. No confiaba en nadie más que en los dos tipos que tenía delante. Y el hecho de que la hubieran dejado entrar tan rápidamente me preocupaba muchísimo.

La conocíamos desde hacía menos de cuarenta y ocho horas antes de que Sebastian se la follara y Tristan la había acogido como parte de nuestro círculo. Es cierto que no la había dejado trabajar en algo que le diera munición contra nosotros, pero la hacía entrenar conmigo todos los días. Estaba dejando que se convirtiera en una amenaza.

Y cada vez que entraba en el gimnasio con su sujetador deportivo y su pantalón corto, casi me volvía loco. No podía decidir si quería noquearla o tirarla al suelo y follarla hasta que gritara mi nombre. Me di cuenta de que eran pensamientos drásticamente diferentes, pero ella parecía sacar lo peor de mí, y todavía no estaba muy seguro de por qué.

—Hoy me pondré en contacto con ellos para averiguar cuándo es un buen momento para sentarse y hablar de esto como adultos. Quiero que Scarlet se sienta lo más cómoda posible con nosotros, empezar a ganarnos su confianza para que pueda ganarse la nuestra. —Tristan se puso de pie y se dirigió a su escritorio.

—Interesante forma de verlo. —Me gané un par de miradas duras ante eso—. Miren, sé que soy el hombre raro aquí. Ustedes parecen confiar en ella hasta cierto punto, y lo hicieron bastante rápido.

—Nunca he dicho que confíe en ella —interrumpió Tristan.

—Yo confío en ella —dijo Seb. Eso le valió una mirada de Tristan.

—Ustedes literalmente le dijeron que sí después de conocerla por dos días. ¿No creen que fue un poco rápido?

—Fui capaz de construir esto... lo que sea... por intuición, Elliot. Confío en mi instinto. Si no lo hiciera, no estaríamos donde estamos hoy. No estoy diciendo que confíe en ella, porque no lo hago. Nunca confiaría en alguien tan rápido. Pero lo que vi en ella, El... —Negó—. Está golpeada, magullada, y realmente tuvo mala suerte. Su propia familia de mierda la

SCARS

quería fuera de la imagen. Solo quiere un lugar al que pertenecer. ¿Por qué no podemos darle una oportunidad de que sea aquí?

Suspiré y acuné mi cabeza entre las manos. Estos idiotas iban a ser mi muerte algún día. Tristan no había crecido en un hogar feliz. Huérfano a los nueve años, fue arrojado a un hogar de acogida tras otro y nunca tuvo una familia hasta que nos juntamos en la adolescencia. Así que no me sorprendió que quisiera recoger a esta chica perdida.

Conocí a Tristan en el instituto. Una vez que nos juntamos, dirigimos todo el maldito lugar. Estábamos a cargo del tráfico de drogas, teníamos las mejores fiestas, y ni un alma hacía un movimiento sin que lo supiéramos. Él y yo éramos los reyes del instituto. Nuestras operaciones fueron creciendo a medida que nos hacíamos mayores, y una vez cumplidos los dieciocho años, decidimos empezar a hacer que las cosas parecieran un poco más legales.

Tuvimos que empezar a explicar de dónde venía todo el dinero. Tristan había sido el cerebro detrás de todo. Investigó y aprendió cómo invertir, cómo poner en marcha los negocios, y consiguió que la gente trabajara para nosotros. Poco a poco, empezamos a conquistar la ciudad, negocio a negocio, banda a banda.

Hubo tanto derramamiento de sangre en los primeros años, que pensé que nunca nos limpiaríamos completamente las manos. Y entonces Sebastian entró en escena. Era solo un chico, recién salido del instituto, que se acercó a nuestra maldita mesa una noche mientras Tristan y yo estábamos en una reunión. Ese bastardo se acercó a nosotros, ignorando todas las armas que le apuntaban al rostro, y le pidió a Tristan que habláramos en privado.

El valor que necesitó para hacer eso nos impresionó inmediatamente. Así que cuando Tristan dijo que sí y puso en pausa la reunión, supe en ese mismo momento que aquel chico de aspecto escuálido, cubierto de tatuajes, con un cigarrillo colgando de la boca como si no estuviéramos en un maldito restaurante, iba a ser nuestro tercero.

Había escuchado mierda en el estacionamiento que resultó ser muy útil. Después de trasladarnos esa información, Tristan no dudó en ofrecerle un trabajo.

—¿Qué puedes hacer? —preguntó Tristan—. ¿En qué eres bueno?

Sebastian sonrió, y fue feo y aterrador. Haría que una persona normal corriera hacia las colinas.

—Soy buen tirador. Y no me importa ensuciarme las manos.

Después de eso, nos convertimos en la Tríada. Teníamos los dedos metidos en todo: clubes, restaurantes, drogas, asesinatos por encargo y todo tipo de “favores”. Y lo hacíamos todo juntos. Todas las decisiones se tomaban con un voto grupal, nunca una dictadura. Hasta Scarlet. Estuve

SCARS

de acuerdo con ir a por la chica y usarla como forma de mantener a los rumanos fuera de nuestra mierda. Pero estaba un poco más atrás en el carro de mantenerla.

Cuando nos topamos con Sebastian, era alguien con información importante y un conjunto de habilidades muy útiles. Pero cuando se trataba de Scarlet, no era más que un pedazo de trasero caliente de una familia rival que supuestamente podía trabajar con ordenadores. Y eso no me parecía útil cuando aún no podíamos confiar en ella lo suficiente como para dejarla hacerlo. Así que, por ahora, todo lo que hacía era mojarle la polla a Seb, tentar a Tristan y fastidiarme a mí.

—Muy bien —dije, saliendo de mis pensamientos—. Lo entiendo. Confío en ti, y por lo tanto voy a tratar de confiar en ella.

—Tal vez, si dejas de ser tan molesto con ella todo el tiempo, te mostrará por qué me encariñé tanto con ella —dijo Seb, riendo con su café.

—Oh, ¿no la quieres solo para ti, Seb?

—¿Por qué iba a guardarla para mí? —Vi que Tristan se iluminó un poco ante eso. Fue un cambio sutil, pero lo vi—. Esa chica tiene más que dar de lo que un solo hombre puede manejar. Y veo la forma en que nos mira a todos. La forma en que se turna y se asegura de que todos reciban atención. No puedes decirme que no lo has notado.

Solté una carcajada porque realmente lo había hecho. Todavía no tenía claro por qué hacía eso, pero ahora mi polla realmente quería que la teoría de Sebastian fuera cierta.

—Muy bien, basta —dijo Tristan—. Ve a despertarla, El. Se suponía que iban a empezar a entrenar hace treinta minutos.

—Bastardo con suerte —murmuró Seb—. Quiero entrenar a nuestra pequeña mascota. Frotarme contra ella todo el día. Inmovilizarla en esa colchoneta. Quitarle ese pantalón ajustado y meterle... —Se interrumpió y le di un golpe en la nuca antes de cruzar la habitación.

—Genial, Seb. Ahora es lo único en lo que voy a poder pensar durante las próximas horas.

—Bien. Tal vez echar un polvo ayude a ese exterior helado que tienes. —Lo ignoré mientras salía de la oficina y recorría varios pasillos hasta llegar a su habitación.

Su habitación. Puse los ojos en blanco. Había empezado a llamarla su habitación desde el primer día. Como si ya hubiera decidido que esta era también su casa. Y tal vez lo era. Tal vez tener a alguien como ella cerca para mantener a Seb a raya, dar a Tristan algo de consistencia y comodidad, y a mí... Todavía no sabía lo que me aportaría. Pero tal vez tener todas esas cosas envueltas en un lindo paquete no era tan mala idea.

SCARS

Pero todavía tenía que ganarse mi confianza. No iba a entrar en esto con mi polla guiando el camino. Porque si lo hacía, me llevaría a ciegas directamente a ella. Abrí la puerta sin llamar y la encontré desnuda, tumbada boca abajo con el trasero a la vista. Su cabello se extendía por las sábanas oscuras.

—Jódeme —murmuré en voz baja.

Ella giró la cabeza en mi dirección y levantó el trasero, balanceándolo de un lado a otro, y sonrió.

—Con mucho gusto, amor.

Mi polla se crispó y respiré profundamente, dejando que mi máscara de hielo cayera sobre mi rostro. Ella no iba a llegar a mí tan fácilmente.

—Levántate, tentadora —dije, apoyándome en el marco de la puerta—. Es hora de entrenar.

Sonrió más ampliamente y levantó su cuerpo desnudo de la cama, exhibiendo descaradamente cada una de sus curvas frente a mí. Dios, sus tetas eran perfectas. No dejé que mis ojos bajaran más antes de decirle que estaría en el gimnasio y que esperaba verla allí en cinco minutos. Giré y salí, reajustándome y tratando de pensar en otra cosa que no fuera su trasero al aire.

SCARS

Trece

Scarlet

The Triad #1

Los tres estaban al límite, y eso me estaba estresando. Habían pasado nueve días desde que me secuestraron, ocho desde que me dijeron que me retendrían y dos desde que llamaron a mi familia y concertaron una reunión. Llevaba la cuenta de cada hora y cada día que me retenían. No podía evitarlo. Me levantaba cada día preguntándome si cambiarían de opinión. El hecho de que Seb me follara y Tristan pareciera estar encariñándose conmigo no significaba que no pudieran cambiar de opinión y lanzarme a los lobos.

Tristan no me informaba de nada. Me decía que era por mi propio bien. Que no necesitaba saberlo porque solo me preocuparía. No sabía que cuanto menos sabía, más lo hacía. No tenía idea de a qué hora era la reunión, ni dónde, ni todo lo que les iban a contar. Lo único que sabía era que me había prometido que me mantendría a salvo.

Extrañas palabras viniendo del líder de un sindicato del crimen.

Seb había estado diciendo lo mismo cada noche que venía a mi habitación. Anoche, cuando apareció, justo cuando salía de la ducha y me metía en la cama, me agarró con una nueva actitud y me lanzó sobre el colchón con tanta fuerza que reboté un par de veces antes de que cayera sobre mí, besándome como si su maldita vida dependiera de ello.

—¿Qué pasa, Seb? —pregunté cuando por fin me liberó la boca lo suficiente para que pudiera tomar aire.

—Nada, princesa —murmuró en mi cuello—. Solo necesito sentirte. —Y, maldita sea, me sintió. Me había follado en ese colchón con tanta fuerza que vi las estrellas cuando terminó. Cuando me abrazó después, frotando con ternura todos los moratones y marcas de mordiscos que había dejado, me besó el cabello y murmuró—: Mañana lucharé contra cualquiera que intente decirnos que no podemos quedarnos contigo.

—¿Es mañana? —pregunté.

—Sí —dijo mientras sus manos se movían por mi cabello.

—Siéntete libre de mutilar o matar a quien creas conveniente —dije sin humor—. Realmente preferiría no volver allí.

SCARS

Una vez que el sol empezaba a ponerse, todos fueron a sus habitaciones por separado para prepararse. Supuse que eso significaba que era la hora. Me colé en la habitación de Tristan mientras estaba en la ducha y me puse cómoda en su cama. Su habitación era todo lo contrario a la de Sebastian. Mientras que la de Seb era oscura y malhumorada, la de Tristan era luminosa y casi acogedora. Todo en su habitación te daba la bienvenida. Agarré las baquetas de su mesita de noche y traté de moverlas entre los nudillos como le había visto hacer tantas veces.

—No las estás sujetando correctamente —dijo mientras salía de su cuarto de baño en una ráfaga de vapor. Su cabello rubio seguía mojado, goteando por su cuello y los lados de su rostro. La toalla le rodeaba la cintura, acentuando sus deliciosos músculos. Al igual que Seb, los tatuajes de Tristan cubrían cada centímetro de su torso duro como una roca. No creía que fuera posible tener músculos en los lugares donde estos tipos los tenían.

—Como sea —dije, dejándolas a un lado. Llevaba mi ropa habitual para holgazanear por la casa, es decir, una camiseta y nada más. Cuando lo sorprendí mirando mis piernas desnudas con calor en sus ojos, las abrí en una invitación silenciosa tal como había hecho con Sebastian aquella primera vez. Tal vez podría darle un poco más de incentivo para que se quedara conmigo. Gimió mientras me observaba, con mi sexo desnudo para él. Sonreí cuando vi que su polla empujaba la toalla que rodeaba sus caderas.

—Scarlet —gimió mientras se hundía en la cama junto a mí y me enjaulaba con sus brazos. Rezaba para que la toalla se deslizara de sus caderas y pudiera verle, pero esa cosa tenía más fuerza de voluntad que Elliot—. Tengo una reunión muy importante —dijo, acercando su boca a la mía. Me lamí los labios y sus ojos siguieron mi lengua con lujuria.

—Podría ayudarte a deshacerte de los nervios. —Acorté la distancia entre nuestras bocas, porque a la mierda con ser la chica que espera a que el chico haga el primer movimiento, y mientras él abría su deliciosa boca para mí, deslicé mi mano hacia su toalla y la aparté de su cintura. Él retiró su boca de la mía.

—Scar... —dijo, pero tomé su circunferencia con la mano y apreté. Sus ojos se pusieron vidriosos de calor.

—¿Sí? —le pregunté mientras lo acariciaba, de la base a la punta, pasando el pulgar por el precum. Pasé la lengua por su boca abierta y gimió. Lo empujé hacia atrás en la cama, y me dejó, cediéndome el poder. Me situé entre sus muslos y lo admiré, extendido para mí como un dios cincelado—. ¿Querías decir algo?

—No.

—Eso pensé.

SCARS

Su polla era hermosa, no tan gruesa como la de Seb, pero aun así apenas podía rodearla con mis dedos. Y era lo suficientemente larga como para saber que me costaría meterla hasta el fondo de mi garganta. Mi coño se apretó al pensarlo. Recorrí con la lengua su parte inferior y la hice girar alrededor de la cabeza, rozando con los dientes lo suficiente para mezclar un poco de dolor con su placer. Sus abdominales y su polla saltaron ante la sensación, y yo sonreí.

Lo tomé en mi boca y gimió, enviando ondas de choque directamente a mi núcleo. Me encantaba el control que sentía con una polla en mi boca. Estaba a mi merced. Le estaba afectando así. Tenía su placer en la palma de mi mano. Sus dedos se enredaron en mi cabello y me empujaron más abajo. Le agarré la base, trabajando mi mano al ritmo de mi boca. Podía oír cómo cambiaba su respiración mientras sentía mi propia excitación entre los muslos.

Mi otra mano serpenteó entre mis piernas, frotando círculos alrededor de mi clitoris. Gemí contra su pene, y él volvió a estremecerse. Introduce un dedo en mi interior mientras me miraba, encontrándose con mis ojos, mientras tomaba todo lo que podía de él en mi boca.

—Joder, Scar —susurró al ver mi mano moviéndose entre mis piernas—. ¿Te estás tocando? —Gemí en señal de confirmación, y eso fue su perdición—. Ahora voy a follarte la boca. —Sonreí y empujé otro dedo en mi coño mientras sus manos agarraban mi cabello con tanta fuerza que se me formaron lágrimas en las comisuras de los ojos. El dolor era exquisito.

Me empujó hasta el fondo de su polla, y yo relajé mi garganta para tomarla por completo. Me mantuvo allí durante unos segundos, y yo tragué una y otra vez, disfrutando de la mirada de puro placer en su rostro mientras mi garganta se movía contra él. Cuando se retiró, tomé aire y dejé que las lágrimas cayeran por mis mejillas. Gimió y volvió a empujarme hacia abajo, esta vez más rápido, hacia arriba y hacia abajo. Golpeó mi garganta y me encantó cada segundo. Cuanto más empujaba, más rápido me frotaba.

Podía sentir el cosquilleo familiar de un orgasmo creciendo entre mis piernas ante el brutal asalto a mi boca. Le miré y me encontré con sus ojos mientras caía al borde de mi propio orgasmo, el calor más delicioso inundando mis miembros, y él bombeó una última vez en mi boca. Me sostuvo allí, derramándose en mi garganta, mientras yo tragaba todo lo que podía darme. Echó la cabeza hacia atrás y gimió tan fuerte que supe que los demás debían haberlo oído. Retiré mis dedos mientras él se retiraba de mí.

Sonreí y me arrastré por su cuerpo agotado para tumbarme sobre él. Me agarró ambos lados del rostro con las manos y me besó con fuerza, lamiéndome el paladar, los dientes y enredándose con mi lengua. Me limpió las lágrimas de las mejillas cuando rompió el beso.

SCARS

—Ha sido la cosa más sexy que he visto nunca. —Sonreí y le besé de nuevo—. No tenías que hacer eso, Scar —dijo contra mi boca—. No estamos intercambiando favores sexuales por tu seguridad.

Me encogí de hombros.

—Quería hacerlo. —Pasé mi mano por su cabello aún húmedo—. Has sido amable conmigo cuando no tenías que serlo.

—Sebastian me va a matar.

Me reí y apoyé mi cabeza en su pecho.

—No, no lo hará. Aprenderá a compartir. —Sentí que se tensaba antes que tomara aire y comenzara a dibujar círculos en mi espalda con sus dedos.

—Tengo que vestirme. —Me besó el cabello y me aparté suavemente, dejando que se levantara y terminara de prepararse.

—¿Puedes decirme algo sobre cómo va a ser esta noche? ¿Solo algo?

Se puso un calzoncillo negro que abrazaba su trasero perfectamente.

—Hemos quedado con ellos en la frontera de nuestro territorio. En un restaurante.

—De acuerdo —dije—. ¿Y cuál es el plan? ¿Qué les vas a decir? —Suspiró mientras se ponía un pantalón oscuro y una camisa abotonada. Se dio la vuelta para mirarme mientras se subía las mangas, dejando al descubierto sus fuertes antebrazos—. Solo dime, Tristan. No sé qué creen que haría o podría hacer con cualquier información sobre lo que va a ocurrir esta noche, sabiendo que voy a estar custodiada por sus hombres y que no tengo, literalmente, ninguna forma de contactar con el mundo exterior.

—Voy a decirles que te encontramos y te custodiaremos a cambio de que se mantengan jodidamente alejados de nuestro territorio. Si quieren que estés fuera del negocio familiar, entonces te mantendremos fuera de él. Si nos joden, diremos que te soltaremos para que reclames tu título.

—No saben que sé que fueron ellos los que dieron el golpe.

—Sí, contamos con eso. Si intentan hacerse los tontos y decir que te quieren de vuelta e intentan pagarnos, simplemente les diremos que sabemos que fueron los que intentaron eliminarte. Así que, o se retiran, o diremos que sabes que fueron ellos y veremos cómo se desata el infierno. —Asentí y me recosté en sus almohadas.

—Deben tener cuidado —dije mientras miraba al techo—. Mi padre siempre lleva a Samuel con él. —Respiré hondo, sabiendo que estaba a punto de darle una información que me mataría por partida doble si mi familia se enteraba.

—¿Quién es Samuel? Solicitamos una reunión solo con tu padre y su segundo, Mateus.

SCARS

—Samuel es el tipo en las sombras. Encontrará un punto de observación sin importar dónde estén. Es un excelente tirador, le daría una paliza a Seb en una competición. Nunca lo verán venir. Y una vez que mi padre se entere de que me tienen, puede que no dude en utilizarlo.

Tristan reflexionó un momento sobre esto antes de asentir y volver a su baño.

—Entonces tendremos que hacer que nuestro propio francotirador se una a nosotros. Para que el campo de juego sea un poco más parejo.

Sebastian llamó a la puerta y entró como el mismísimo diablo, vestido de negro y cubierto de tatuajes. Miró mi camiseta, que seguía ceñida a mis caderas, y sonrió como un lobo.

—Bueno, bueno, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó mientras se apoyaba en el marco de la puerta. Sonreí y me bajé la camiseta mientras bajaba de la cama.

—Solo estoy repartiendo amor —dije mientras me ponía de puntillas y lo besaba con fuerza en la boca. Las yemas de sus dedos se clavaron en mis caderas, y ya podía sentir su excitación empujando en mi vientre. Lástima que no tuvieran tiempo para jugar—. Ten cuidado —dije al romper el beso—. ¡Todos ustedes! —dije un poco más alto para que Tristan pudiera escuchar desde donde estaba.

—Siempre, nena —dijo Seb y me dio una palmada en el trasero mientras salía de la habitación de Tristan y me dirigía a la cocina. Si iba a tener que sentarme en la casa, sola toda la noche, preocupada por esos idiotas, iba a hacerlo con una amplia cantidad de comida y licor.

Catorce

Tristan

—A dmito que probablemente no era el mejor momento para que ocurriera —le dije a Seb mientras montábamos en el todoterreno negro.

—¿El mejor momento para qué? —preguntó Elliot mientras subía tras nosotros. Sebastian me había estado echando la bronca por la improvisada mamada durante todo el camino hasta el auto—. ¿Qué me he perdido? —Elliot había hecho una llamada de última hora para que nuestro francotirador acudiera también a la reunión, por si acaso.

—Nuestro chico, T, se ha pasado al lado oscuro. Dejó que nuestra pequeña mascota envolviera su dulce boca alrededor de su verga para quitarle el miedo.

—No la dejé hacerlo por eso —dije, cortándolo firmemente. Pero se limitó a reírse y a observar a Elliot para ver su reacción. Para sorpresa de ambos, Elliot se limitó a inclinar la cabeza hacia atrás y reír. Seb y yo intercambiamos una mirada y luego volvimos a mirar a Elliot.

—Esta chica va a ser nuestra muerte —dijo una vez que se calmó. Miró por la ventanilla, y viajamos en silencio el resto del camino. Fue un viaje bastante largo teniendo en cuenta que estábamos al otro lado de la ciudad, en el campo, y que teníamos que encontrarnos con ellos lo más cerca posible de la frontera de nuestros territorios.

Años de reuniones como esta me habían adormecido ante cualquier tipo de ansiedad o nerviosismo, pero esta noche se sentía diferente. Nunca nos habíamos enfrentado a un grupo tan establecido, con tanto que perder y ganar al mismo tiempo. Si no aceptaban este trato, no estaba muy seguro de cuál iba a ser el siguiente movimiento.

Hacía poco más de una semana que había conocido a esta chica, pero sabía que no podíamos entregarla al matadero. Tendríamos que pensar en otra cosa para mantenerla a salvo si exigían que la devolviéramos.

—Seb —dije mientras nos acercábamos al restaurante cerrado—. Recuerda que, si no aceptan el trato, no puedes ponerte en modo Rambo y disparar a todo el mundo ahí dentro, ¿de acuerdo? —Su mandíbula crujió como si su cuerpo rechazara la orden. Pero él lo sabía mejor. Sabía que había que ir con cuidado, o Scarlet podría ser la que acabara herida.

SCARS

Asintió. Todos salimos del auto, nos enderezamos las chaquetas, nos ajustamos las armas, y entramos en ese restaurante dispuestos a hacer un trato por nuestra chica.



El padre de Scarlet, al que siempre llamaban *Domnul*⁸ Dulca y nunca por su nombre de pila, y su segundo, Mateus, ya estaban sentados en el fondo del restaurante. La mesa estaba dispuesta de forma que ninguno de los dos diera la espalda a la parte delantera o trasera del restaurante. Ambos estaban sentados en su lado, y en el otro lado de la mesa había una sola silla.

Para el mundo exterior, yo era el líder de la Tríada, el que tomaba todas las decisiones y dirigía los negocios. Elliot y Sebastian eran vistos como mi guardaespaldas y el ejecutor, respectivamente. Así que cuando íbamos a las reuniones, yo me sentaba y ellos se quedaban de pie. Descubrí muy pronto en esta vida que era bueno hacer que la gente se sintiera desequilibrada. Los querías un poco a tu merced. Y cuando yo me sentaba, pero los dos tipos grandes se ponían de pie detrás de mí, les hacía sentir intimidados.

—Caballeros —dije mientras sacaba mi silla y me sentaba frente a ellos—. Gracias por venir. —El padre de Scarlet era viejo como la tierra misma y estaba muy fuera de forma. Estaba sentado con su cabello blanco peinado hacia un lado y su barriga empujando la mesa. Su rostro era pasivo mientras me hacía un gesto con la cabeza y luego miraba a los dos que estaban detrás de mí.

—Dijiste que era importante. Y he oído rumores sobre lo que podría ser. Vamos a escucharlo.

Sonreí y me recosté en mi silla, cómodo con el hecho de que, si ellos hacían un movimiento para usar su amenaza oculta, yo podría usar la nuestra.

—Encontramos a su hija la otra noche —dije, juntando las manos sobre mi regazo—. En una vieja y sucia fiesta en las afueras de nuestra ciudad. —Le miré, pero no mostró cómo se sentía. Continué—: Ahora, al crecer en tu familia, seguramente sabía que no tenía nada que hacer en nuestro territorio.

Gruñó y esbozó una fría sonrisa que no llegó a sus ojos.

⁸ Señor en rumano.

—Haz lo que quieras, chuchó.

Sentí que los chicos se tensaban detrás de mí, conteniéndose para no golpearles por el apodo despectivo que la gente había tomado para llamarme... normalmente a mis espaldas. No era un “pura raza”, como estos veteranos, y les encantaba recordármelo. No es que me molestase. Había construido este imperio por mi cuenta en lugar de llegar a él como lo hacían estos malditos vagos. Sonreí con la misma frialdad.

—Oímos el rumor de que no escapó para divertirse. En lugar de eso, escapó porque alguien intentó matarla en plena noche, el día de su veintiún cumpleaños. Y el rumor dice que fuiste tú quien dio el golpe a su propia hija.

Se puso pálido como una sábana y tosió para disimular la sorpresa que mostraba su rostro.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó Mateus.

—La tenemos. Y nos la vamos a quedar. A cambio de este favor, vas a mantener tus codiciosas patitas fuera de nuestros asuntos y te vas a quedar en los tuyos.

—¿Por qué me importaría si se la quedan o la devuelven? —Se burló—. Ella no tiene ni la más remota idea de quién fue el que ordenó ese golpe.

—Porque si la devolvemos, va a armar un escándalo. Le diré lo que hiciste, y tratará de desmantelar todo tu sistema. Y si crees que no lo hará, entonces realmente no la conoces en absoluto. La tenemos desde hace una semana y ya podemos ver que es mucho más apta para dirigir tu pequeña organización criminal de lo que tú nunca fuiste. —Las palabras salieron de mi boca antes que pudiera detenerlas, pero en ese momento no había vuelta atrás. Estaban en el vacío, y juré que podía ver a través de mí.

—Ah —dijo, cruzando los brazos e inclinándose ligeramente hacia atrás en su silla—. *¿Deci o fuți pe curva aia?* —*Así que te follas a la perra.*

Por mis venas corría pura rabia sin adulterar, y fue todo lo que pude hacer para no estirar la mano a través de la mesa y clavarle el cuchillo que tenía metido en la manga en su gorda garganta. Por el rabillo del ojo, vi a Sebastian moverse. Puede que sea el único de nuestro grupo que entiende rumano, pero estaba claro, por el tono de su padre, que no había dicho nada bonito. Seb solo se movió un centímetro antes de que Elliot pudiera ponerle una mano encima para detenerlo, pero fue suficiente para que Dulca se diera cuenta.

—Oh —dijo mientras su sonrisa se hacía más profunda—. ¿Todos lo hacen? Menuda *curvă* se ha convertido en estos últimos años. —Mi sangre hirvió más fuerte que antes. Si no cerraba la boca pronto y aceptaba nuestras condiciones, íbamos a empezar una guerra de bandas sin cuartel, siendo el restaurante la zona cero—. Bien, chico —dijo con un gesto de la mano—. Quédate con la perra. Fóllatela, críala, mátala, no me importa. Solo

SCARS

mantenla fuera de nuestra mierda, y nosotros nos mantendremos fuera de la tuya. Pero primero —dijo, acercándose—. Necesito pruebas de que la tienes. No es por ofender, pero no confío en las palabras de los gánsteres.

—Elliot —dije, haciendo un gesto para que me diera el teléfono—. Esto es una transmisión en directo de la casa donde la tenemos. —La pantalla se iluminó y allí estaba ella, con una de sus camisetas de Metallica, tumbada en el sofá donde le habíamos dicho que se sentara hasta que se le dijera lo contrario y metiéndose palomitas en la boca. Tuve que esforzarme para no sonreír a la pantalla antes de entregársela a su padre. Él puso los ojos en blanco.

—¿Y cómo sé que esto es una transmisión en directo?

—La marca de tiempo —dijo Elliot—. Esquina superior derecha. —Los ojos de Dulca se desviaron hacia ella y gruñó en señal de aprobación antes de volver a deslizar el teléfono por la mesa.

—¿Puedo preguntar...? —dije entre dientes apretados—. ¿Por qué no quieres que ocupe tu lugar?

—Ella nunca habría ocupado mi lugar. Es una mujer. —Se burló como si eso fuera de sentido común. Poco sabía él, que yo no era un fanático—. Además de eso, era testaruda y no aceptaba órdenes. Habría tenido a alguien por encima de ella, pero nunca me habría escuchado. Y no iba a dejar que tuviera acceso a todo el dinero de la familia.

—Tienes razón. Ella nunca habría escuchado. Pero eso es solo porque sabe más que tú —dije, poniéndome de pie y tendiéndole la mano—. Un placer hacer negocios contigo. —Me estrechó la mano sin ponerse de pie. Cero maldito respeto por nadie más que por él mismo—. Si veo o escucho a uno solo de tus chicos en nuestro lado sin mi permiso, los mataré.

Se rió y retiró su mano de la mía.

—Sí, sí —dijo con otro gesto de la mano. Joder, odiaba que la gente hiciera eso—. Te dije que teníamos un trato, así que tenemos un trato, chucho. Asegúrate de cumplir tu parte. Y saluda a mi querida hija de mi parte, ¿quieres?

Seb resopló, y yo le dirigí una mirada mordaz antes de que Elliot nos sacara del restaurante.

—Eso podría haber ido mucho peor —dijo Elliot mientras subíamos de nuevo al auto.

—Terminó rápidamente. Demasiado rápido. Ni siquiera se resistió ni nos cuestionó —se preocupó Seb. Yo estaba de acuerdo con él. Todo aquel encuentro fue demasiado tranquilo.

—Bueno, por ahora, suponemos que dice la verdad, pero hay que estar en guardia por si tiene algo bajo la manga. Tal vez sí quiera sacarla de su vida.

SCARS

—¿Lo suficiente como para confiar ciegamente en una banda rival para mantenerla al margen?

—Estoy seguro de que hay algo más en la historia —dijo Elliot mientras se ponía el teléfono en la oreja—. Es imposible que estuviera dispuesto a matar a su único hijo solo porque era una niña. Estoy seguro de que eso contribuyó a la decisión sabiendo cómo es, pero tiene que ser más profundo que eso.

—Estoy de acuerdo —dijo mientras me desplazaba por mi propio teléfono, revisando los correos electrónicos y asegurándome de que no me había perdido nada importante en la última media hora.

—Hola —dijo Elliot en su teléfono—. Todo está bien, cálmate. —Puso los ojos en blanco—. Ya hemos terminado. Estaremos en casa en un rato. —¿Había llamado a Scar? Estaba sorprendido, y sabía que estaba escrito en mi rostro de la misma manera que estaba escrito en el de Seb. Elliot escuchó a Scarlet durante un minuto y luego—: Buenas noches. —Y colgó.

—¿Acabas de llamar a Scarlet? —preguntó Sebastian.

—No digan ni una maldita palabra —nos dijo a los dos con esa mirada mortal ante la que había visto a tanta gente retroceder. Pero yo solo me reí.

—Estabas preocupado por ella, ¿verdad? —pregunté—. Sabías que estaba preocupada por cómo iba a salir el trato esta noche, y no querías que estuviera sentada esperando.

—Vete a la mierda.

—Te lo dije —dijo Seb mientras se deslizaba en su asiento para ponerse más cómodo—. Es nuestra chica. Toda nuestra.

—Una vez más —dijo Elliot, su temperamento claramente en aumento. Todo su rostro se había puesto rojo—. Jodidamente. Déjenme.

Seb y yo solo nos reímos y volvimos a desplazarnos en nuestros propios teléfonos, dejando que Elliot se hundiera en cualquier realización a la que hubiera llegado en esa reunión.

—La llamó perra —dije después de que hubiéramos estado en la carretera en silencio durante algún tiempo.

—Y puta —señaló Sebastian.

Suspiré y me pasé las manos por el rostro.

—Creo que nunca he tenido tantas ganas de derramar sangre como en ese momento. —Seb y Elliot gruñeron de acuerdo.

—Me encantaría ponerle las manos encima —dijo Sebastian mientras jugaba con la navaja de mariposa que llevaba a todas partes. Tenía esa mirada enloquecida que siempre se le ponía cuando pensaba en torturar a la gente—. Quizá un día mi mascota y yo podamos rebanarlo juntos. —

SCARS

Volteó el cuchillo y lo atrapó en la palma de su mano—. Puede que le guste verlo sangrar.

—Puede que le guste hacerle sangrar —dijo Elliot, y yo solté una carcajada.

No tenía ni idea de cómo habíamos podido tropezar con ella, una mujer que disfrutaba del derramamiento de sangre tanto como nosotros. Pero no me quejaba.

Peligrosos. Ricos. Corruptos.

The Triad #1

83



DANA ISALY

Quince

Scarlet

Me metí en la cama de Tristan después de colgar el teléfono con Elliot y me quedé dormida casi de inmediato. Había planeado quedarme tumbada viendo la televisión o algo así hasta que llegaran a casa. Tenía muchas ganas de preguntarle cómo había ido la reunión. Que Elliot fuera el que llamara me sorprendió tanto que olvidé preguntar qué había pasado. Así que le devolví el teléfono a Matthew, el guardaespaldas que me habían puesto, y me dirigí arriba.

Me desperté con el peso de la cama moviéndose y me di la vuelta para ver a Tristan, desnudo excepto por su calzoncillo, arrastrándose bajo las sábanas. Me rodeó con su brazo y me acercó a su pecho.

—¿Cómo ha ido?

—Demasiado fácil —murmuró contra mi cabello—. Tu padre es una pieza de trabajo.

—Por decirlo suavemente.

—¿Cómo has aguantado eso durante tanto tiempo?

—Realmente no tenía opción —suspiré—. ¿Qué se supone que debía hacer? ¿Huir? —Me reí, y él me sorprendió atrapándolo con su boca. Sus labios eran suaves contra los míos mientras me acariciaba el cabello. Su delicadeza me dejó sin aliento. Cuando se apartó, me miró a los ojos, y la compasión que había en ellos hizo estallar mi temperamento. Suspiré y me separé de él.

—¿Algo más que deba saber sobre la reunión?

—Vaya —dijo, tirando de mí hacia su pecho—. ¿A dónde has ido?

—No necesito tu compasión, Tristan. —Era una mirada con la que estaba demasiado familiarizada. Cuando huyes sin un céntimo, luchas por llegar a fin de mes y pareces constantemente un vagabundo hambriento, ves mucho de eso—. Hice que mi vida después de él funcionara. Conseguí varios trabajos, gané mi propio dinero y tuve un techo sobre mi cabeza.

—*Scrumpto* —ronroneó mientras me agarraba la barbilla. Oírle llamarme preciosa en rumano fue suficiente para descongelar mi endurecido corazón—. No te miraba con lástima. Te miraba así porque me entristecía que no hubiéramos llegado a ti antes. Podríamos haberte ahorrado pasar

SCARS

por toda esa mierda. —Me apartó el cabello del rostro y pasó las yemas de sus dedos por mi espalda—. Me veo en ti, Scar. Viniste de una mala situación, pasaste por un infierno y saliste viva de ello. Y más fuerte. —Sus dedos se enredaron en las puntas de mi cabello.

Sonreí y le besé de nuevo. Sin palabras por lo amable que estaba siendo, me empujé hacia él y apreté mis caderas contra las suyas. Un gruñido puramente masculino salió de su pecho cuando profundizó el beso y pasó su lengua por la mía. Sus manos bajaron hasta mi trasero y lo apretaron con la suficiente fuerza como para saber que me saldrían pequeños moratones morados en la piel. Mi mano buscó su polla, pero me detuvo y rompió el beso.

—Scarlet, detente. —Su mano apartó la mía mientras sus dedos bailaban alrededor del dobladillo de mi camiseta—. Creo que te debo una, amor. —Las puntas de sus dedos encontraron mi raja desnuda, donde la humedad ya se había acumulado entre mis muslos. Podría haber gritado con la urgencia que sentía por ver lo que esos fuertes dedos podían hacer.

Uno de ellos se introdujo lentamente entre mis pliegues y realizó lentos círculos alrededor de mi clítoris, provocando un suave jadeo entre mis labios. Empujé mis caderas, intentando que me diera lo que quería, lo que necesitaba. Abrí los ojos y me encontré con que me miraba, bebiendo cada emoción fugaz que había. Su contacto visual me excitó aún más y me hizo sentir un nuevo calor en el cuerpo.

—Tristan... —supliqué. Él se limitó a sonreír y a meter un solo dedo en mi necesitado coño, y yo me apreté a su alrededor. La sensación fue lo suficientemente fuerte como para que me frotara contra su mano. Me encantaba que me acariciaran con ligeros toques tanto como que me ataran y azotaran. Su pulgar se dirigió a mi clítoris y lo presionó suavemente, burlándose de él, mientras su dedo entraba y salía de mí con una lentitud extrema. Mi cabeza se apoyó en su hombro y jadeé contra su piel desnuda, viendo cómo aquel antebrazo musculoso se tensaba y se movía contra mi cuerpo.

Introdujo otro dedo en mi interior y yo gemí en su hombro, mordiendo la dura carne hasta que sentí el sabor de la sangre. Siseó y empujó el pulgar en círculos más rápidos mientras añadía un tercer dedo. Ahogué un grito al ver cómo los introducía profundamente en mi interior, enroscándolos y golpeando ese punto que me hacía cruzar los ojos. El ritmo constante que encontré con esos dedos de batería estaba a punto de llevarme al límite.

—¿Te gusta eso, nena? —*Que Dios me salve.* Nunca había permitido que nadie me llamara nena, pero al salir de sus labios, con su aliento caliente contra mi oreja y sus malditos dedos llevándome al precipicio, era lo más sexy que había oído nunca.

—Tristan... —gemí contra su boca. Le rodeé el cuello con las manos y mis dedos tiraron de su suave cabello.

SCARS

—Contéstame —dijo, frenando de repente sus dedos.

—Sí.

—¿Sí qué? —Me mordió el labio y se lo metió en la boca.

—Sí, señor.

—Buena chica —murmuró—. Qué buena zorrita eres. Monta mis dedos, nena.

Sus dedos volvieron a acelerar su ritmo mientras un nuevo calor se apoderaba de mi cuerpo ante sus palabras. La presión aumentó y nuestras respiraciones se mezclaron. Me observó con los ojos entrecerrados mientras mi cuerpo se relajaba y se tensaba al mismo tiempo. Mi cabeza se echó hacia atrás y dejé que el orgasmo fluyera por mi sangre, haciendo que los dedos de mis pies se curvaran y mis muslos se apretaran contra su mano, su nombre fue un susurro en mis labios. Me observó a través de ello, sus dedos nunca disminuyeron hasta que empecé a retorcerme, la sensación en mi clitoris demasiado intensa.

—Joder, Scar —dijo mientras retiraba lentamente su mano. Respiré hondo y dirigí de nuevo mis ojos a los suyos. Se llevó cada uno de sus dedos a la boca, uno a la vez, saboreando mi sabor. Mi mano pasó de su hombro a su pecho duro y sus abdominales, y empezó a jugar con la cintura de su bóxer.

—Scarlet —dijo, poniendo una mano firme sobre la mía—. Necesitas dormir. Tienes que entrenar temprano por la mañana. —Me besó la frente—. Y no soy tan egoísta como para esperar algo a cambio cada vez. —Me dio un rápido beso en los labios y luego me apretó contra él, acurrucándome bajo su barbilla—. ¿Cómo te las arreglas para seguir oliendo a gasolina después de ducharte?

—¿Lo hago? —Me reí y traté de olerlo en mi cabello.

—Lo haces. Me gusta. Es reconfortante.

—Bien, definitivamente hay algo que investigar ahí. —Le besé por el pecho y por la clavícula hasta el hueco de su garganta. Era imposible estar tan cerca de él y no tener mi boca sobre su cuerpo—. Dijiste que no habías tenido un buen comienzo en la vida —dije, cambiando de tema—. Háblame de eso. —Lo sentí dudar, pero si querían que confiara en ellos, iba a necesitar que se abrieran conmigo. Necesitaba sentirme parte de ellos.

—Me dejaron en la puerta de un orfanato cuando era un bebé. —Sus dedos recorrieron en círculos sin sentido por mi espalda—. Una vez que ese lugar cerró, todos los niños fuimos puestos en diferentes hogares de acogida. Nunca tuve uno bueno. Desde que tengo uso de razón, siempre estuve con alguien que no podía permitirse alimentarnos porque todo el dinero se iba en drogas y alcohol. Tuve un padre de acogida que nos tenía encerrados en el sótano toda la noche y la mayor parte del día. Las duchas eran una rareza, y nuestro retrete era un solo cubo en un rincón.

Estaba horrorizada. Pensar en Tristan de pequeño, encerrado en un sótano, sin saber nunca lo que era el amor o la familia, era suficiente para que me doliera la garganta ante la amenaza de las lágrimas. Sabía que no podía mirarle o vería la tristeza en mi rostro. Había comparado nuestras vidas, pero yo crecí en una vida de lujo. Puede que mis padres no fueran los mejores. Puede que mi padre haya intentado matarme, pero nunca estuve encerrada en un sótano, privada de la vida, con un cubo en una esquina.

—De todos modos —continuó—. Estuve a punto de huir a los catorce años. Sinceramente, vivir en la calle sonaba mejor que cualquiera de las casas en las que me obligaron a vivir de niño. —Suspiró—. Pero entonces Elliot entró en escena. Se convirtió en mi amigo, mi hermano. Me dio un lugar al que ir cuando la vida en mi casa era demasiado. —Se encogió de hombros y sus manos se dirigieron a mi cabello.

»E hicimos lo que teníamos que hacer para sobrevivir. Sus padres estaban metidos en algo malo, y nosotros les seguimos la corriente. Descubrimos que éramos buenos en eso, realmente buenos. Todo creció a partir de ahí. Sebastian, el maldito loco, llegó más tarde. —Se rió para sí, y descubrí que me gustaba mucho el sonido.

—Y dijiste que la reunión de esta noche fue muy fácil. Entonces, ¿qué hacemos ahora? ¿A dónde vamos desde aquí? —Rodé sobre mi espalda, pero sus brazos permanecieron a mi alrededor. Para ser gánsteres despiadados, les gustaba mucho abrazarse.

—Me gustaría que lo supieras. Quiero que Elliot te lleve a un punto en el que sepamos que puedes manejar tu propia mierda. No es que no podamos protegerte, pero no estaremos cerca cada minuto del día. Necesito que Sebastian haga que tu puntería esté a la altura. No espero que seas un francotirador, pero quiero que seas capaz de disparar y darle a un objetivo en movimiento donde hay que darle.

—Soy excelente con un arma, gracias.

—Lo eres. Pero podrías ser mejor.

Le di un puñetazo en el bíceps con poco entusiasmo, y se limitó a reírse.

—¿Tienes algo bueno que decir?

—Hmmm —debió—. Eres bastante buena con la boca.

Volví a darle un puñetazo. Más fuerte, esta vez.

—Vete a la mierda. ¿Cuándo podré hacer cosas de verdad? ¿Salir de esta casa con ustedes en algún negocio real?

—Pronto.

—Sin compromiso.

—Hazte más fuerte. Mejora. Gánate nuestra confianza. Tengo algunas personas que tendrán los ojos puestos en tu padre, observando y esperando

SCARS

a ver cuál es su próximo movimiento. No confío en él. Y no puedo tener a ese maldito gordo muy lejos de la mira. —Volví a girar, apreté mi espalda contra su frente, y me reconforté con la sólida complexión de su cuerpo.

—Solo quiero pertenecer a algún sitio —admití—. Quiero una familia.

—Lo sé, Scarlet. Lo sé —me susurró—. Duerme un poco. Podemos hablar de estas cosas más tarde. No tenemos más que tiempo.

—Eso dices —dije entre un bostezo—. Pero podría venir por mí en cualquier momento. No bajes la guardia. Es más inteligente de lo que parece. Y ahora sabe dónde estoy.

—Puede que sepa que te tenemos, pero no sabe dónde estás.

Me encogí de hombros. Me besó en la nuca y acabé por quedarme dormida con el sonido de su respiración uniforme y los círculos que dibujaba suavemente por mi brazo.

SCARS

Dieciséis

Scarlet

The Triad #1

A la mañana siguiente, estaba entrenando con Elliot cuando Sebastian nos encontró. Elliot me tenía inmovilizada, con el rostro apretado contra la colchoneta, pero cuando Sebastian entró en la habitación, Elliot perdió la concentración y pude girar mi pierna y voltearnos, presionando el cuchillo imaginario contra su garganta. El sudor goteaba de mi rostro y del suyo. Hizo una mueca y me dejó ganar ese asalto.

—Te atrapé, perra.

Puso los ojos en blanco y me empujó. Aterricé con fuerza sobre mi trasero con un golpe.

—Nos han dicho que Derek y su equipo estarán en el centro esta noche. Vamos a ir —dijo Seb.

Elliot asintió y empezó a quitarse la cinta de las manos.

—¿Quién es Derek? —pregunté.

—El jefe de una banda rival que ha estado tratando de entrar en nuestro comercio de drogas. Pero cortan su mierda con Fentanyl para hacer más, para que parezca más barato —explicó Sebastian—. Y eso no nos gusta.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —Elliot se burló de mí—. ¿Qué? —pregunté. A veces, la forma en que me miraba me hacía desear darle un puñetazo en su bonita boca, arrancarle algunos de esos dientes y rebajar su aspecto a un nivel humano.

—No te vamos a decir una mierda —dijo mientras se levantaba la camiseta para limpiarse el sudor del rostro, y yo casi me tiro a la colchoneta solo por intentar verlos bien—. Te quedarás en casa como una buena niña y tendrás niñera.

—En realidad, El... —interrumpió Sebastian.

—Oh, tienes que estar bromeando —dijo Elliot al mismo tiempo que yo gritaba:

—¿Puedo ir?

Peligrosos. Ricos. Corruptos.

SCARS

—Ella puede venir —dijo Sebastian con una sonrisa. Me miró como si fuera la mañana de Navidad—. ¿Preparada para jugar, mascota? ¿Practicar un poco antes de tu debut? Tal vez puedas derramar algo de sangre de nuevo esta noche.

—¡Oh, sí! —dije—. Déjame ir a cambiarme. Huelo a sudor.

—Resulta que me gusta tu sudor —dijo, agarrando mi bíceps mientras pasaba por delante de él. Inclino su nariz hacia mi cuello y me lamió desde el hombro hasta la oreja, enviando calor por todo mi cuerpo.

—¿Cómo convenciste a Tristan para que la dejara venir? —preguntó Elliot, rompiendo nuestra pequeña burbuja.

—No lo hice —dijo, soltando mi brazo y tirando de mí bajo el suyo—. Fue idea de Tristan, así que, si tienes algún problema, puedes plantárselo a él. —Me dio la vuelta y me llevó a la puerta—. ¡Salimos a las seis! —gritó por encima del hombro.



Todo el trayecto hasta la ciudad estuvo lleno de música fuerte y furiosa y absolutamente ninguna conversación. Había corrido hacia el auto, empujando el gran trasero de Elliot para llegar al asiento delantero pensando que podría tener algún tipo de control sobre la radio, pero Tristan me miró con firmeza y negó. No había visto muchas de sus miradas de miedo desde aquella primera noche, pero aquella era definitivamente una que iba a obedecer. Me pregunté qué me haría esa mirada en la cama y archivé mentalmente ese pensamiento para otra ocasión.

Llegamos a un almacén abandonado con Corpse sonando en los altavoces, y su profunda voz me llenó el cuerpo de energía nerviosa. Por fin empecé a sentir mariposas en el estómago. No podía creer que me hubieran dejado venir. Las pistolas apoyadas en mis costados se sintieron más pesadas cuando llegamos a un rincón oscuro que parecía haber sido utilizado como muelle de carga. Tristan me había armado con dos pistolas, que era todo lo que se me permitía para esta pequeña excursión. Pero también me había dado un par de cuchillos que llevaba atados a los tobillos, ocultos por las botas. Tristan bajó el volumen de la música.

—¿Aquí es donde vamos? Cuando dijiste centro, pensé que sería como un bar o un restaurante o algo así. —Sentí que tres pares de ojos se clavaban en mi rostro, pero los ignoré y seguí mirando hacia el almacén. Elliot se rió y murmuró algo en voz baja que no parecía un cumplido.

SCARS

—¿Pensaste que habría una operación de tráfico de drogas en un bar? ¿Dónde van a fabricar drogas en un bar? —preguntó Elliot.

—Vaya, vaya —dije, volviéndome hacia ellos—. Pensaba que cuando hablábamos de esto íbamos a interceptarlos vendiendo la droga y a darles un buen susto. ¿Estamos entrando literalmente en el corazón de su maldito negocio?

—Sí, nena —dijo Sebastian como un cachorro emocionado—. Córtalos por las pelotas.

Exhalé un suspiro.

—De acuerdo entonces —dije, recogiendo mi cabello en un moño—. ¿Cuál es el plan?

—El plan es... —dijo Tristan, observándome con ojos entrecerrados—. El plan es que nos sigas, pero te quedes atrás. No quiero que sepan que estás con nosotros. No quiero que te vean.

—Entonces, ¿por qué demonios estoy aquí? Pensé que había venido para ayudar.

—¿Y cómo vas a ayudar, princesa? —preguntó Elliot. En la boca de Seb, princesa sonaba sexy. En la de Elliot, sonaba como un insulto. Puse los ojos en blanco.

—Parece que piensan que soy una especie de princesa mimada que no ha levantado un dedo en su vida. Quiero que sepan que crecer en una vida como esta te endurece. El hecho de que venga de la riqueza no significa que haya nacido con una cuchara de plata en el trasero. Se esperaba que aprendiera a llevar un negocio, a luchar y a disparar a matar. Así que discúlpennme si supuse que se me daría algún uso en lugar de tener que quedarme mirando como una especie de ama de casa de los años cincuenta.

Tomé aire y los miré a todos. Sebastian y Tristan parecían cachorros regañados, pero Elliot se limitaba a estar sentado, con los brazos cruzados y una jodida sonrisa de satisfacción en el rostro que me daba ganas de arrancarla de un manotazo.

—La decisión está tomada. Quédate atrás. Sé una sombra. Vamos. —Elliot abrió su puerta y salió. Los otros chicos siguieron su ejemplo, y yo me arrastré fuera con un resoplido, todavía enojada porque no iba a ver ninguna acción. Me sentía preparada. Claro, no había estado entrenando con Elliot durante meses, pero era una estudiante rápida y sabía que podía manejarlo. Y Seb había agudizado mis habilidades de tiro. Sabía que podía ayudar, joder, e iba a tener que demostrárselo.

Seb enroscó un silenciador en el extremo de una de las muchas armas que llevaba atadas al cuerpo. Le había visto ponerse cada una de ellas antes, y me había excitado tanto que había salido de la habitación para tomar una ducha fría antes de vestirme. Últimamente había dejado de cuestionar la

mierda que me ponía cachonda. Estaba claro que estaba jodida de la cabeza, pero ellos también, así que daba igual. Me gustaba lo que me gustaba.

Apuntó el arma a la gruesa cadena que mantenía cerrada una de las puertas laterales y disparó. Al primer intento, esa cosa cayó en un montón en el suelo. Cuando le miré, se limitó a guiñar un ojo y me empujó detrás de él mientras todos se filtraban dentro delante de mí. Mis ojos tardaron un minuto en adaptarse a la oscuridad. Fuera estaba oscuro y no había ninguna luz encendida, así que me agarré a la espalda de Seb y les seguí por los pasillos vacíos.

—Inteligencia dice que están en la planta baja —susurró Tristan por nuestra línea de cuerpos—. Cuando lleguemos abajo, Scar, quiero que te mantengas oculta, pero vigila si hay alguien que no esté en la sala principal. Avisa con un silbido si ves que viene alguien. No, repito, *no* te enfrentes. ¿Entiendes?

Le miré fijamente a través de la oscuridad. ¿Le había oído bien?

—¿Acaba de decir *la plana baja*? —pregunté.

Seb se rió.

—Es lo que él llama el sótano. —Contuve mi propia risa y oí un suspiro exasperado procedente de la primera fila.

—¿Puedes aceptar nuestras condiciones, por favor? ¿Estar escondida, estar a salvo? —Tristan casi sonaba avergonzado.

—Sí, señor —dije con voz dulce. Tanto Sebastian como Tristan gimieron. Seb se agarró la entrepierna y volvió a mirarme.

—No digas esas cosas ahora, princesa. Estoy tratando de concentrarme, y no puedo hacerlo si quiero arrancarte ese ajustado pantalón de cuero y follarte contra la pared. —Apreté los muslos al pensarlo, pero me limité a asentir. Su mirada era demasiado seria.

—¿Podemos, por favor, irnos y acabar con esto? Los dos pueden mojar su polla cuando lleguemos a casa —suspiró Gruñón.

—¿Al mismo tiempo? Sí, por favor. —Dos gemidos más de Tristan y Seb.

—¿Es una promesa? —preguntó Seb. Me reí y le empujé para que siguiera a los demás. Pero sí, definitivamente era una promesa. Tal vez esa podría ser su recompensa si salía viva de allí.

Bajamos al sótano, cada paso más precario que el anterior con la luz menguante. Cuando doblamos la esquina, una suave luz amarilla empezó a impregnar la oscuridad. Observé las espaldas de los chicos, tensas por llevar sus armas al pecho, y los seguí, tratando de mantenerme contra las paredes para confundirme con las sombras. Cuando salimos sigilosamente del hueco de la escalera por una puerta, había música que salía de unas puertas dobles al final del pasillo.

SCARS

—Bueno, al menos sabemos que no nos van a oír llegar —murmuré en la espalda de Seb—. ¿Es eso... Nickelback? —Hice un ruido de arcadas, y sentí a Seb reírse a través de mi agarre en su camisa. No me había dado cuenta de que seguía agarrada a él. Desenganché los dedos y dejé que mis manos cayeran a mis costados.

—Sí, eso es Nickelback —confirmó.

—Qué asco.

Nos acercamos a las puertas, y salí de la fila, moviéndome hacia la esquina donde podía ser casi invisible a menos que alguien me buscara. Desde ese lugar, podría ver si alguien se acercaba a esas puertas desde cualquier ángulo. Tristan me miró y asintió.

—Mantente oculta. Mantente a salvo.

—Sí, sí, lo tengo. No te metas por medio. —Se acercó y tomó mi rostro entre sus manos. La mirada en sus ojos me dejó sin aliento. Y entonces, cuando me besó, me di cuenta de por qué estaba siendo tan molesto. Estaba preocupado. Rompió el beso y me miró—. Deja de preocuparte por mí. Tienes que concentrarte para mantenerte a salvo —susurré para que solo él pudiera oírlo. Asintió y se dirigió de nuevo a los chicos.

—Muy bien, cuando atravesemos esas puertas, mantened los ojos abiertos y las armas preparadas. —Sebastian y Elliot asintieron. Tristan exhaló un suspiro y luego se volvió hacia las puertas dobles con los otros dos a su espalda.

Abrió las puertas de una patada y entró pavoneándose como si fuera el dueño del lugar. Sebastian me miró brevemente y me guiñó un ojo antes de entrar tras ellos. En cuanto se abrieron las puertas, un suave olor floral, pero también muy químico, salió a flote, y casi me atraganté con el enfermizo y dulce aroma. No pude escuchar mucho con la música que sonaba en la habitación y, una vez que las puertas se cerraron de nuevo, quedé completamente aislada de las conversaciones que se estaban produciendo.

Respiré profundamente, tratando de ralentizar los latidos de mi corazón para poder escuchar cualquier ruido que no viniera de dentro. Me movía de un pie a otro, con la energía nerviosa recorriendo mi cuerpo. Tenía que haber más gente en este lugar. Era enorme, y era imposible que los jefes estuvieran en esa habitación. Pero tampoco era posible que la dejaran sin protección.

No habían pasado ni treinta segundos cuando oí unas pisadas en la escalera. Joder. Saqué las dos pistolas de las fundas y las apunté a la puerta que acabábamos de atravesar hacía apenas unos minutos. A la mierda con los silbidos, no iba a dejar que una horda de hombres irrumpiera por esas puertas y posiblemente matara a uno de los chicos.

—Oh, mierda —susurré cuando la puerta se abrió de golpe. Una persona tras otra corrió a través de ella. Debían de ser al menos diez,

SCARS

corriendo por el pasillo y en dirección a la guarida del crack. Ni siquiera pensé, simplemente empecé a disparar. Apunté a los pechos y a las frentes, viendo cómo cada uno caía al suelo como un maldito saco de patatas. Disparé tan rápido que apenas tuvieron tiempo de responder. Pero yo estaba escondida, así que ni siquiera podían apuntar. Tal vez Tristan tenía razón después de todo.

Me reí cuando el último miró hacia la esquina donde estaba, prácticamente cagándose al darse cuenta de que todos sus hombres estaban ahora muertos en el suelo. Apunté por última vez y le metí una bala entre los ojos. Soplé sobre el cañón como si estuviera en una vieja película del Oeste y sonreí. *Eso fue divertido.*

Y entonces empezaron a sonar disparos detrás de las puertas. Las puertas que mis chicos habían atravesado. *Mis chicos.* Sonreí y me acerqué a uno de los hombres que estaban en el suelo y pasé los dedos por el cálido charco de sangre. Me lo pasé por las mejillas como si fuera pintura de guerra, agarré dos rifles y abrí las puertas de una patada.

SCARS

Diecisiete

Elliot

The Triad #1

—¡Cariño, estoy en casa! —gritó mientras irrumpía por las malditas puertas como el maldito Rambo. La música ahogó la mayoría de sus palabras, pero todos entendimos lo esencial. Esta zorra estaba jodidamente loca y definitivamente tenía ganas de morir al irrumpir en un antro de crack a ciegas de esa manera. Pude sentir que todos nos quedamos quietos en medio de la pelea para mirarla.

¿Eso... eso en su rostro era sangre?

El tipo al que acababa de derribar lanzó la pierna y golpeé con fuerza el suelo. *Joder*, pensé. Era una distracción demasiado grande para tenerla cerca. Una vez que caí, se tomó un momento para recorrer con la mirada su cuerpo.

Le disparé en el ojo.

Peligrosos. Ricos. Corruptos.

SCARS

Dieciocho

Tristan

The Triad #1

Se había embadurnado de sangre todo el maldito rostro como si fuera pintura de guerra. Realmente hacía que esos ojos azules resaltaran. Tenía una amplia sonrisa y sostenía dos rifles semiautomáticos que definitivamente no eran nuestros, amartillados contra sus caderas. ¿Había usado ya toda la munición de las armas que le había dado? ¿Veinte malditos cartuchos? ¿A cuántos hombres había matado frente a esas puertas en los cinco minutos que la habíamos dejado sola? La polla se me endureció ante la imagen mental que me produjo.

El tipo con el que había estado forcejeando me dio un buen puñetazo, y el dolor que me recorrió la mandíbula fue suficiente para devolverme al presente. Muchos de los trabajadores habían salido corriendo cuando irrumpimos, pero los altos cargos que estaban aquí se quedaron para intentar proteger su negocio. Habíamos conseguido lanzar unos cuantos disparos antes de que la cosa se convirtiera en una auténtica batalla.

Sus ojos azules me encontraron y sonrió.

SCARS

Diecinueve

Sebastian

Mi propio demonio personal entró por esas puertas, con las malditas armas en ristre, cubierta de sangre y chorreando sexo. Podría haberla tirado sobre de los cadáveres y la sangre a mis pies y follármela allí mismo. Joder, estaba preciosa. Apartó algunos cabellos de su rostro con una de las armas y le guiñó un ojo a Tristan antes de buscarme. Sus ojos recorrieron mi cuerpo hasta encontrar mi polla dura como una roca. Se lamió los labios y volvió a mirarme a los ojos.

Oh, sí. Definitivamente iba a llenar esa boca más tarde.

SCARS

Veinte

Scarlet

The Triad #1

La parte de “cariño, estoy en casa” no funcionó tan bien como imaginé. Esperaba al menos unas cuantas risas, pero los tres se limitaron a mirarme como si hubiera perdido la cabeza. Tal vez fue la sangre que tenía en el rostro, pero al menos podrían haberme sonreído. Malditos egoístas.

Todos se detuvieron en medio de sus peleas individuales para mirarme, y mi ego lo absorbió como una esponja. Esperaba que fuera un caos cuando entrara. Pero cuando miré a mi alrededor, prácticamente habían sometido o matado a todos los que quedaban en la sala. Sin embargo, el olor era terrible. Me picaba la nariz.

Elliot estaba forcejeando en el suelo con un tipo y, finalmente, se hartó y apretó el cañón de su arma contra su frente y disparó. La sangre le salpicó el rostro y se desplomó en el suelo, jadeando y agarrándose el costado. Su mano se tiñó de rojo y corrí hacia él, arrodillándome a su lado.

—Joder, ¿te has dejado apuñalar? —le pregunté mientras le retiraba la mano del costado. Hizo una mueca de dolor, pero me dejó levantarle la camisa para mirar. El corte estaba desgarrado y sangraba con cada respiración entrecortada que hacía.

—Estoy bien. Quememos este maldito lugar y vayámonos —dijo. Puse los ojos en blanco, me quité las fundas de las armas y me pasé la camiseta por encima de la cabeza. Sus ojos se desviaron hacia mi sujetador deportivo, donde podía sentir mis pezones tensos por el frío. Gimió y echó la cabeza hacia atrás. Yo solo sonreí.

—Cállate. No vas a ir a ninguna parte hasta que esto esté cubierto para intentar detener la hemorragia. —Enrollé la camiseta y la puse contra la herida. Llevaba manga larga, así que las estiré a través de su duro estómago y luego bajo su espalda y las até en el lado opuesto. Tuve que estirarlas y tirar de ellas para que funcionara, pero al menos presionaba firmemente contra la herida.

Justo cuando terminé, “*Crazy Bitch*” de Buckcherry empezó a sonar por los altavoces, y un nuevo grupo de tipos echó abajo las puertas por las que acababa de entrar.

SCARS

—Bueno —dije, recogiendo mis armas de nuevo y arrastrándome por encima de Elliot para bloquear su cuerpo de un nuevo ataque—. Al menos tienen buen gusto musical. —Antes que pudieran verme, apunté y disparé a cuatro de ellos. Sus cuerpos se desplomaron en el suelo, pero cuando intenté disparar a los otros dos que habían irrumpido, Elliot me agarró por la cintura, haciéndome caer sobre su cuerpo hasta que estuvo sobre mí. Los disparos que había efectuado antes de que me hiciera rodar resonaron en el techo.

—¿Qué demonios, Elliot? —Su cabello caía lacio alrededor de su rostro, y sus ojos eran tan oscuros que casi parecían negros mientras me miraban. Todo su cuerpo estaba pegado al mío, con sus antebrazos a cada lado de mi rostro para sostenerse. Hizo una mueca por el dolor en el costado. Intenté zafarme, pero era como estar debajo de una casa. Se oyeron más disparos desde el otro lado de la habitación.

—Para. De. Moverte. —Su voz era profunda y áspera. Lo sentí endurecerse contra mi vientre y sonreí.

—¿Contento de verme, cariño? —Me acerqué y le di un beso en la nariz—. Ahora, quítate de encima —dije antes de presionar mis dedos en su herida. Dejó escapar un grito no muy masculino antes de apartarse. Sabía que era un golpe bajo, pero no iba a impedirme ayudar a los demás. Me incorporé y tomé una de las mesas que había cerca. La volqué, esparciendo las provisiones de droga por el suelo, y la empujé delante de los dos. Me asomé por encima y una bala pasó volando por mi cabeza.

—Mierda —murmuré, dejándome caer de nuevo tras la mesa—. ¡Casi me disparan en el rostro! —exclamé a Elliot y me reí. Él se limitó a gemir y a observarme con una mirada de muerte. Probablemente iba a pagar por ese pequeño movimiento más tarde.

Valió la pena.

Me sentía un poco maniaca con toda la adrenalina que corría por mis venas. Intenté estabilizar mi respiración mientras oía más disparos. Miré hacia donde había visto por última vez a Tristan y Seb. El primero se estaba agarrando lo que parecía una herida pequeña en el brazo, mientras que el segundo había podido acabar con el resto. Seb se agachó para ver la herida de Tristan y me dio una buena imagen de su trasero que agradecí.

Apartando los ojos de su torneado trasero, miré alrededor de la habitación, haciendo un recuento de cuántas personas habíamos matado en el lapso de quince minutos. Eran muchas. Estaba realmente impresionada. Me apreté la nariz ante el hedor de la sangre seca que tenía en el rostro. Empezaba a picarme de verdad ahora que se estaba formando una costra. Probablemente debería haber pensado en eso antes de decidir embadurnarme las mejillas. Había llegado a la cuenta de diez cadáveres cuando vi que alguien intentaba alcanzar una pistola, con los dedos tensos por el esfuerzo.

SCARS

Me levanté de detrás de la mesa y le observé. Estaba tan concentrado en agarrar el arma sin ser visto por Sebastian y Tristan que ni siquiera me notó acercarme. Solo había dado unos pasos antes de que sus dedos agarraran por fin la pistola y la levantara lentamente. Apuntaba directamente a Seb.

Vi todo rojo. Todo pensamiento racional salió volando de mi cabeza. Podía oír mi sangre rugiendo en mis oídos.

—Hola —dije lo suficientemente alto como para que me oyera por encima de la música que seguía sonando. ¿Alguien iba a apagar eso? Giró la cabeza hacia mí, y la pistola le siguió rápidamente. Tuve la vaga sensación de que me empujaban en el hombro, con fuerza. Me di cuenta de que me había disparado. El maldito me había disparado. Una vez que reconocí lo sucedido, el dolor me atravesó como un atizador al rojo vivo.

—Hijo de puta —dije en voz baja. Vi cómo su dedo apretaba el gatillo un par de veces más en señal de pánico mientras me acercaba a él, pero no salió nada. Sentí que una sonrisa sádica se dibujaba en mi rostro. Debí poner una expresión de muerte, porque el imbécil se meó encima cuando por fin le alcancé y le quité el arma de la mano de una patada. Gritó de dolor y mi sonrisa no hizo más que aumentar. Me coloqué a horcajadas sobre su cintura, muy por encima del charco de pis, y agarré uno de los cuchillos de mi bota.

—Intentaste matar a mis chicos —dije con dulzura mientras abría la hoja y la admiraba. Levantó las manos y balbuceó algo sobre su arrepentimiento—. Demasiado tarde, llorón —añadí antes de clavarle el cuchillo en el costado de la garganta. No sabía muy bien dónde estaba la carótida, pero estaba segura de haberla tocado por la cantidad de sangre que salía de la herida y llegaba a mi mano.

Le saqué el cuchillo del cuello mientras de su boca salían ruidos de gorgoteo. Me eché hacia atrás y lo apuñalé de nuevo. Y otra vez. Una por cada uno de mis chicos. Y otra por el imbécil que intentó violarme. Otra por el padre que intentó matarme. Y otra vez. Y otra vez. Y otra vez. Perdí la cuenta de cuántas veces lo apuñalé.

Todo lo que podía sentir era el desgarrar de la carne y el músculo. Su cuerpo se retorció entre mis piernas con cada puñalada. Se me nubló la vista y tenía la garganta tan seca que me dolía. Me di cuenta de que estaba llorando. Y gritando. Levanté el brazo bueno por encima de la cabeza, agarré el cuchillo con tanta fuerza que mis dedos se volvieron blancos debajo de toda la sangre, y luego lancé mi peso detrás de cada empuje en su cuerpo. Era una mujer poseída. Se lo clavé por última vez en el pecho con un último grito. Mi cuerpo se estremeció con los sollozos.

—Scarlet.

—¡Qué! —Giré la cabeza, con la mano aún ensangrentada, aferrada al cuchillo clavado en el pecho del tipo, y el otro brazo colgando sin fuerza a

SCARS

mi lado. Seb estaba agachado detrás de mí, con los ojos suaves pero otras partes de él muy, muy duras. Me lamí los labios y el sabor férreo de la sangre me cubrió la lengua.

—Está muerto, cariño. —Extendió la mano y agarró mi brazo malo, tirando de mí hacia su regazo. Grité por el dolor, pero eso solo pareció estimularlo. Sus ojos eran como los de un animal salvaje, casi depredador. Me pasó las manos por el rostro y luego por el cuello. Podía sentir la sangre fresca manchando mi piel. Sus ojos se calentaron al encontrar la herida de bala. Me dio un fuerte apretón y gemí mientras caían más lágrimas por mis mejillas, pero mi coño palpitaba por el dolor. Sonrió como si supiera lo que me estaba haciendo. Como si supiera lo jodida que estaba por el hecho de que el dolor de recibir un disparo y el acto de matar a alguien me habían mojado.

Mis manos se alzaron y agarraron su rostro, aplastándolo contra el mío. Separó su boca al instante. No fue un beso; fue una pelea. Nuestras lenguas lucharon mientras nuestros dientes chocaban. Sentí el sabor de mis lágrimas, de la sangre por la rudeza de nuestro beso o del cadáver que estaba a nuestro lado, no importaba, y algo que era absolutamente Seb. Me encantaba su sabor, y giré mis caderas contra él para demostrarle cuánto.

Una mano se aferró al moño de mi cabeza y tiró hacia atrás, rompiendo el beso. Sebastian no le hizo caso y continuó besando, lamiendo y chupando mi cuello. Los latidos de mi corazón habían bajado directamente a mi coño. Podía sentirlo palpitando contra su cremallera.

Levanté la vista hacia la acalorada mirada de Tristan. Observó a Seb recorrer mi cuello y mi clavícula y luego volver a la mandíbula. Su agarre en el cabello se intensificó y gemí por el dolor en el cuero cabelludo. Sus ojos bajaron a mi pecho, donde sabía que el sujetador deportivo estaba haciendo maravillas con mi escote. Saqué pecho, queriendo que mirara, que deseara. Sus fosas nasales se abrieron y respiró profundamente, tratando de recomponerse. La áspera mano de Seb se había introducido bajo mi sujetador y hacía rodar un pezón entre sus dedos.

Mi orgasmo empezó a crecer. Sentí que mi rostro se sonrojaba, que el calor crecía en mi interior y que los escalofríos se extendían por mi piel. Jadeé cuando sus dedos encontraron el otro pezón. Tristan apretó los dedos en mi cabello y luego se inclinó hacia mí, reclamando mi boca con la suya. Me agarré a Sebastian con más fuerza, con mi coño pidiendo que lo liberara. Sentí que el rubor me subía por el cuello y me recorría el rostro.

Cuando Tristan rompió el beso, mis ojos encontraron a Elliot. Estaba de pie al otro lado de la habitación, observándonos a los tres y frotando ociosamente el bulto de su pantalón. La mano de Tristan me rodeó la garganta y apretó, bloqueando mi suministro de aire. Mi mirada se desvió hacia él mientras abría la boca y sacaba la lengua.

SCARS

—Buena chica —me arrulló y escupió en mi boca. Sebastian me retorció el pezón dolorosamente mientras me mordía el hombro. Mis ojos volvieron a encontrar los de Elliot mientras tragaba contra el agarre de Tristan.

—Córrete —ordenó Elliot. Y con una vuelta más contra la dura polla de Sebastian debajo de mí, lo hice. Los fuegos artificiales recorrieron todo mi cuerpo hasta los dedos de los pies, y casi grité de lo fuerte que me golpeó. El agarre de Tristan se relajó, y mi cabeza cayó sobre el hombro de Seb mientras intentaba respirar y recuperarme del orgasmo.

—Buen truco de distracción —dije contra su hombro. Se rió.

—Algo tenía que traerte de vuelta de donde quiera que hayas ido —dijo.

—Necesitamos que un médico vea tu herida de bala y la herida de arma blanca de Elliot —dijo Tristan.

Me despegué de Sebastian y me puse de pie sobre piernas débiles. Los seguí fuera de la habitación, subiendo las escaleras y saliendo del almacén, todos sudados y cubiertos de sangre. Probablemente debería haberme sorprendido más por el hecho de que acabara de correrme después de haber matado a más de una docena de personas, pero estaba demasiado agotada y dolorida como para que me importara. Y ya no iba a avergonzarme de lo que me había hecho bajar.

—Acomódala en el auto. Seb y yo nos encargaremos de este lugar —le dijo Tristan a Elliot.

—¡Hora del fuego! —chilló Sebastian con entusiasmo. Sacaron algunas cosas de la parte trasera del auto mientras Elliot abría la puerta trasera y me indicaba que entrara a gatas. Los otros dos entraron corriendo en el edificio.

—Acuéstate —ordenó Elliot. Con toda la cautela que pude sin poner peso en mi brazo malo, me retorcí y me acosté lentamente sobre los asientos. Cerró y se dirigió al otro lado. Cuando abrió la puerta, la parte superior de su cuerpo estaba desnuda, salvo por mi camisa envuelta en el vientre—. Aquí —dijo, levantando mi cabeza y poniéndola sobre su muslo después de subir.

Me cubrió el hombro con su camisa y aplicó tanta presión que mi cabeza se agitó por el dolor. Solté un fuerte gemido. Me iba a desmayar. Mi visión se estaba volviendo negra, y mi rostro y mi pecho se enfriaron y calentaron al mismo tiempo.

—Elliot... voy a...

SCARS

Veintiuno

Scarlet

The Triad #1

Durante toda una semana, ninguno de los chicos me dejó salir de la cama. Era jodidamente insoportable estar ahí tumbada viendo la tele y curándome. Sin embargo, me las arreglé para ver muchas temporadas de *Anatomía de Grey*.

El médico que tenían en nómina se cernía sobre mi hombro, pinchando aquí y allá y haciéndome levantar lentamente el brazo hacia arriba y hacia abajo. Todavía estaba muy rígido, pero había estado haciendo mis ejercicios todos los días y parecía estar mejorando. Apreté los dientes por el dolor y le dediqué una amplia y falsa sonrisa cuando me miró.

—Creo que estás bien para empezar a moverte de nuevo. Pero quizá debamos tomárnoslo con calma e intentar que no nos disparen. —El humor iluminó sus ojos y le regalé una risa de lástima.

—¿Y el entrenamiento? —preguntó Seb desde el otro lado de la habitación, donde había estado mirando. Había estado observando muy de cerca cada vez que el médico pasaba por allí solo para asegurarse de que sus manos no iban a ninguna parte que no tuvieran que ir. Para ser alguien que ya me había compartido con Tristan y que parecía estar de acuerdo con que Elliot también quisiera participar, era extremadamente posesivo.

—Necesita recuperar toda la amplitud de movimiento de este brazo antes de volver a hacer algo demasiado pesado. Nada que ponga demasiada tensión en el hombro izquierdo.

—Gracias, doctor.

El doctor asintió y recogió sus cosas.

—Iré a ver al señor Elliot ahora y luego me pondré en camino. Aviseme si necesita algo. ¿De acuerdo, señorita?

Sonreí y esperé a que saliera de la habitación para levantarme de las sábanas y dirigirme al baño. Sebastian me siguió. Había asumido el papel de cuidador, y la hora del baño parecía ser su momento favorito.

—¿Quieres que te folle ese precioso coñito, cariño? —Abrí el agua y luego me giré y me saqué la camiseta por encima de la cabeza con el brazo bueno, quedándome solo en bragas. Me reí mientras lo veía desnudarse tan rápido como era humanamente posible. Su erección sobresalía orgullosa de

SCARS

su cuerpo, con una gota de precum brillando ya sobre su piercing. Avanzó hacia mí, introduciendo sus pulgares en los laterales de mi tanga y tirando de él hasta el suelo para que me lo quitara.

Entró en la ducha y me apretó la espalda contra el frío azulejo. Solté un pequeño grito, pero con la cabeza de su polla presionando mi entrada, se convirtió rápidamente en un gemido. Seb me agarró la mandíbula y le clavé los ojos todo lo que pude mientras se deslizaba lentamente dentro de mí. En algún momento se me pusieron los ojos en blanco ante el puro gozo de que me llenara, de que arrastrara todos los nervios.

—Me encanta cómo te sientes alrededor de mi polla. Estás tan jodidamente apretada —gimió contra mi cuello—. Tenemos una reunión abajo con los chicos, así que esto va a tener que ser rápido, me temo.

—Oh, cállate y fóllame, Seb. —Le agarré el cabello mientras dejaba escapar un último gemido antes de salirse completamente de mí y volver a meterse de golpe. Me agarré a sus hombros con mi brazo bueno y a su cabello con el otro mientras me follaba hasta el olvido.

—¿Te gusta eso, preciosa? —Su aliento era caliente en mi oreja, y sus palabras me provocaron escalofríos—. ¿Eres mi putita sucia? —Dejé escapar un gemido mientras me penetraba. Me encantaba que me hablara así. Ni en un millón de años habría dejado que un tipo me hablara así fuera del dormitorio, pero en momentos como éste, iba directo a mi coño—. Contéstame. —Una ola de fuego se extendió por mi cuerpo

—Sí, señor —dije en su cabello que aún tenía agarrado—. Soy tu sucia putita. —Sabía exactamente lo que quería oír—. Fóllame más fuerte, por favor, Seb. Estoy muy cerca. —Yo era un desastre alrededor de su polla mientras su pulgar rodaba suavemente alrededor de mi clitoris. Levantó la cabeza y me miró mientras me apretaba el clitoris, y yo caí sobre el borde, con chispas encendidas en la base de mi columna vertebral y extendiéndose hacia los dedos de las manos y los pies.

—Joder —gimió. Me encantaba cuando estaba tan perdido en mí que ya no se molestaba en hacerse el duro. Como si no pudiera tener suficiente. Puede que fuera un pandillero duro, pero yo era capaz de ponerlo de rodillas. Con un nuevo empujón que casi me hizo atravesar la pared, se corrió dentro de mí, con su aliento jadeante contra mi cuello.

Le besé el cabello y me dejó deslizarme por su cuerpo, su polla se deslizó fuera de mí fácilmente con la liberación de ambos cubriéndola. Sus brazos me aprisionaron contra la pared y le sonreí. Recorrí con mis dedos sus cincelados abdominales y sus pectorales, siguiendo los contornos de sus tatuajes. Exhaló un suspiro y me miró con sus bonitos ojos marrones. Todavía me sorprendía lo guapo que era.

—Así que he querido preguntar... —Dejé que mi voz se cortara. Hacía tiempo que quería hablar con él sobre lo de compartirme, pero nunca me había parecido el momento adecuado. También podría atribuirlo a que soy

SCARS

una nenaza cuando se trata de comunicar mis sentimientos. Me encogí interiormente al pensarlo.

—¿Sí, cariño? —Se inclinó y me besó la mejilla, acariciando mi cabello.

—¿De verdad no te importa compartirme con Tristan? —Su boca se acercó a mi oreja y luego bajó por mi cuello, haciendo que mi aliento se atascara en mi garganta.

—¿Quién soy yo para hacerte elegir? —Me lamió el lateral del cuello—. Estoy feliz de compartirte si eso te hace feliz. No lo pienses demasiado. A Tristan y a mí nos importa una mierda. —Solté un suspiro de felicidad, contentándome con que esa fuera la verdad por el momento. Todavía iba a tener que hablar con Tristan al respecto, y si alguna vez era capaz de derribar los muros de Elliot, él también iba a tener que ponerse de acuerdo con esto. Mis chicos. Mi pequeño harén. Le sonreí.

—¿Quieres ayudarme a limpiarme para que podamos ir a esa pequeña reunión de la que hablabas? —Le besé el pecho, recorriendo con mi lengua su piel. Dio un pequeño escalofrío y luego me agarró el rostro para darme un beso de castigo. Su lengua se introdujo en mi boca, reclamándola como suya, recorriendo la mía. Nos hizo girar y me metió en el cálido chorro de agua, empapando mi cabello antes de soltarme la boca con un gruñido.

—Vamos a limpiarte, caramelito. —Me dio una palmada en el trasero y luego procedió a lavarme el cabello.



Los otros dos ya estaban sentados en el salón cuando Seb y yo bajamos las escaleras. Le había robado un pantalón de chándal y una de sus camisas. Todo olía a él y me cubrí la nariz con la camiseta mientras me acurrucaba junto a Tristan. Él me subió a su regazo y empezó a trenzarme el cabello.

Observé a Elliot desde el otro lado de la habitación. No lo había visto desde aquella noche en que ambos fuimos desterrados a nuestras respectivas habitaciones para curarnos. También tenía el torso desnudo y una gasa limpia en el costado donde lo habían apuñalado. Aparte de eso, tenía un aspecto perfecto. Me picaba el dedo por ir a jugar con su cabello, que había decidido llevar suelto. Le rozaba los anchos hombros y, cuando levanté la vista hacia su rostro, me devolvía la mirada. Le guiñé un ojo y me gané una mirada de complicidad.

Progreso.

SCARS

Me recosté en el pecho de Tristan cuando terminó de peinarme y dejé que me rodeara la cintura con sus brazos.

—Hoy me han dado el visto bueno —dije, quitándome la camiseta de Seb del rostro.

—A medias —corrigió Seb. Lo rechacé y me acomodé más en el regazo de Tristan. Tristan se rió y me dio un apretón.

—Muy bien, entonces, ahora que mis actualizaciones médicas están fuera, ¿cómo está la herida de arma blanca de Elliot?

—Está bien —gruñó. Puse los ojos en blanco.

—Bien —dije—. ¿Por qué tenemos una pequeña reunión familiar?

—Tenemos nueva información sobre Derek y los MadDawgs.

—Espera —interrumpí—. ¿Ese es el nombre de su maldita banda? —pregunté, riendo. Tristan asintió—. ¿Los MadDawgs⁹? Dios mío, qué nombre.

—Estoy de acuerdo, preciosa. Y no solo su nombre es una idiotez, sino que están demostrando ser igual de estúpidos. Nuestra nueva información nos dice que han decidido unirse a tu familia, Scar. Creemos que por eso empezaron a tratar de impulsar su agenda en nuestra área. Tu familia está tratando de afianzarse en nuestra ciudad, sin tener en cuenta nuestra tregua.

—Bueno, creo que lo vimos venir —dije.

—Lo hicimos. Pero eso no significa que esté menos molesto por tener que lidiar con ello ahora. Saben que fuimos nosotros los que entramos disparando, matando a gran parte de su banda, y luego quemamos su principal fábrica de drogas. Como mínimo, están enfadados —dijo Tristan entre risas. Me retumbó el cuerpo.

—¿Cuál es nuestro próximo movimiento? —preguntó Elliot desde el otro lado de la habitación.

—Mantener los ojos y los oídos abiertos. Asegurarnos de estar un paso por delante de cualquier plan que puedan tener. Por ahora se han quedado en silencio, probablemente tratando de reorganizarse después de que hayamos eliminado un punto tan importante de su operación. —Seb y Elliot asintieron—. Y también me gustaría conseguirle un trabajo a Scarlet. Necesita algo que hacer, y si va a formar parte de esta jodida familia, va a tener que aportar su granito de arena.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Sebastian mientras Elliot gemía simultáneamente. Sonreí al ver lo molesto que se ponía al ver que los otros empezaban a confiar en mí.

—Voy a llevarla hoy a la ciudad y a enseñarle la Torre.

⁹ Es un juego de palabras entre Mad dogs (perros rabiosos) y hawks (halcones)

SCARS

—¿La Torre? ¿Qué demonios es eso? —pregunté.

—La Torre es lo que llamamos nuestro edificio principal de negocios. Lo llamamos la Torre porque, literalmente, parece una torre. Es uno de los edificios más altos de la ciudad.

—¿Y qué planes tienen para mí allí?

—Voy a presentarte a algunas personas y luego dejar que conozcas a nuestro equipo de ciberseguridad. Y mientras lo haces, voy a hacer un trabajo muy necesario que he estado posponiendo en el tiempo que has estado aquí. También tengo algunas reuniones a lo largo de la tarde. —Las mariposas nadaban en mi estómago. Estaba extasiada de que por fin me confiaran algo en lo que realmente sería buena. Por fin podría ser útil.

—Ya era hora de que vieran mi valía —dije, alzando la nariz.

—Eso aún está por demostrar —murmuró Elliot.

—¿Cuándo nos vamos?

—En una hora. Así que ve a vestirme y a comer algo, y luego nos dirigiremos a la ciudad.

—¿Acaso tengo ropa tan bonita como la tuya para un ambiente de trabajo como ese? —Me mordí las uñas, un hábito nervioso que a veces volvía cuando me preocupaba algo nuevo. Tristan me agarró suavemente la mano y la apartó de mi boca.

—Nos hemos asegurado de que tengas cualquier combinación de ropa posible que puedas querer o necesitar. Pero esto no es una oficina corporativa, nena. Y aunque lo fuera, ahora eres una de nosotros, y eso significa que, si quisieras entrar allí desnuda, podrías hacerlo.

Resoplé.

—Avísenme primero si van a entrar ahí desnudos, por favor. Porque uno de nosotros tendrá que entrar primero y advertir a cualquiera que, si te mira, empezaré a romper extremidades —dijo Sebastian—. Pensándolo bien, Tristan, prefiero que nadie la mire —dijo sombríamente.

—¿Cómo se supone que voy a trabajar si nadie puede siquiera mirarme? —Resopló, haciendo un mohín. Me levanté del regazo de Tristan y me acerqué a Seb. Lo besé y le susurré al oído—. Si alguien me mira, puedes castigarme por ello después. —Le mordí la oreja y gimió. Me reí y corrí hacia las escaleras para prepararme antes de que pudiera agarrarme.

—¡Más vale que sea una maldita promesa! —gritó subiendo detrás de mí.

Veintidós

Tristan

Scarlet me miró y volvió a mirar la moto y luego a mí, con los ojos muy abiertos y emocionados.

—¿Podemos llevar eso? —Estaba prácticamente chillando. Pensé que la pobre chica necesitaba algo de emoción después de haber estado atrapada en su cama durante la última semana. Así que decidí sacar la Ducati y dejar que se divirtiera.

—Lo hacemos —dije, y le entregué un casco. Se veía muy sexy con ese casco bajo el brazo, caminando alrededor de la moto con estrellas en los ojos. Iba vestida con botas moteras de tacón, vaquero negro rasgado y una especie de top suelto que dejaba ver todos sus bonitos tatuajes cuando no llevaba la chaqueta de cuero.

—Es preciosa —murmuró mientras pasaba las manos por la moto.

—¿Lista para salir?

—¡Sí!

—¿Has montado antes en una moto como esta? —Puso los ojos en blanco ante mi pregunta y se abrochó el casco—. Solo me estoy asegurando de que sabes montar, perra. —Le sonreí. Se echó hacia atrás y me dio un fuerte puñetazo en el brazo.

—Cállate y súbete a la moto, Tristan —dijo y bajó la visera. Me puse mi propio casco y pasé la pierna, inclinándome hacia delante para que ella pudiera subirse también. Su pequeño cuerpo encajaba perfectamente en la moto y se abrazaba al mío como un koala. Giré la llave y aceleré el motor, sintiendo el ronroneo de la moto bajo nosotros. Los muslos de Scar se apretaron a mi alrededor y sonreí para mis adentros.

Sí, este va a ser un viaje divertido.

Nos pusimos en marcha hacia la ciudad, y sentí que se agarraba a mi cintura con un poco más de fuerza hasta que se acostumbró a la sensación. Durante un tramo recto, se apartó de mi cuerpo, extendió las manos hacia los lados y echó la cabeza hacia atrás. No pude oír su risa, pero pude sentirla mientras volvía a sujetarse con fuerza. Me gustaría poder ver su aspecto bajo la visera, con una amplia sonrisa y el rostro rosado por la emoción.

SCARS

El viaje a la ciudad fue relativamente largo, pero me encantó cada momento. La llevé por todas las carreteras tranquilas que pude para que pudiéramos ir tan rápido como quisiera. No es que me preocupara que me multaran; teníamos a la policía en el bolsillo, pero la parada habría sido molesta.

Cuando llegamos a la Torre, entré en el estacionamiento subterráneo y en mi zona privada, cerrada con llave. Se bajó de la moto y se quitó el casco. Su cabello se había soltado de la trenza y estaba en todos los ángulos. La alegría se reflejaba en su rostro, desde su sonrisa hasta sus ojos brillantes. Era hermosa. Y los tres estábamos en la mierda. Me quité el casco y lo colgué del manillar antes de agarrarla por la cintura y acercarla a mí. Necesitaba probarla, saborear esa felicidad.

Me pasó su brazo bueno por los hombros y me besó. Dios, qué bien olía. Siempre olía a algún tipo de flor, pero debajo de eso, estaba ese toque de gasolina. Era tan *Scarlet* que me hacía doler el pecho. Su lengua rozó la mía y la apreté un poco más contra mí antes de que terminara el beso y se apartara.

—Vamos a trabajar, jefe. —Colgó su casco del otro manillar, y cerramos el garaje al salir y entrar en el ascensor—. ¿Cuántos pisos hay?

—Setenta y tres.

—¿Y en qué planta estaré yo?

—Setenta y tres —volví a responder.

—¿La gente de ciberseguridad es tan importante como para estar en el último piso? —Su nariz se arrugó. Extendí la mano y la apreté. Rápida como un relámpago, extendió la mano y retorció mi dedo lo suficiente como para que le doliera.

—No me aplastes la nariz, imbécil.

—Pero es muy bonita. —Le guiñé un ojo antes de zafarme de su agarre y retorcerle el brazo por la espalda para empujarla contra la pared del ascensor. Ella gruñó y luchó contra mi agarre, pero yo era demasiado fuerte para ella, especialmente con su hombro debilitado—. ¿Lista para disculparte por ese pequeño arrebató?

—Que te jodan. —Sonreí y apreté mi entrepierna contra su trasero, donde podría sentir lo mucho que estaba dispuesto a follarla. Mi polla se estremeció ante la idea de tomarla por detrás allí mismo, en el ascensor. Ella apretó su trasero contra mí lo suficiente para decirme que también lo deseaba.

—En otra ocasión, amor —le susurré. Le di una palmada en el trasero con la otra mano y la solté.

SCARS

—No has respondido a mi pregunta —dijo, poniendo los ojos en blanco mientras me miraba ajustarme. Tenía que controlarme antes de que se abrieran las puertas y todo el mundo viera mi erección.

—No. La gente de ciberseguridad no está en el último piso. Pero yo sí. Así que ahí es donde espero que estés.

—¿Cómo se supone que voy a trabajar con ellos si ni siquiera estoy en la misma planta? —Su nariz se arrugó de nuevo, y luché con todas mis fuerzas para no estirar la mano y tocarla de nuevo.

—Scarlet, no van a trabajar *contigo*. Van a trabajar *para* ti. —Sus ojos se abrieron de par en par por un momento antes de que la noticia se asentara. Ninguno esperaba que fuera una empleada más. Bueno, quizá Elliot sí. Pero en algún momento tuvo que darse cuenta de que ella era mucho más importante para nosotros, para *todos* nosotros. Le estábamos dando todo el departamento para que lo dirigiera.

—¿Me están dejando dirigir todo su departamento de ciberseguridad?

—Lo hacemos. Así que esperemos que seas tan buena como dices que eres. Es hora de probarte, amor.

El ascensor sonó y se abrió en el último piso del edificio. Salimos y la conduje a mi despacho, que tenía ventanales con una increíble vista de la ciudad. Me quité la chaqueta y la arrojé sobre el respaldo de uno de los sofás antes de dirigirme a mi escritorio. Busqué en el directorio y llamé a mi mejor administradora mientras veía cómo miraba la ciudad.

—¿Señor Grange? —La voz de Melody sonó a través del altavoz.

—Melody, hoy he traído conmigo a la nueva jefa del departamento de ciberseguridad. ¿Podrías venir a buscar a Scarlet y mostrarle el lugar, presentarla, etc.? Tengo algunas reuniones que atender esta tarde. —Scarlet me miró por encima del hombro y empezó a dar vueltas por la sala, asimilándolo todo. Admito que la primera vez que vi mi despacho también me impresionó.

No había escatimado en gastos para que pareciera lo más ostentoso posible. Tenía los muebles más caros que pudimos encontrar, una gran chimenea eléctrica en la pared opuesta a mi escritorio y una alfombra exuberante. Quería que todos los clientes que entraran en esta oficina supieran con quién estaban tratando.

—Por supuesto, señor Grange. Enseguida subo.

—¿Melody es bonita? —preguntó Scarlet desde detrás de mí, con una voz un poco más tranquila de lo que estaba acostumbrado.

—¿Por qué, amor? ¿Celos? —Me di la vuelta para mirarla y me apoyé en mi escritorio. Se encogió de hombros, con su armadura de chica dura de nuevo en su sitio.

SCARS

—Hoy hablé con Sebastian sobre todos nosotros —dijo, todavía recorriendo la oficina—. Todos saben que he estado contigo y con Seb de alguna manera. —Hizo una pausa y me miró. Su incomodidad se reflejaba en su rostro. Incluso la forma en que estaba de pie era inusual para ella. Scarlet era normalmente muy segura de sí misma, pero ahora parecía vulnerable. Lo único que quería hacer era estrecharla entre mis brazos, pero sabía que tenía que sacarlo.

Sebastian me había contado lo que le había dicho antes. Le preocupaba tener que elegir a uno de nosotros al final. Sin embargo, Seb y yo habíamos acordado hace tiempo que no era correcto obligarla a hacerlo. Y, la verdad, a ninguno de los dos nos importaba compartirla. Compartíamos todo lo demás en la vida, y él era alguien en quien confiaba plenamente. ¿Me gustaba pensar en ella en la polla de alguien que no fuera la mía? No. Pero no iba a obligarla a tomar una decisión que claramente no quería tomar. Podría ser *nuestra* chica.

—Entonces, ¿eso va a ser un problema? ¿Compartirme? ¿Y si Elliot también entra en la ecuación? ¿Van a estar de acuerdo con que esté con todos ustedes? —Ella plantó sus manos en el respaldo del sofá que estaba frente a mi escritorio. Sus dedos se aferraron a la suave tela, y yo le sonreí, tratando de tranquilizarla.

—Nena, fuiste nuestra desde el momento en que Sebastian te abordó en el bosque. *Toda* nuestra. —Me acerqué a ella y tomé su rostro entre mis manos—. Quiero que dejes de preocuparte por esto. Mientras tenga una parte de ti, estoy más que feliz de compartirla con ellos. Pero solo con nosotros. —Sentí que me invadía la rabia al pensar en ella con cualquier otra persona que no fuéramos nosotros—. Si alguien más te toca, le arrancaré la piel del cuerpo. —Ella sonrió—. ¿Entendido?

—Entendido. —Deslicé mi boca por la suya, y ella se abrió inmediatamente. Sabía a cerezas y a algo más que era tan *Scarlet* que me mareaba. Un golpe en la puerta me hizo alejarme a regañadientes.

—Entra —dije a Melody. La dulce mujer mayor, con el cabello canoso y un atuendo que daría envidia a cualquier abuela, entró y sonrió ampliamente a Scarlet.

—Señor Grange, qué gusto verlo de nuevo. Y tú debes ser Scarlet. —Avanzó hacia nosotros y tomó a Scarlet en sus brazos. Los ojos de Scar se abrieron de par en par y yo contuve la risa. Melody siempre había sido una abrazadora. Desde el día en que se entrevistó con nosotros, hace tantos años, había sido la gallina madre, siempre asegurándose de que comíamos y nos cuidábamos.

—Encantada de conocerte —murmuró Scarlet.

Melody la soltó y le acarició las mejillas antes de volverse hacia mí.

SCARS

—¿Se están cuidando? Hace demasiado tiempo que no los veo. Están demasiado delgados. —Me tocó la barriga y yo le pasé el brazo por los hombros y la atraje para darle un abrazo.

—Melody, estamos bien. Pero tienes razón, no hemos estado lo suficientemente cerca últimamente. ¿Qué tal si cenamos todos esta noche en el loft? —Sus ojos se iluminaron.

—Me encantaría.

—Ahora, Scar —dijo, volviendo mi atención a ella—. No dejes que Melody te engañe. Ahora es todo sonrisas y abrazos, pero esta mujer es dura como un clavo. No acepta mierda de nadie.

—Exactamente —dijo Melody mientras enlazaba su brazo con el de Scarlet—. Así que, si alguno de esos chicos te da algún problema, vienes a mí y yo me encargo. —Scarlet me miró y sonrió.

Genial.

—Lo mismo va para cualquier persona aquí. Cualquier cosa que necesites, cualquier persona que te moleste, házmelo saber. Me encargaré de ello.

—Perfecto, gracias —dijo Scarlet.

—La tendré de vuelta en unas horas, cuando terminen tus reuniones —dijo Melody. Y con una última sonrisa, Scarlet la siguió fuera de mi despacho y hacia la planta 50, donde se familiarizaría con todo el mundo. Suspiré y me pasé las manos por el cabello, mirando por las ventanas la ciudad.

No sabía qué demonios íbamos a hacer con su familia. Si seguían intentando ponernos a prueba, apoderarse de nuestra mierda, íbamos a tener un problema. Sabía que la reunión había ido demasiado bien. El pozo en mi estómago creció. ¿Y si tomar y mantener a su hija tenía el efecto contrario? ¿Y si solo le habíamos enojado en lugar de apretarle la correa?

—Joder. —Recogí mi chaqueta y la colgué antes de volver a mi escritorio. Solo unas cuantas reuniones para pasar la tarde y después una cena. Luego me preocuparía de cuál iba a ser nuestro siguiente paso en este lío que habíamos creado.

Envié un rápido mensaje de texto a los chicos para informarles de que esta noche íbamos a cenar con Melody en el loft y luego me dispuse a prepararme para las reuniones que había programado para las próximas horas. Esperaba que Scarlet disfrutara de su tarde mucho más de lo que yo iba a disfrutar de la mía. Por mucho que me atemorizase, quería que ella quisiera quedarse.

SCARS

Veintitrés

Scarlet

The Triad #1

Después de tres horas enteras recorriendo la Torre y conociendo a demasiada gente, Melody me dejó en el ascensor. Me solté el cabello de la trenza y me masajeeé el cuero cabelludo. En el lapso de un par de semanas, mi vida había cambiado por completo, y estaba provocando un torbellino de emociones.

Me mordí el piercing de la lengua mientras el ascensor me llevaba de vuelta al piso de Tristan. Que me dieran tanta responsabilidad era una enorme señal de confianza, una que no creía que fuera a conseguir nunca, y menos tan rápido. Me sentí bien al tener por fin un propósito y saber que realmente iba a hacer algo que importaba.

Intentaba desesperadamente no derribar todos mis muros y dejarlos entrar. Divertirse era una cosa, pero dejarlos entrar era algo completamente distinto. Y era aterrador pensar en ello. Estos chicos eran extraños hace un par de semanas, y ahora aquí estaba yo, acostándome con uno de ellos, tonteando con otro, e intentando por todos los medios que el tercero cediera también.

Y por mucho que me dijera que no estaba empezando a sentir nada por ellos, era mentira. Podía sentir que me acomodaba. Esperaba con ansia las idas y venidas con Elliot, las dulces caricias de Tristan y la loca posesividad de Seb. Veía un poco de mí en todos ellos, y eso me hacía sentir que por fin podía ser yo misma. Como si por fin tuviera un lugar al que pertenecer.

Como si me incitaran a gustar.

Las puertas se abrieron y me dirigí al despacho de Tristan. Probablemente debería haber llamado a la puerta, pero no era mi estilo. Tristan levantó la vista cuando entré y se llevó un dedo tatuado a los labios. Una voz salía por el altavoz de su teléfono. Estaba relajado, con los botones superiores de la camisa desabrochados, las mangas remangadas en sus fuertes antebrazos y el cabello inusualmente despeinado. Tenía un aspecto muy sexy, y mi coño pareció darse cuenta.

Pulsó un botón que supuse que silenciaba la llamada y dijo:

DANA ISALY

SCARS

—Última reunión. Terminaré en un momento y podremos salir para reunirnos con los demás en el loft. Ponte cómoda, cariño. —Volvió a pulsar el botón y contestó al tipo del teléfono.

Le sonreí antes de cerrar la puerta con llave y, a continuación, desabroché lentamente el botón de mi vaquero y bajé la cremallera. Sus ojos se oscurecieron y observaron el movimiento. Me quité las botas de una patada y me di la vuelta antes de deslizar el pantalón por mis piernas, agachándome y dándole un espectáculo. Me di la vuelta y observé cómo se lamía los labios. Me quité la camiseta y la dejé caer al suelo. El bralette de encaje y las bragas a juego que me había puesto eran de un rojo intenso y favorecían mis curvas.

Sus ojos no se apartaron de mi cuerpo mientras me acercaba lentamente a él. Seguía respondiendo vagamente a las preguntas del tipo en el teléfono, pero sabía que apenas prestaba atención a nada que no fuera yo en ese momento.

—¿Qué estás haciendo? —dijo moviendo la boca, pero sin sonido.

Sonreí y me arrodillé entre sus piernas. Ya estaba empalmado, su polla presionando firmemente contra su pantalón. Le desabroché el cinturón y levantó las caderas para que pudiera bajarlo junto a al bóxer. Su polla se liberó, una vena palpitando y esperándome. Le miré por debajo de las pestañas y me llevé el dedo a la boca para decirle que se callara antes de metérmela por completo. Se retorció debajo de mí y gimió.

—¿No te gusta eso? —La voz del tipo llegó a través del altavoz. Sonreí alrededor de su polla y arrastré mis dientes por su eje. Siseó entre dientes, pero consiguió recomponerse lo suficiente como para responder.

—Sí, Charles, está bien. Mira, me tengo que ir —dijo, y dejé que su cabeza saliera de mi boca con un chasquido audible. Se sacudió de nuevo—. Ha surgido algo. Me pondré en contacto contigo mañana. —Antes de que el pobre Charles pudiera decir una palabra, Tristan había colgado el teléfono.

»¿Qué estás haciendo, pequeña pícara? —Su voz era áspera, y se llegó directamente a mi parte baja. Me puse de pie y pasé mis manos por su cabello rubio mientras me subía sobre él, deslizando mis piernas por los agujeros de los reposabrazos.

—Te veías tan sexy sentado aquí, en tu gran oficina, sosteniendo todo el poder. Me hizo sentir cosas —gemí, agarrando su mano. Empujando mis bragas a un lado, pasé sus dedos por mi raja empapada. Él gimió como si fuera lo más sexy que hubiera sentido nunca, lo que me mojó aún más—. Pensé que podría agradecerte todo lo que me has dado hoy.

Lo besé y acaricié su polla a través de mis pliegues, mojándolo con mi propia excitación. Sus manos agarraron mi cintura y su lengua exploró mi boca. Sabía a whisky y a poder, y lo absorbí. Lentamente, centímetro a

centímetro, lo dejé deslizarse dentro de mí. Me llenó, estirando mis paredes de la forma más deliciosa. Jadeé cuando estuvo dentro de mí hasta la empuñadura. Empecé a mover las caderas, frotándome contra él como si fuera mi único salvavidas.

—Te sientes tan bien, nena... —murmuró contra mi boca—. Este pequeño y apretado coño está hecho para mí. —Uno de sus brazos se deslizó alrededor de mi cintura y me acercó, haciendo que mi clítoris se rozara con él, y yo gemí en sus labios. Su otra mano liberó un pezón y comenzó a girar y pellizcar suavemente, haciendo que la electricidad recorriera mi columna vertebral—. Tócate —ordenó. Estaba tan mojada que cuando mis dedos encontraron mi clítoris se deslizaron y lo rodearon con facilidad. Un calor se estaba acumulando en lo más profundo de mí, y no podía detenerlo.

—Tristan... —susurré, con la frente apoyada en la suya, con nuestras respiraciones entremezcladas.

—¿Necesitas correrte, amor? —Asentí y escuché un gemido lastimero deslizarse por mis labios. Jesús, estos hombres me convertían en papilla.

—Por favor —supliqué.

—Vamos, entonces. Déjame ver cómo te corres en mi polla. —Me pellizcó dolorosamente el otro pezón y me derrumbé. El calor recorrió todo mi cuerpo, haciendo arder cada músculo de la manera más exquisita. Grité a través de ello, echando la cabeza hacia atrás y dejando que me inundara el cuerpo. Tristan se metió un pezón en la boca y dibujó círculos alrededor de él con su lengua, observándome a través de cada delicioso momento de mi orgasmo.

Se llevó el otro a la boca mientras yo volvía a la tierra. Lo mordió, con fuerza, y yo grité y lo golpeé. Sus ojos se oscurecieron y una sonrisa aterradora se deslizó por su boca. Sus manos se deslizaron desde mi cintura, subiendo por mis costillas, mis pechos, y se asentaron alrededor de mi garganta, sujetándome sobre él. Se inclinó hacia delante y me lamió un lado del rostro. No tenía ni idea de por qué eso me excitaba tanto.

—Es la única vez que te saldrás con la tuya, ¿entendido? —Me apretó la garganta para enfatizar. Sonreí tan peligrosamente como él.

—¿O qué? —pregunté, sin aliento. Se puso de pie, levantándonos a los dos de la silla antes de quitarme de encima y doblarme sobre su escritorio, con su mano en la nuca. Mi rostro estaba dolorosamente presionado sobre una pila de papeles, pero mi coño nunca había estado más húmedo. La anticipación me estaba matando. Oí el tintineo de su cinturón y el deslizamiento de la tela. Me apreté y gemí, sabiendo lo que me esperaba.

—Quédate. Quieta. —Agarré el borde del escritorio hasta que sentí que mis nudillos se ponían blancos—. Cuenta.

SCARS

Y entonces lo oí antes de sentirlo. La fuerte bofetada de su cinturón en mi trasero resonó en la habitación e hizo que mi coño palpitara de necesidad.

—Uno —susurré.

—Más fuerte.

—¡Uno!

Otra bofetada.

—¡Dos! —Otro—. ¡Tres! —Otro—. ¡Cuatro! —Otro—. ¡Cinco!

Sentí que las lágrimas se deslizaban por mis mejillas y sobre los papeles bajo mi rostro. Mi trasero estaba en llamas, pero yo estaba absolutamente empapada. Goteaba por mis muslos, y me costó todo lo que tenía no moverme para frotarlos y tratar de sofocar la necesidad de una liberación. Le oí lanzar el cinturón a un lado. Pasó las manos por las marcas que había dejado, y yo salté por el escozor.

—Qué buena chica has sido, muñeca. —Gemí, esperando que sus manos siguieran bajando hasta donde lo necesitaba—. Tu trasero está tan bonito con mis marcas por todas partes... —Se arrodilló detrás de mí y me lamió desde el clitoris hasta el trasero. Empujé sobre su rostro, necesitando más. Me lamió una y otra vez, haciendo girar la punta de su lengua alrededor de mi agujero fruncido antes de sumergirla en el interior. Gemí tan fuerte que sentí que vibraba en el escritorio.

Metió un dedo dentro de mi coño, cubriéndolo de mi crema mientras su lengua continuaba su invasión en mi trasero. Yo empujaba hacia atrás, frotando sobre su rostro todo lo que podía sin salirme del escritorio. Estaba desesperada, gimiendo y lloriqueando, absolutamente deshaciéndome por él.

Su lengua se retiró, pero fue rápidamente reemplazada por su dedo, todavía empapado de mis pliegues. Lo introdujo lentamente, dándome tiempo para adaptarme. Entró nudillo a nudillo. Me hizo entrar en un ataque de lujuria, y cuando añadió otro dedo, me quedé sin aliento, jadeando, pidiendo más.

—Tristan —supliqué. Se puso de pie y retiró lentamente sus dedos. Sin previo aviso, introdujo de golpe su polla en mi coño. Grité, mis uñas se clavaron con fuerza en la madera del escritorio. Se estrelló contra mí con tanta fuerza que me pareció sentir que el escritorio se movía sobre la alfombra. Salió y sentí la cabeza de su polla presionando mi trasero.

—Respira hondo, nena. Relájate para mí. —Me relajé, empujando hacia él, necesitando que me llenara de cualquier manera. Había estado tan cerca de correrme solo con sus azotes que estaba jodidamente desesperada por él. Su cabeza se deslizó hasta el fondo y gimió. Iba demasiado lento. Lo necesitaba dentro de mí.

SCARS

—Fóllame de una vez —dije, intentando y consiguiendo empujarle unos centímetros más. Se rió con fuerza y se acercó a mis caderas para acariciar mi clitoris, provocando un frenesí total. Luego, de un solo empujón, se enfundó por completo en mi trasero. Grité en una dulce mezcla de dolor y placer. Me dio dos segundos para adaptarme antes de salir y volver a introducirse, mientras me frotaba el clitoris en círculos.

—Voy... voy a... —Ni siquiera podía formar frases coherentes. Estaba tan perdida en lo que estaba haciendo en mi cuerpo, el calor que se extendía por cada centímetro de mi piel, que me quedé sin palabras. Su polla me dejó literalmente muda. Con cada embestida, me perdía aún más en el orgasmo que crecía en lo más profundo de mi vientre. El sonido de su pesada respiración, sus gemidos cada vez que lo apretaba, me hacían entrar en una espiral.

—Hazlo —dijo entre respiraciones—. Córrete para mí. —Me golpeó una nalga, ya dolorida, con una mano y apretó el clitoris con la otra. Las estrellas estallaron en mi visión y juro que me desmayé por un momento, salió de mi cuerpo antes de volver a entrar. Cada nervio palpitaba con él.

Los empujes de Tristan se volvieron más rápidos y erráticos. Se retiró, y un momento después, sentí su semen dispararse por mi trasero, caliente en mi piel, que ya escocía.

—Jesucristo, Scarlet —dijo mientras frotaba su liberación en mi piel—. Eres un jodido espectáculo. —Finalmente me relajé contra el escritorio, completamente agotada. Ese había sido uno de los mejores polvos que he tenido en mi vida. Le oí ponerse el pantalón, pero estaba demasiado agotada para moverme y un poco nerviosa para intentar sentarme.

—Quédate aquí, cariño —dijo antes de depositar un beso en mi mejilla—. Voy a buscar algo para limpiarte, ¿de acuerdo?

Asentí y suspiré, completamente satisfecha. Estaba bien jodida, y no solo en el sentido más literal de la palabra. Cada día me encontraba más y más enredada en su mundo y con ellos. No podía detenerme. Todo en ellos me llamaba. Quería estar con ellos todo el tiempo. Su oscuridad hacía que mis sombras no parecieran tan oscuras.

—Muy bien, amor —dijo Tristan, volviendo a la oficina con un paño húmedo y algunas otras cosas—. Vamos a asearte y a buscarte algo de comer, ¿sí? —Sonreí y asentí desde el escritorio. Se agachó hasta mi nivel y me besó con fuerza, vertiendo en el beso todos los sentimientos que ambos teníamos demasiado miedo de decir en voz alta. Me besó la nariz y luego, con manos suaves, me limpió antes de ayudarme a vestirme.

Veinticuatro

Tristan

Scarlet hizo un gesto de dolor cuando se subió a la moto para ir al loft y, por un momento, me pregunté si había sido demasiado duro con ella. Pero al recordar cómo había gemido debajo de mí, jadeando, con su cuerpo pidiéndolo, aparté ese pensamiento de mi mente. La forma en que hizo saltar algo en mi cerebro. En ese momento, había vivido y respirado por ella, por la forma en que su cuerpo respondía a mí.

Ya no había vuelta atrás. Esta pequeña criatura salvaje era mía, *nuestra*, y no iba a dejarla ir. El modo en que me devolvió el beso después había confesado mucho más de lo que ella creía. Puede que aún no estuviera preparada para decirlo en voz alta, pero quería estar con nosotros. Quería esta vida para sí. Y yo la quería para ella. *Necesitaba* que lo quisiera.

El loft que manteníamos en la ciudad estaba a solo unas manzanas de la Torre, y cuando las puertas del ascensor se abrieron hacia nuestro ático, el olor de la comida italiana de Rico nos inundó. Me moría de hambre después de todo el trabajo que acababa de realizar en ella. Los ojos de Scarlet recorrieron la amplia extensión del ático, absorbiéndolo todo. Nunca me cansaría de mirarla.

—Les gusta mucho alardear del dinero, ¿verdad? —Sonrió y entró, poniéndose cómoda—. ¿Has oído hablar de invertir?

—Créeme, amor, esto es una pequeña gota en el océano que es nuestra riqueza. No tienes que preocuparte por nosotros.

Me miró por encima del hombro con una sonrisa y se alejó moviendo el trasero a cada paso. La observé y dejé que mi mente volviera a pensar en el aspecto que tenía con mi polla dentro hacía menos de treinta minutos. Mi polla volvió a la vida y se agitó en mi pantalón. Me ajusté y la seguí hasta el final.

—Hola, linda. —Escuche a Sebastian decir desde la cocina. Un fuerte golpe fue seguido por el grito de Scarlet, y me reí para mis adentros de lo mucho que debió de dolerle la piel todavía marcada. Entré en la cocina justo a tiempo para ver cómo retrocedía y abofeteaba a Seb en el rostro, formándose una huella de la mano casi al instante.

—Después de lo que tu amigo me hizo antes en el trasero, no podrás tocarlo durante días. ¿Entendido? —Su dedo no estaba ni siquiera a un

SCARS

centímetro de su nariz, pero su sonrisa se convirtió en una enfermiza. Puse los ojos en blanco. Nunca le presentaba un desafío a Seb porque siempre iba a sobrepasar los límites. Y normalmente ganaba.

—Mala idea, princesa —dijo Elliot desde la mesa—. A Seb le encantan los buenos retos. Especialmente cuando implica dolor.

—Hablo en serio, Sebastian.

—¡Ooh, dijo mi nombre completo! Debes haberle hecho un buen número, T. —La agarró por la cintura y le dio un fuerte abrazo antes de volver a dejarla en el suelo y tomar asiento en la mesa.

—¡No vamos a hablar de ninguna de esas cosas en la mesa! —Melody salió de la parte trasera del loft—. Cuida tus modales —dijo, y le dio un golpe en la nuca a Seb al pasar. Las mejillas de Scarlet se pusieron rojas. Le di un beso en la cabeza antes de sentarme y tirarla bruscamente sobre mi regazo. Se estremeció, pero se relajó lentamente contra mi pecho.

—¡La estás acaparando! —se quejó Sebastian desde el otro lado de la mesa.

—La tuviste toda la noche y esta mañana —contesté—. Yo la tengo por la tarde.

—¿Pueden dejar de discutir por ella como niños? —preguntó Elliot con su voz más gruñona. Pero no me engañaba. Vi la forma en que la miró en aquel almacén mientras pateaba traseros. Y desde aquella noche, no había dejado de preguntar por ella y de robarle miradas cada vez que ella no miraba. Estaba interesado, solo que no sabía cómo expresarlo... todavía.

—¿Qué tal si dejamos de hablar de Scarlet como si no estuviera aquí y comemos? —preguntó Melody en la cabecera de la mesa. Empezó a abrir todos los envases de catering que nos habían traído de Rico's, intensificando el olor a ajo y queso.

Tomé un plato para Scarlet, lo llené al máximo y lo coloqué delante de ella.

—Come —le dije. Puso los ojos en blanco y tomó su plato antes de levantarse y sentarse a mi lado. Hizo un gesto de dolor cuando su trasero entró en contacto con la dura madera de la silla, que era exactamente la razón por la que la había tenido en mi regazo. Habría sido mucho más fácil sentarse en mis piernas que en esa silla, pero la chica era terca como una mula.

—Melody, ¿cuánto tiempo has trabajado para estos chicos?

—Ya van unos seis años, ¿no? —Asentí—. He pasado por muchas cosas con estos chicos. Han sido muy amables conmigo. Me dieron este trabajo, me consiguieron un bonito apartamento, y siempre se aseguran de hacerme una visita de vez en cuando. Bueno... —dijo mirándonos a cada uno de nosotros—. Hasta hace poco.

Scarlet se rió.

—Lo siento, creo que puedes culparme de eso. He oído que soy un poco difícil de manejar. Y últimamente han tenido que hacer el papel de niñera muchas veces.

—¿Recuerdan aquella vez que Mel disparó a Elliot? —dijo Sebastian, riéndose de repente a carcajadas—. Mel, tienes que contar esa historia.

Puse los ojos en blanco. Esa historia había sido contada tantas veces que estaba genuinamente sorprendido de que Seb todavía pudiera encontrarla divertida. Los ojos de Scarlet se abrieron de par en par y giraron hacia Elliot. Me di cuenta de que se esforzaba mucho por no estallar en carcajadas. Probablemente fue inteligente por su parte no hacerlo, sinceramente. Aquella historia era un verdadero problema para él.

—¿Y cómo sucedió eso? —Dios, era linda cuando trataba de no reírse. Elliot refunfuñó y se metió más comida en la boca, negándose a levantar la vista del plato.

Si no lo conociera mejor, pensaría que está avergonzado de que lo descubra.

—Le dije a Mel que estábamos en un trabajo, y que tenía que vigilar algunas cosas por mí en la Torre —empecé.

—Y que, pasara lo que pasara, no volverían allí. —Mel miró con dureza a Elliot, que se sentó en su silla con los brazos cruzados.

—Y no pensé que me confundirías con un vulgar matón y me dispararías.

—Al menos no fue un disparo mortal. —Se rió Sebastian.

—¡Podría haberlo sido! ¡La loca me disparó a centímetros del maldito corazón!

Melody se rió, y vi que Scarlet contenía una carcajada.

—Pobrecito —dijo Scar, y le guiñó un ojo a Elliot. Al bastardo se le escapó una sonrisa y casi me atraganté. Definitivamente se estaba metiendo en su piel, y lo había hecho desde que la había visto disparar por nosotros en aquel almacén. No me sorprendió que eso fuera lo que necesitara para que la viera como algo más que una carga.

Elliot tenía muchos defectos, pero era leal a los que le eran leales. Y cuando la vio atravesar esas puertas después de matar a varios hombres por nosotros y luego seguir luchando, arriesgando su propia vida... pensé que tal vez algo había encajado. Le gustara o no, ella nos había salvado el trasero, y él tenía que respetar eso.

—Sabes —dijo Scarlet mientras se metía otro bocado de comida en la boca. Esa mujer sabía comer, y no tenía ni idea de dónde metía todo eso. Había ganado un poco de músculo en las últimas semanas de entrenamiento con Elliot, pero seguía siendo muy pequeña. De repente, se

SCARS

me vino a la cabeza la imagen de ella en mi dormitorio y casi me atraganté con la comida. Me palmeó la espalda con una sonrisa que me hizo pensar que sabía dónde tenía la cabeza, pero continuó—: He comido mucha comida italiana mientras crecía porque mi *bunica*¹⁰ es italiana, pero esta mierda es increíble.

—Es de Rico. —Volvió sus bonitos ojos hacia mí—. Es nuestro lugar favorito. Llevamos mucho tiempo haciendo negocios con él.

—Haciendo negocios con —dijo mientras hacía comillas con los dedos.

—Creo que es la forma más bonita de decir las cosas, sí. Negocios.

Ella sonrió y luego miró alrededor de la habitación, observando la vista desde las ventanas del piso al techo en la sala de estar.

—¿Es aquí donde viven normalmente? ¿Cuando no tienen que hacer de canguro en el campo?

—Normalmente, sí.

—Es un poco frío. Creo que prefiero la mansión.

—Normalmente nos turnamos para ir allí —dijo Sebastian—. Si uno de nosotros necesita un descanso o quiere unas vacaciones durante unos días, vamos allí y nos relajamos. Elliot y yo no soportamos el incesante golpeteo que hace Tristan en su batería cuando está cabreado, así que suele ir allí más a menudo que nosotros.

—Ustedes, chicos, son más temperamentales que los adolescentes —murmuró Melody mientras daba un largo sorbo de vino.

—Me he dado cuenta de eso —dijo Scarlet a través de una sonrisa.

—Más vale que cuiden sus modales.

Scarlet resopló y se puso de pie. Nos miró a los tres. Vi a Melody sonreír detrás de su copa al ver que Scarlet tenía todo el poder sobre nosotros. Los tres observamos y esperamos, como sus perritos falderos. Incluso Elliot, que intentaba no ser tan obvio al respecto, estaba un poco más nervioso esperando a ver a quién iba a llamar.

—Elliot —dijo, fijando sus ojos en él. Observé de reojo cómo su mirada se deslizaba hacia ella. Los celos intentaron arraigar en mis entrañas, pero los reprimí. Si iba a hacer que se quedara, teníamos que hacer que esto funcionara. Ella nos quería a todos, y yo estaba feliz de ver a mis amigos felices. Así que tenía que superar mis complejos mentales y dejar que esto siguiera su curso—. ¿Me enseñas el loft?

Elliot se quedó sentado un momento, mirándola fijamente. Podría haber cortado la tensión con un cuchillo. Todos le mirábamos, esperando a ver qué decía. Sinceramente, me imaginé que le haría un comentario sarcástico o la mandaría a la mierda.

¹⁰ Abuela en rumano.

SCARS

—De acuerdo —dijo y se levantó, recogiendo el cabello en un moño—. Tomaré un turno para ser tu pequeño hijo de puta. —Caminó alrededor de la mesa y, al pasar junto a ella, le agarró del brazo y se subió a su espalda como un maldito mono. Él se inclinó hacia un lado y maldijo antes de ayudarla a subir del todo a su espalda.

Todos los vimos irse, Elliot le dijo esto y aquello sobre el loft antes de desaparecer por el pasillo. Me quedé mirando tras ellos durante un minuto, y cuando me volví, tanto Melody como Sebastian me estaban mirando.

—¿Qué?

—Estamos bien jodidos —dijo Sebastian.

—Sí, lo están —coincidió Melody—. ¿Qué piensan hacer con ella? Su familia no va a renunciar a adueñarse de esta ciudad... de *tu* ciudad.

—Lo sé —dije, pasándome la mano por la barba que había empezado a formarse en mi mentón—. Hagamos lo que hagamos...

—No podemos perderla —terminó Sebastian por mí.

—No podemos perderla —concordé.

—Entonces no lo hagan —dijo Mel.

SCARS

Veinticinco

Scarlet

The Triad #1

Cuando llegamos a casa, Seb se arrodilló y suplicó dormir conmigo esta noche. Elliot puso los ojos en blanco, pero me alborotó el cabello, pasó junto a nosotros y se alejó por el pasillo, para hacer Dios sabe qué con el resto de su noche.

—Quería ir a tocar en la sala de música de todos modos. Tengo algunas cosas que resolver. —Tristan me besó la mejilla y nos dejó solos a Seb y a mí. Lo miré, sus ojos marrones llenos de picardía.

—Seb, nada de sexo. —Hizo un puchero—. Lo digo en serio. Mi trasero está en llamas y *ella* está dolorida.

—Bien —gimió y me levantó mientras se ponía de pie—. Vamos a ocuparnos primero de tu trasero y luego nada más que mimos. Promesa de meñique. —Envolví mi meñique alrededor del suyo y luego apoyé mi cabeza en su hombro. Podría haber caminado hasta mi dormitorio, pero cuando él se ofrecía a llevarme, ¿por qué iba a hacer el esfuerzo? A veces era agradable que te cuidaran.

Nos tumbamos en la cama, yo dándole la espalda, mientras me revolvía el cabello con los dedos. Antes de meternos entre las sábanas, me untó suavemente con ungüento la piel escocida. Estaba física, mental y sexualmente agotada, y sentir su sólido cuerpo contra el mío me hizo dormir en pocos minutos.

—Scarlet. —Su voz grave me sacó del sueño y lo sentí reír detrás de mí.

—¿Sí? —Miré por encima del hombro y me acarició el cabello.

—Quiero que *quieras* quedarte.

Respiré profundamente. No estaba segura de qué decir. Supuse que ese tema iba a surgir en algún momento, ya que me estaba acercando cada vez más a ellos. Y parecía que cada día me dejaban entrar más. ¿Pero querría quedarme con ellos si no tuviera que hacerlo? No sabía la respuesta a eso.

—Quiero una vida —dije finalmente.

—Podrías tener una vida con nosotros si prometieras no huir, pequeña mascota. —Me apretó más contra él y me besó el cabello.

SCARS

—¿Porque los perros más listos siempre vuelven? —Estaba medio bromeando, pero no le hizo gracia. Suspiró y me agarró la barbilla, obligándome a mirarle a través de la oscuridad.

—Porque te necesitamos. Y creo que tú nos necesitas. —Me besó la nariz—. Ahora deja de hacerme enfadar o le daré un buen uso a tu boca.

Volví a girar y me metí la manta bajo la barbilla. Esperé a que su respiración fuera lenta y uniforme antes de dejarme caer de nuevo. Pero tenía que tomar una decisión... y pronto. ¿Iba a ceder e intentar ser feliz en su mundo? ¿O iba a intentar huir?

Quería tener una vida a parte de ellos si me quedaba. No podían esperar que fuera de edificio en edificio, siempre con uno a mi lado, sin ningún tipo de libertad.

Dios, echaba de menos hablar con Kenna. Tenía que estar muy sorprendida con todo esto. Sabía lo suficiente como para mantener la boca cerrada y no buscarme, pero yo sabía que estaría aterrada. Y había estado tan metida en mi propia mierda que ni siquiera había intentado convencer a los chicos de que me dejaran enviarle un mensaje. Necesitaba hacerle saber que estaba bien.

Respiré hondo varias veces e intenté decirme que no tenía que decidir qué hacer inmediatamente. Todavía estaba herida, técnicamente seguía huyendo de mi familia, y no es que fuera difícil con los chicos. Me tumbé y escuché la lenta respiración de Seb, dejando que me calmara. Empezaba a depender de ellos mucho más de lo que pretendía.

El aroma limpio de Seb me calmó y me acomodé en él. Nunca me habían gustado los abrazos, pero algo en esos idiotas hacía que mis entrañas se volvieran papilla. No era algo que fuera a admitir ante ellos. No necesitaban saber que tenían algún tipo de influencia emocional sobre mí. Me llevé su mano a la boca y le besé los nudillos antes de quedarme dormida.

Veintiséis

Sebastian

—Oye... —Oí que alguien susurraba. Al instante extendí mi brazo libre, pero fue atrapado a mitad de camino—. Soy Tristan, nance.

Puse los ojos en blanco. Hacía los malditos comentarios más raros.

—Querrás decir *nonce*¹¹ —le susurré.

—Lo que sea. Vamos, ha pasado algo.

Gemí, pero me liberé lentamente y en silencio de Scarlet. Ella se había dado la vuelta y se había acurrucado en mi pecho, agarrándose con fuerza a mi desgastada camiseta. Una vez que la liberé de sus dedos, pude salir de su cama y caminar silenciosamente por la habitación. Si me ausentaba demasiado tiempo, se despertaría. Nunca lo admitiría, pero necesitaba que uno de nosotros durmiera con ella. Desde el principio me di cuenta de que sus pesadillas la visitaban a menudo, y parecía que mejoraban cuanto más tiempo estaba con nosotros.

Sabía que pensaba que éramos unos gánsteres sin corazón, pero estaba empezando a colarse en nuestros corazones. No mentía cuando le dije que quería que se quedara con nosotros. Si pudiéramos confiar en ella, le devolveríamos con gusto su libertad. Pero necesitaría protección cuando se supiera que estaba con la Tríada. No podría volver a vivir la vida que tenía antes, y no creo que quisiera hacerlo. ¿Quién quiere estar constantemente huyendo, viviendo en tugurios y vigilando su espalda?

—Nos han atacado. Han entrado en el loft de la ciudad y lo han destrozado todo —dijo Tristan cuando me reuní con él y con Elliot en el pasillo. Cerré la puerta de Scarlet con un clic.

—¿Qué demonios? ¿Su familia? —pregunté, señalando con la cabeza hacia su habitación.

—Tiene que ser —dijo Elliot en voz baja—. No tenemos una recompensa por nuestras cabezas con nadie más. Y Derek no tendría pelotas suficientes.

—De todos modos, tenemos que ir y echar un vistazo.

¹¹ Jerga para pedófilo. No tiene traducción al español.

SCARS

—¿Quién se queda con Scar? —pregunté.

—Hay cinco de los nuestros aquí, Seb —dijo Tristan, frotándose los ojos. Podía actuar como si le molestara que le preguntara, pero sabía que le preocupaba dejarla aquí tanto como a mí.

—Cinco no es suficiente —repliqué.

—Cinco es suficiente, Seb —gimió Elliot.

—Tenemos que ir los tres. Si alguien nos ve por ahí a estas horas de la noche, separados, va a sospechar o lo va a ver como una oportunidad perfecta para atacar. —Tristan nos dirigió a ambos una mirada severa—. Vamos juntos, ¿de acuerdo?

Elliot asintió, pero yo volví a mirar hacia su puerta una vez más, debatiendo sobre cuánto quería realmente luchar contra ellos.

—Podríamos llevarla —dije sin entusiasmo. Sabía que no lo harían, y en realidad tampoco creía que fuera la mejor idea. Necesitaba descansar, y no me gustaba la idea de mantenerla despierta toda la noche solo para ir a echar un vistazo a un loft vandalizado.

—¿De verdad? ¿De verdad quieres despertarla en mitad de la noche? Probablemente te cortaría las pelotas. Ya sabes que le encanta dormir —dijo Elliot. Me encogí y juré que mis pelotas se encogieron. Definitivamente lo haría, mi pequeña cosa letal.

—Bien. Pero quiero a alguien en su puerta para cuando se despierte preguntando por qué nos fuimos.

—Hecho. Vístete. Nos vamos en cinco.

SCARS

Veintisiete

Tristan

The Triad #1

Les dije a los chicos que se quedaban que se aseguraran de que todas las puertas estuvieran cerradas con llave y vigiladas de cerca. Matthew, en quien más confiaba de los cinco, era el encargado de la puerta en caso de que Scarlet se despertara y se preguntara dónde diablos habíamos ido. No podía creer el esfuerzo que estábamos haciendo solo para asegurarnos de que no se molestara. Les dijimos a los chicos que queríamos que la vigilaran para asegurarnos de que no intentara huir, pero entre los tres sabíamos que la mantenían cómoda y segura.

Estábamos preocupados por ella.

No sabía cómo había llegado a este punto. Desde el momento en que vi sus grandes ojos azules, supe que iba a ser un problema. Estaba rota, e íbamos a intentar curarla. Solo esperaba que ella fuera capaz de curarnos a nosotros también.

Peligrosos. Ricos. Corruptos.

127



DANA ISALY

SCARS

Veintiocho

Scarlet

The Triad #1

Rodé por la cama vacía y me senté con la espalda recta. Se nunca me dejaba sola cuando se quedaba en mi cama. El idiota podía negarlo todo lo que quisiera, pero yo sabía que se preocupaba por mis pesadillas. Tanteé la cama, pero estaba fría. Hacía tiempo que se había ido.

Se me hizo un nudo en el estómago. Algo no estaba bien. Mis pies tocaron suavemente el suelo y me caminé por la dura madera para ponerme un pantalón antes de salir a la casa. Seguramente no me habían dejado. Nunca me dejaban sin que al menos uno de ellos hiciera de canguro.

Giré el pomo de la puerta tan lentamente como pude. Me aterraba hacer ruido, no había estado tan asustada desde la primera vez que hui. En aquel entonces, escuchaba cada pequeño ruido, suponiendo que alguien finalmente me había encontrado. Esto se parecía demasiado a aquello. Los fantasmas de las cicatrices que nunca me dejarían en paz. Sentía que el corazón se me aceleraba en el pecho, y la sangre que rugía en mi cabeza con frenesí de pánico ahogaba cualquier otra cosa útil que pudiera escuchar.

Cuando por fin me atreví a abrir la puerta, el pasillo estaba vacío. Ni siquiera habían dejado a nadie sentado junto a la puerta. ¿Qué demonios había pasado? Un flashback de esa noche, con ese tipo sobre mí, pasó por mi mente y lo empujé de vuelta al lugar de donde venía.

Puede que solo los conociera desde hacía unas semanas, pero no me dejarían. No eran como mi familia. Era imposible que hubieran contratado a alguien para que me tomara, para que me llevara de vuelta a ese lugar. El pánico subió por mi columna vertebral, rogándome que me quedara escondida en mi habitación. Pero el lado excesivamente confiado de mi cerebro ganó, diciéndome que fuera a buscar a uno de ellos. Porque tenían que estar en la casa.

No me dejarían.

Recorriendo el largo pasillo, me asomé a cada una de sus habitaciones, esperando encontrar al menos a uno de ellos dormido.

Nada.

La casa estaba extrañamente silenciosa. Bajé lentamente las escaleras, tratando de mirar a través de la oscuridad y encontrar a uno de

sus chicos. Siempre había hombres rondando, vigilando la casa y vigilándome a mí. Pero aún no había visto a nadie. Al final de las escaleras, pisé algo húmedo, y cualquier sensación de calma que tenía se borró por completo. Sentí que las lágrimas amenazaban y que mi garganta se estrechaba.

Joder, joder, joder.

Di un par de pasos y encendí la luz. Cuando miré mi pie, estaba manchado de sangre. Se me revolvió el estómago y me giré lentamente para observar la habitación.

Uno, dos, tres, cuatro y cinco hombres. Todos tendidos en el suelo. Todos muertos. Un disparo entre cada uno de sus ojos. Quienquiera que hubiera hecho esto había sido entrenado con pericia. Y habían arruinado la nueva alfombra de Tristan. Iba a estar enojado.

—¿Dónde diablos están los chicos? —susurré para mí.

Necesitaba encontrar armas. Ya no era esa niña débil a la que era fácil atrapar hace unos años. Era más inteligente, más fuerte. Y podía cuidar de mí misma. Que se jodan esos imbéciles que me ablandaron, que me hicieron sentir segura y bienvenida. Que se jodan por derribar mis muros y hacerme creer que realmente podía pertenecer a algún sitio.

Volví a apagar la luz y caminé por el vestíbulo, frotando el pie en la alfombra cerca de la puerta para intentar quitarle toda la sangre que pudiera. No necesitaba que nadie me siguiera. Sabía que los chicos tenían armas escondidas por toda la casa, por si acaso. Respirando tan lenta y uniformemente como pude, me dirigí por los pasillos hacia la sala de música de Tristan.

Antes que pudiera llegar oí un golpe detrás de mí y, cuando me giré para ver qué era, un puño me dio en el rostro y golpeé la cabeza contra la pared. Las estrellas volaron a través de mi visión, pero me giré y di una patada en la dirección de la que procedía. Mi pie conectó, y empujé tan fuerte como pude. Le oí gruñir y caer al suelo.

—Perra —maldijo.

—Esa soy yo —respondí y salí corriendo hacia la parte delantera de la casa. Necesitaba llegar al garaje y largarme de aquí. No sabía si eran ellos o si era mi familia. Demonios, podría haber sido la banda cuya operación de drogas derribamos juntos. Pero no importaba. Fuera quien fuera, tenía que escapar.

Me agarré a la parte superior de la barandilla para girar mi cuerpo y dirigirme hacia la cocina, donde estaba la puerta del garaje. En el momento en que di la vuelta, una mano agarró un puñado de mi cabello y tiró hacia atrás. Grité y caí sobre la alfombra con un golpe seco, con el aire saliendo de mis pulmones.

SCARS

—Hijo de puta —grité, tratando de apartarme y volver a ponerme en pie. Necesitaba volver a levantarme para poder tener una oportunidad de luchar contra el imbécil.

—Ese soy yo —se burló y luego me dio una patada en las costillas. Juro que sentí que una se partía por la mitad. Grité. Me dio una patada en el hombro malo y otro grito salió de mi garganta—. ¿No te vas a defender? Pobre zorrita. No eres una gran amenaza sin tus chicos y tus armas, ¿verdad?

Me agarré el costado y rodé, tratando de levantarme. Conseguí ponerme de rodillas antes de que su puño volara y me golpeará en el rostro. La sangre me llenó la boca y la escupí en la alfombra.

—¡Perra estúpida! —gritó mientras me daba otra patada en el estómago. Me agité y caí de nuevo al suelo. Se puso en cuclillas sobre mí, inmovilizándome los brazos a los lados y sentándose a horcajadas sobre mis caderas. El pánico se apoderó de mi pecho. Esto no iba a repetirse. Me agité bajo él, ignorando el dolor agudo de mis costillas.

—¡Suéltame! —grité, liberando mis brazos de su agarre.

—¿Necesitas ayuda? —La sombra de otra persona entró en la habitación y me agarró con más fuerza. Sabía lo que podía ocurrir fácilmente cuando eran dos contra uno. No iba a caer sin luchar. Finalmente liberé un brazo y golpeé al tipo que estaba sobre mí, mi puño conectó con su mandíbula mientras estaba distraído.

—¡Joder!

—Basta —dijo el otro tipo antes de que viera la silueta de su bota moverse. Me preparé para la patada y sentí un dolor intenso cuando conectó con mi cabeza, y todo se desvaneció.

Veintinueve

Tristan

—Creí que habías dicho que vendrían más de los nuestros —murmuró Elliot en la oscuridad. Hacía frío en el exterior, plenamente invernal, y el viento se colaba entre mi ropa. Miré hacia el edificio. Estaba completamente oscuro. No parecía fuera de lo normal que el edificio estuviera oscuro en plena noche, pero el hecho de que el loft no estuviera iluminado era preocupante. Se suponía que nuestra gente nos estaba esperando.

—Lo hice. Se suponía que estarían aquí. Tal vez la luz está cortada.

—O tal vez esto es una trampa y estamos jodidos —dijo Seb.

—Prefiero pensar que la corriente está cortada.

—Vamos —dijo finalmente Elliot, abriéndose paso entre nosotros y entrando en el edificio. El interior estaba muy oscuro, ya que todo el personal se había ido por la noche. Le había dicho a Melody por teléfono que enviara a todos a casa, incluida ella. Estaba saliendo para volver a su propio apartamento cuando colgué el teléfono para despertar a Seb. No necesitaba que nadie quedara atrapado en un posible fuego cruzado solo porque tuviera que trabajar en el turno de noche.

Pulsamos el botón del ascensor y, cuando la puerta se abrió, suspiré. *Sangre*. Todos maldijimos al mismo tiempo. Todos sabíamos que esto no era un simple robo. Era un ataque.

—¿Cuántos de los nuestros vamos a encontrar muertos ahí arriba? —preguntó Seb.

—¿Si los tienen a todos? Por lo menos diez. —Entré primero en el ascensor y ellos me siguieron. El viaje hasta el último piso fue largo, con el hedor metálico de la sangre llenando el aire.

—Muy bien —dijo Elliot cuando las luces indicaron que ya casi habíamos llegado—. Ojos abiertos. Armas arriba. Nadie muere.

—Nadie muere —repetimos Seb y yo.

Las puertas se abrieron en el loft, y estaba oscuro, muy oscuro. Había una luz que aún colgaba del techo, parpadeando y zumbando como en una maldita película de terror. Todos empuñamos nuestras armas, en alerta instantánea. La adrenalina corrió por mis venas y me hizo pensar que habría

SCARS

alguien esperándonos. Estaba preparado. Después de ver cómo apuñalaban a Elliot y disparaban a Scarlet, quería vengarme. Quería saborear su sangre en mi lengua y ver cómo la vida se escurría de sus ojos. Nadie hacía daño a mi gente y vivía para contarlos.

Nos dirigimos al espacio abierto, manteniendo la cabeza en movimiento, asegurándonos de que no había nadie al acecho en las sombras. Las mesas estaban volcadas, las alfombras manchadas de sangre y las paredes llenas de agujeros de bala. No nos lo pusieron fácil. Estaban aquí para dejar constancia. Hice un rápido recuento de los cuerpos en el suelo. Siete. Algunos eran nuestros, a otros no los había visto nunca.

—Revisaré el resto del espacio abierto. Tú y Seb vayan a revisar los dormitorios de atrás. Subiremos juntos —ordenó Elliot.

Asentí y me dirigí hacia las habitaciones, con Seb a la espalda. Después de revisar cada una de ellas y de recibir el visto bueno de Elliot, nos dirigimos juntos al piso de arriba, Elliot guiándonos a los tres.

Otros tres de nuestros chicos estaban muertos en la parte superior del rellano. Cuando nos dirigimos hacia el pasillo, tuvimos que pasar por encima de otros cuatro. Dos eran nuestros, dos eran desconocidos.

La última puerta por comprobar era la de nuestro gimnasio, y la puerta de madera estaba llena de agujeros de bala. Elliot miró hacia atrás, sabiendo que este era el último lugar en el que podía haber alguien si todavía estaba en el piso y vivo. Giró el pomo en silencio y luego abrió de golpe, haciendo un rápido balance de la habitación antes de detenerse en seco.

Incluso con la escasa luz, pude ver cómo se ponía blanco como una sábana. Le vi tragar saliva.

—El —dije, pero se volvió hacia mí y levantó la mano.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Seb empujando a mi lado. Sin embargo, cuando llegó a la puerta, Elliot lo agarró. Pero era demasiado tarde. Seb gritó. Fue un sonido tan horrible que me rechinaron los dientes y se me heló el cuerpo. No sentí más que pavor al ver cómo el rostro de Seb se contorsionaba de dolor mientras se ahogaba en un sollozo.

—No... —susurró y se liberó de los brazos de Elliot para entrar en la habitación.

Treinta

Elliot

—Seb, tenemos que irnos —dijo Tristan de nuevo mientras Seb sostenía la forma sin vida de Melody en sus brazos. *Melody*. La dulce y cariñosa Melody. Aguanta nuestra mierda Melody. La encontré apoyada contra la pared, con la pistola aún en su mano inerte, con el cuerpo acribillado a balazos. En el momento en que la vi, todo mi cuerpo se enfrió.

—Les romperé todos los huesos del cuerpo. Después de eso, los desollaré como putos animales. —Sebastian había estado divagando y haciendo promesas que sabía que cumpliría—. ¡Dijiste que la mandaste a casa! —gritaba a Tristan.

—Lo hice, Seb. La última vez que hablé con ella, estaba bajando para decirle a los demás que se fueran. Me dijo que se iría justo después. Debí subir por algo y quedé atrapada en el fuego cruzado.

—Esto tiene que ser una distracción —dije, pensando en voz alta—. Tendrían que saber que apareceríamos. Entonces, ¿por qué no están aquí?

—No lo sé —dijo Tristan desde su posición agachada junto a Seb, que seguía pasándole las manos por el cabello enmarañado, susurrándole al oído. Había que conseguir que se concentrara en otra cosa o se iba a romper. Seb era el más emotivo de todos nosotros. Se encariñaba más fácilmente, amaba más duramente. La muerte de Melody iba a consumirlo si no lo sacábamos de esa habitación.

—¿Y si querían sacarnos de la mansión? —pregunté. La preocupación me recorrió el estómago. Habíamos dejado a Scarlet allí.

—¿Scarlet? —preguntó Tristan—. Crees que van a por Scarlet.

—Lo creo.

La cabeza de Sebastian se inclinó hacia arriba y hacia nosotros. La mirada en su rostro habría hecho que una persona menor se cagara encima. Respiró un par de veces y dejó a Melody en el suelo y cerró los ojos. Tragó ante el nudo en la garganta.

—Si le ponen un maldito dedo encima a nuestra chica, quemaré toda su ciudad hasta las cenizas. —Seb se levantó y se limpió el rostro, manchando con la sangre de Mel sus mejillas en el proceso.

SCARS

—Tenemos que volver, en caso de que sea donde se dirigen. —Giré y caminé a través del loft destrozado, dejando atrás mi dolor por el momento. Podía sentir a ambos detrás de mí, su ira irradiando en oleadas.

No quería a la chica. Demonios, no me gustaba en los mejores días, pero había demostrado ser útil y leal en las últimas semanas. Me estaba acostumbrando a tenerla cerca. Oír su risa y su boca de marinero retumbando en la casa con regularidad. Sus piernas desnudas y tatuadas balanceándose desde la encimera por las mañanas mientras se tomaba el café. La forma en que su cabello oscuro a veces hacía que sus ojos azules parecieran de hielo.

Negué. Sebastian tenía razón. Si le ponían un dedo encima a *nuestra* chica, no pararíamos hasta que toda su ciudad estuviera bajo tierra. Quisiera admitirlo o no, Scarlet se había metido en mi piel. Había luchado contra ella durante todo el tiempo que pude, pero de alguna manera esa exasperante mujer se había colado en mi vida.

Tristan estaba llamando al equipo de limpieza, dando instrucciones especiales para Melody. Cada hombre debía ser devuelto a su familia, si tenía. Si no lo hacía, nos encargáramos de ello y le daríamos un funeral apropiado. ¿Pero Melody? Melody era *nuestra* familia. Debía ser protegida hasta que este lío terminara y pudiéramos darle una despedida digna de lo que era para nosotros.

Nos apretujamos de nuevo en el ascensor y Sebastian agachó la cabeza. Estaba conteniendo todas las lágrimas que quería derramar por Melody. Sabía que necesitábamos tener la cabeza despejada para volver a la mansión. Si todo esto era una estratagema para sacarnos de la casa, Scarlet podría haberse ido ya. Si perdía a dos mujeres en una noche, compadecía a las personas con las que se iba a desquitar. Ese bastardo nos avergonzaba a los dos cuando se trataba de torturar. Y la forma en que miraba a Scarlet, la forma en que se preocupaba por ella... les esperaba dolor de verdad.

—Ni siquiera podían saber dónde la teníamos —dijo Tristan casi para sí.

—No sé cómo se habrían enterado —coincidí—. Usamos a nuestra gente de mayor confianza allí.

—¿Emily? —preguntó Sebastian con la muerte en la voz.

—No —dijo Tristan—. Le pagué demasiado dinero por su silencio y la envié lejos. Vi la forma en que Scarlet la miraba. Emily no habría durado ni cinco minutos más entre nosotros. —Tristan sonrió y yo apoyé la cabeza en la pared del ascensor—. Creo que le gustamos.

—¿Tú crees? —pregunté entre risas—. Le gustan ambos, eso seguro.

—Cállate, El. No ves la forma en que te mira cuando no estás prestando atención. Quiere tu atención tanto como la nuestra. —Sebastian sonrió y se cruzó de brazos—. Y tú estás empezando a ceder.

SCARS

Gruñí y dejé de lado la conversación. El viaje de vuelta a la mansión iba a ser largo. Si llegábamos allí y Scarlet se había ido, o peor, estaba muerta, íbamos a tener un largo camino por delante.

The Triad #1

Peligrosos. Ricos. Corruptos.

DANA ISALY

Treinta y uno

Sebastian

—¡Scarlet! —Mi voz estaba ronca por el esfuerzo de gritar su nombre una y otra vez mientras caminaba por la casa. No había nada más que muerte. Revisé cada habitación, armario y alacena que pude encontrar. Ella no estaba allí.

—Sebastian, no está aquí —gritó Tristan desde el piso de abajo. Pero estaba tan ocupado buscando en su habitación por quinta vez que no podía concentrarme en lo que fuera que estuvieran haciendo—. ¡Necesitamos averiguar quién hizo esto! —gritó de nuevo—. ¡Sentémonos y hagamos algunas llamadas!

Suspiré y eché un último vistazo a su habitación antes de correr escaleras abajo. Tristan ya estaba al teléfono con quien demonios pensase que tendría algún tipo de respuesta. Estaba echando humo. No podía sentarme. Elliot estaba sentado en uno de los sillones del salón, con la mirada perdida y mordiéndose los labios, la única emoción que dejaba ver.

Tristan estaba en una acalorada discusión con alguien en español, así que solo pude suponer que había llegado a alguien de la banda de Derek. Su rostro se puso rojo y la vena del cuello se hinchó. Lanzó su teléfono contra la chimenea y observó la telaraña de la pantalla.

Genial. Menos mal que tenemos todos nuestros contactos guardados en otro lugar.

El teléfono de la casa sonó.

Todos nos miramos y luego en dirección al teléfono. Solo teníamos un teléfono fijo en toda la casa, y era para el personal. Ninguno de nosotros lo había tocado nunca. Al tercer timbre, salí del salón y me dirigí al pasillo donde estaba colgado en la pared. Tristan y Elliot corrieron detrás de mí.

—¿Qué? —pregunté en el auricular.

—¿Qué significaría para ti si te dijera que tenemos tu pequeña mascota romaní?

Extendí el teléfono para que los demás lo escucharan.

—¿Por qué iba a creerte?

La voz al otro lado suspiró.

—¿No fue suficiente con los cinco guardias asesinados y tu perra desaparecida? Bien. —Oí el crujido de la grava de fondo y luego lo que parecía una puerta abriéndose—. *No eres tan fuerte ahora, ¿eh, perra?*¹²

Miré a Tristan. No entendía una mierda de español.

—Acaba de llamarla perra —dijo Tristan. La vena de su cuello parecía a punto de estallar. Me estaba costando mucho no partir el teléfono por la mitad. Y Elliot se quedó allí, quieto como una estatua, mirando el teléfono como si fuera a saltar a través de él.

Se oyó un barrido al otro lado del teléfono y luego un gruñido cuando algo golpeó la grava. Fue entonces cuando gritó. Los tres nos pusimos en tensión simultáneamente ante ese sonido espeluznante. Vi el rojo y cada músculo de mi cuerpo se preparó para la lucha. Iba a torturarlos durante horas y luego prenderles fuego a trozos y ver cómo su carne burbujeaba y ardía. Les rompería cada *maldito* hueso de sus patéticos cuerpos hasta que suplicaran por la muerte.

—*Solo espera lo que tenemos planeado para ti.* —Y entonces le oí escupir sobre ella. Escupió a *mi maldita mujer*.

—Dijo algo sobre esperar para ver lo que tenía planeado para ella —susurró Tristan.

—¡Vamos! —gritó alguien desde más lejos. Cuando iba a preguntar qué querían, volvió a hablar.

—El almacén. —Colgó y miré a Elliot y Tristan.

—Nos vamos.

—Por supuesto que vamos —dijo Elliot—. Tenemos que prepararnos.

—Ustedes cojan lo que necesitamos —dijo Tristan—. Pediré refuerzos. —Asentí y seguí a Elliot hacia nuestra sala de armas—. Y, ¿Seb? —Le miré por encima del hombro—. Tienes vía libre allí dentro.

Sonreí.

¹² En español.

SCARS

Treinta y dos Scarlet

The Triad #1

Volví en mí con los brazos atados a la espalda y una mordaza en la boca. Tenía los ojos hinchados y las costillas me chirriaban. Intenté respirar tranquilamente por la nariz porque cuanto más lo intentaba, más difícil era que me entrara aire en los pulmones. Mi rostro estaba mojado de lágrimas o de sangre, no podría decirlo.

Tenía las piernas atadas por las rodillas y los tobillos. Todavía tenía el pantalón puesto, y agradecí a los dioses que fuera que no pareciera que me habían violado mientras estaba inconsciente. Nos estábamos moviendo y, por lo que parecía, me tenían en el maletero de un auto. Estaba muy oscuro, con dos débiles luces rojas brillando.

Apenas podía controlar mis movimientos estando atada como estaba. Con cada frenada y aceleración, me hacían rodar de un lado a otro como un saco de patatas, lo que hacía jodidas maravillas a mi lesión de hombro en proceso de curación. Gemí y traté de estirar las piernas todo lo que pude. Estaban agarrotadas, lo que significaba que habíamos estado viajando durante un tiempo si estuve en esta posición lo suficiente para que mis músculos se acalambraran.

Gemí en la mordaza mientras se estiraban y aflojaban. El hecho de ser bajita me beneficiaba. Pude enderezarme casi por completo. Pero cada vez que respiraba, me dolían las costillas y hacía que las lágrimas cayeran por mis mejillas. Definitivamente me habían roto las costillas.

El auto giró hacia un camino de grava, a la izquierda o a la derecha, no podría decirlo, y no pasé por alto ni un solo bache. Empezaba a pensar que se dirigían a ellos solo para ver cuánto podían empujarme. El auto disminuyó la velocidad y se detuvo, empujándome hacia la parte trasera del maletero. Gruñí cuando rodé sobre mi hombro herido, mordiendo el trapo que me habían metido en la boca.

La puerta del auto se abrió y unas pesadas pisadas crujieron hacia mí. Tuve que dar todo de mí para no dejarme llevar por un ataque de pánico. Quería llorar, pero mi mente no me lo permitía. Era demasiado terca para esa mierda. No iba a caer como una perrita. Todavía no sabía quién me había llevado, si mi familia o los drogadictos.

Peligrosos. Ricos. Corruptos.

SCARS

Me había quitado de la cabeza que fueran los chicos. No me permitía pensar así. No había manera de que hubieran preparado esto. Algo tuvo que haberlos sacado de la casa en el último minuto. Algo importante, o no me habrían dejado sola. No estaba delirando. No creía que estuvieran tan enamorados de mí como para considerarme uno de ellos. Pero les importaba lo suficiente como para no hacer esto. No eran así.

Así que solo quedaban dos opciones, y ninguna era demasiado atractiva. Si era mi familia, lo más probable es que estuviera muerta antes que saliera el sol. Si era la banda, no tenía ni idea de lo que pasaría. La tortura fue lo primero que se me ocurrió. Si sabían que los chicos tenían algún tipo de sentimiento por mí, podrían utilizarlo en su beneficio. Me estremecí.

Conté los pasos a medida que se acercaban. Cuando se detuvieron ante la puerta, contuve la respiración. El pestillo se abrió con un chasquido y la luz ámbar de la calle me bañó. El tipo que estaba frente a mí llevaba un pasamontañas sobre el rostro, y la luz que había detrás de él impedía distinguir algo. Una mano sostenía algo en su rostro. ¿Un teléfono?

—*¿No eres tan fuerte ahora, ¿eh, perra?*

No hablaba español, pero sabía lo que significaba *perra*. Me estaba hartando de que la gente me llamara perra. Le miré fijamente, negándome a parecer débil, aunque estuviera atada y amordazada a su merced. Se agachó y me sacó por el cabello, mi cuero cabelludo gritó ante el asalto. Mi cuerpo se agitó y cayó con fuerza sobre la grava. No pude evitarlo; volví a gritar. Cerró el maletero de un empujón y me miró.

—*Solo espera lo que tenemos planeado para ti.* —Me escupió en el rostro y mi temperamento se encendió. Lo iba a pagar con su vida.

—Vamos —dijo otro tipo desde el lateral del auto.

—El almacén —dijo en el teléfono, luego colgó, y se lo guardó en el bolsillo. Con eso, me levantó y me lanzó sobre su hombro, aplastando mis costillas ya rotas. El dolor recorrió cada centímetro de mi cuerpo, y cuando la negrura amenazó mi visión, le di la bienvenida.

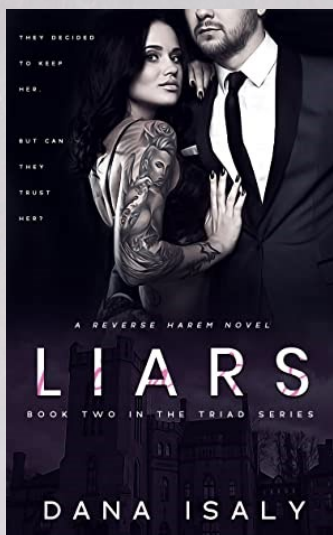
Seguramente los chicos vendrían pronto a por mí.

Solo tenía que seguir viva.

Continuará....

SCARS

Próximo Libro



Liars (The Triad #2) – Dana Isaly

Mis chicos me han encontrado, pero se ha formado una brecha.

Hace semanas me estaba ganando su confianza, encontrando mi lugar en sus vidas y en sus camas. Ahora, parece que soy la grieta que los separa a los tres.

Me han golpeado, me han hecho pasar hambre y me han mantenido en la oscuridad. Todo para volver con tres hombres que no se ponen de acuerdo sobre si soy una aliada o un topo.

Pero tenemos problemas más grandes que resolver.

Hay un nuevo jugador en el juego.

El último aspirante al trono de Dulca resulta ser mi primo favorito. Era mi mejor amigo, mi compañero de travesuras. Si consigo que mis chicos confíen en mí lo suficiente como para evitar que inicien una guerra, el arma secreta de mi familia podría acabar siendo la clave para unir a nuestras organizaciones.

Pero no tengo ni idea de lo que Motshan esconde en la manga, y puede que no seamos capaces de volver de la carnicería que podría causar.

DANA ISALY

SCARS

Dana Isaly



Dana Isaly es una escritora de romances oscuros, de fantasía, y también se le conoce por incursionar en la poesía (fue una fase en la universidad, déjala en paz).

Nació en el Medio Oeste y ha estado en todas partes, pero ahora reside (a regañadientes) en Alabama. Es una amante de los libros, el café y los días de lluvia. Dana es probablemente la única persona en la comunidad de escritores que

es realmente una persona matutina.

Maldice demasiado, se siente demasiado cómoda en su TikTok y cree que el amor es amor.

Puedes encontrarla en Instagram (@danaisalyauthorpage) o en Facebook con el mismo nombre. Aunque, sinceramente, el mejor lugar para ponerse en contacto con ella es en TikTok (@authordanaisaly) porque no se le da bien ninguna otra red social.

SCARS

The Triad #1

Simply Books te invita a apoyar
la lectura y comprar los
libros de tus autores favoritos

